

¿A QUIÉN
PERTENECE
el DINERO?

JOHN MACARTHUR

¿A QUIÉN PERTENECE *el* DINERO?

Una guía bíblica sobre cómo usar las riquezas de Dios

JOHN MACARTHUR


PORTAVOZ

Contenido

<i>Introducción</i>	7
1. La moralidad del dinero	13
2. Pautas y amonestaciones sobre el dinero	27
3. Elementos fundamentales de la administración bíblica	45
4. Nuestras verdaderas riquezas están en el cielo	67
5. El modelo bíblico de la dádiva	79
6. Las características de la dádiva bíblica	97
7. ¿Diezmo o dádiva voluntaria?	113
8. Administración con integridad	133
9. El verdadero camino a la prosperidad	155
<i>Apéndice: La fantasía seductora del juego</i>	169
<i>Guía de estudio</i>	187
<i>Notas</i>	205

Introducción

Hace ya algún tiempo que tenía pensado escribir otro libro sobre la dádiva. El primero que escribí, *Giving God's Way* [La dádiva al estilo de Dios], fue publicado por Tyndale House en 1978. Pero no he hecho otro libro porque me había convencido a mí mismo de que nadie lo compraría. ¿Por qué? Porque la mayoría de las personas se sienten bastante mal respecto a lo que no dan y a lo que gastan. Así que, ¿por qué van a comprar un libro que los va a hacer sentirse peor, o que les va a enseñar a dar más de su dinero, del que tan renuentes están a separarse?

No quiero que se sienta peor, quiero que se sienta mejor. Pero la solución para sentirse mejor es entender lo que la Biblia dice sobre dar y gastar.

Es por eso que me siento obligado a escribir un libro que responda la pregunta retórica: *¿A quién pertenece el dinero?*

Permítame decirle a qué me refiero con ese título. La credibilidad de nuestro cristianismo está en juego en cuanto a la forma de manejar nuestras finanzas. Es por eso que debemos tomar el dinero como una administración. Si su empleador le da cien dólares para comprarle algo y luego le exige una contabilidad de cómo empleó el dinero, usted va a cuidar muy

bien de ese dinero. Pero si usted tiene cien dólares suyos, los gastará en lo que a usted le plazca. ¿Pero de quién es ese dinero realmente? La respuesta es: De Dios. Así que, ¿si usted tiene que rendirle cuentas a su empleador, cuánto más tendrá que rendirle cuentas a Dios de cómo gasta el dinero de Él?

Sin embargo, usted tiene un enemigo de la administración del dinero de Dios. El mundo quiere utilizar todo su dinero de modo que no tenga nada que dar. Los anuncios publicitarios compiten unos con otros para persuadirlo de que compre sus productos con el dinero que tenga disponible. Y si no tiene dinero suficiente, los bancos y las instituciones de préstamos están dispuestos a proporcionarle un crédito para que pueda comprar esos productos. Esto lo endeuda y limita aún más los recursos que puede usar en la dádiva. Indudablemente vivimos en una cultura indulgente y materialista y eso influye sobre nuestra dádiva.

Se da cuenta de que las personas consumen el cincuenta por ciento de las horas que pasan despiertas pensando en el dinero: ¿Cómo conseguirlo, cómo gastarlo, cómo ahorrarlo, cómo invertirlo o cómo pedirlo prestado? Hay un lugar para ahorrar. Hay un lugar para la planificación sabia. Hay un lugar para satisfacer sus necesidades. Pero primero debe entender cómo dar, dónde dar, hasta cuánto dar. También debe saber lo que lo debe motivar a dar y qué le sucederá si sí da y qué le sucederá si no da. Esas son las preguntas a que daré respuesta en este libro.

Comenzaremos analizando lo que Dios tiene que decir acerca del dinero en general. En el primer capítulo analizaremos la naturaleza del dinero y estudiaremos de modo más profundo el atractivo del materialismo. En el capítulo dos estudiaremos las Escrituras para ver las pautas y amonesta-

ciones bíblicas sobre el dinero. El capítulo tres se centrará en los elementos fundamentales de la administración bíblica, incluso los medios bíblicos para adquirir dinero. El capítulo cuatro concluirá nuestro estudio general del dinero con una descripción de la actitud que debe adoptar con respecto al dinero.

El capítulo cinco da inicio a nuestro estudio de los detalles de la dádiva bíblica al establecer un modelo para la misma. En ese capítulo daremos respuesta a estas preguntas: ¿Cuándo debemos dar? ¿Alguien está exento de dar? ¿Cómo debemos dar? ¿Cuánto debemos dar? El capítulo seis es en esencia una recopilación de las características bíblicas de la dádiva. El capítulo siete responde una pregunta importante que ha generado mucha confusión durante años: ¿La Biblia enseña que el diezmo o la dádiva voluntaria constituyen el método apropiado para los creyentes de hoy día? El capítulo ocho define la administración bíblica y en el último capítulo concluiremos haciendo un estudio del verdadero camino a la prosperidad.

He añadido un Apéndice sobre un tema que cada vez se hace más pertinente en la medida en que nuestro país experimenta una proliferación de loterías dirigidas por el estado. Yo le llamo "La fantasía seductora del juego" porque analiza las fórmulas para enriquecerse rápidamente que en esencia les roban el dinero a las personas. Y plantea de un modo directo por qué el juego no está bien y no es bíblico de ninguna manera, como algunos sostienen que sí lo es.

Jesús dijo: "Más bienaventurado es dar que recibir" (Hch. 20:35). Es más bienaventurado en todos los aspectos. Y cuando dé como Dios ha mandado, usted experimentará liberación, recompensa, gozo, profundas riquezas y una guía al camino a la prosperidad. Disfrute del viaje.

La noche del día

I

El mundo se inquieta, lucha y trabaja —a menudo al punto del agotamiento— por la certeza de que tiene suficientes riquezas. Pero eso no es necesario porque nuestro Padre celestial conoce nuestras necesidades y promete proveer para nosotros diariamente.

La moralidad del dinero

Tener un criterio adecuado del dinero y las posesiones y manejarlas bíblicamente constituyen serios retos a los que se enfrentan todos los cristianos. Por providencia divina, las personas se encuentran en disímiles situaciones financieras, pero todos tenemos que lidiar con las mismas preguntas: ¿Qué hacemos con nuestros recursos? ¿Cómo debemos gastar nuestro dinero? ¿Cuánto debemos ahorrar e invertir? Esas preguntas ponen a prueba constantemente la autenticidad e integridad de nuestro andar espiritual. El modo en que un creyente maneja la administración de sus finanzas y posesiones habla mucho de su condición espiritual.

Para recalcar cuán importante resulta para Dios el tema del dinero y las posesiones, dieciséis de las treinta y ocho parábolas de Cristo hablan de cómo las personas deben manejar los tesoros terrenales. De hecho, nuestro Señor enseñó más sobre tal administración (uno de cada diez versículos en los Evangelios) que sobre el cielo y el infierno juntos. La Biblia completa tiene más de dos mil referencias a las riquezas y las propiedades, el doble de las referencias totales a la fe y la oración. Lo que hagamos con las *cosas* que Dios nos ha dado es muy importante para Él.

La naturaleza del dinero

El dinero en sí no es bueno ni malo, es moralmente neutral. Sin embargo, el dinero es una medida exacta de la moralidad de una persona. Cuando nos referimos al dinero nos referimos a nuestro medio de intercambio económico, algo tan vital que define cómo vivimos día a día. En una sociedad basada en el efectivo podría haber resultado difícil rastrear el uso que una persona hace del dinero, pero hoy día una ojeada a su libro de contabilidad o a su estado de cuenta de su tarjeta de crédito fácilmente revelará el paradero de su dinero. Y donde gasta su dinero determina dónde está su corazón y cuáles son las prioridades de su vida (Mt. 6:20-21). Alguien que vea el patrón de sus gastos puede discernir con bastante certeza la dirección moral de su vida.

En contra del hecho de que el dinero es amoral, la sabiduría convencional ha creído durante siglos que necesariamente el dinero corrompe. Pero tal valoración se opone a la experiencia normal y la buena lógica. Ciertamente hay personas ricas corruptas que manifiestan su corrupción a través de la mala utilización de sus riquezas, pero también hay personas ricas justas que demuestran su justicia por la forma piadosa en que invierten su riqueza. Igualmente, entre las filas de los pobres siempre ha habido aquellos que son corruptos y aquellos que son justos. Así que, el dinero no necesariamente corrompe. Pero su uso sí revela la corrupción interna e inherente de las personas. El dinero no es el problema esencial; es sencillamente un indicador del problema real, el cual es un corazón pecaminoso.

Incluso algunos cristianos han aceptado el criterio erróneo de que el dinero corrompe y que la causa subyacente de todos los problemas de la vida. Argumentan que no es

correcto que los creyentes tengan más dinero que el que necesitan para suplir las necesidades básicas de la vida. Abogados más radicales de esa posición podrían exhortar a que todos los cristianos se unieran y colocaran todo su dinero en un depósito común del que pudieran compartirlo equitativamente, en esencia, promueven una forma cristiana de comunismo.

Aquellos que proponen una posición tan extremista sobre la administración del dinero citarán siempre Hechos 2:44-45 buscando apoyo bíblico: "Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno". Pero lo que la iglesia primitiva hizo en Hechos 2 no apoya ninguna forma de comunismo cristiano. Entre los creyentes de la iglesia primitiva, había algunos que tenían dinero, posesiones y propiedades y otros que no. Cuando los que poseían poco o nada tenían necesidades, los que tenían los recursos en ocasiones vendían una parte de lo que les pertenecía y les daban el dinero a sus hermanos creyentes necesitados. El libro de Hechos no dice que la iglesia primitiva haya hecho un fondo común de sus recursos y lo haya distribuido equitativamente entre los miembros.

Así desde sus inicios, la iglesia no vio el dinero como bueno ni como malo, sino como un don de Dios que podía proveer diariamente para las necesidades propias de una persona y con regularidad satisfacer las necesidades de otros.

Todas las riquezas provienen de Dios

Los profetas del Antiguo Testamento expusieron la verdad de que todas las riquezas provienen de Dios: "Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos" (Hag. 2:8; cp. Job 28; Sal. 104:24). Porque Dios, como creador de la tierra, sea

dueño de todo de todas maneras, Él ciertamente no le prohíbe a la humanidad que use su dinero. Dios le concedió al hombre la sabiduría y el privilegio de convertir los ricos recursos de la tierra en mercancías valiosas y sus propios talentos en servicios comercializables. Un resultado natural fue el uso de varios metales de la tierra para hacer monedas y el uso de los árboles para hacer papel para el papel moneda. Él quiere que sabiamente aprovechemos los recursos naturales de la tierra para esos y otros propósitos económicos.

En Deuteronomio 8:18, Dios se adentra en otro aspecto: “Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas...” Él no solo ha creado la materia prima para las riquezas, sino que también nos ha dado la capacidad mental y física de ganar riquezas y de usarlas.

El Señor en su providencia ha hecho único a cada ser humano, con diferentes habilidades para ganar dinero. Como resultado, las personas han escrito grandes libros y han compuesto extraordinarias piezas musicales, han pintado cuadros memorables y han producido obras maestras teatrales y cinematográficas, han diseñado maravillas de ingeniería, han desarrollado nuevos negocios y han descubierto adelantos tecnológicos indispensables, los que en su totalidad han generado ingresos personales y han beneficiado las estructuras económica y social del mundo. Tales esfuerzos se encuentran todos dentro del marco del propósito creativo y el plan soberano de Dios para el uso de la humanidad de las grandes riquezas de la tierra (cp. 1 Co. 4:7).

Dios quiere que entienda que el dinero por sí mismo es moralmente neutral y que Él, como la fuente máxima del mismo y de todos los bienes materiales, ha distribuido todas las riquezas a modo de administración. Todos manejamos las

riquezas de Dios. El dinero y las posesiones se convierten entonces en pruebas de moralidad y dan lugar a estas preguntas personales:

¿Qué va a hacer con las riquezas que tiene? ¿Pasará esta prueba crucial y constante de su vida espiritual y moral? Tristemente, como veremos, muchos creyentes profesos —fundamentalmente en las últimas décadas— no han podido pasar la prueba y han deshonrado a Dios.

El fracaso de la prueba: El atractivo del materialismo

Aunque no resulta pecaminoso tener dinero y posesiones, resulta definitivamente pecaminoso acaparar, adorar y codiciarlas como símbolo de prestigio y excederse edificando su vida alrededor de ellas. Tales posturas siempre han sido comunes en el mundo, pero en las pasadas y numerosas generaciones también han atrapado a la iglesia y se han convertido en un gran problema allí. El evangelicalismo, en lugar de estar separado del mundo y ofrecer una alternativa distinta y piadosa al criterio de riqueza del mundo, se ha permitido excesos y se ha entusiasmado con el materialismo. Creo que es algo decepcionante y horrible que muchos cristianos profesos ya no estén dispuestos a ser la escoria del mundo (1 Co. 4:13).

Hace veinte años John White escribió un prestigioso libro titulado *The Golden Cow* [La vaca de oro], el cual aún hoy resulta muy útil. En el mismo él acusó a la iglesia evangélica convencional del pecado de adorar la vaca de oro del materialismo. Un gran remedio, según planteara White de una manera vívida, es que Cristo usara su azote de castigo y, tal como fue, limpiara el templo de nuevo. Luego el autor

presentó este análisis satírico y aleccionador, el cual quizás ahora sea más aplicable:

Un becerro no, ¿qué te parece?, sino una vaca. Yo le llamo una vaca *de oro* porque sus ubres están repletas de oro líquido, fundamentalmente en el occidente donde pastan en exuberantes praderas de verdes. Sus sacerdotes la apaciguan masacrando principios piadosos cuyo derramamiento de sangre ella observa con tranquila satisfacción. Inquietas filas de adoradores bajan la cerviz antes sus baldes. Aunque el oro sale a chorros incesantemente los adoradores tiemblan no sea que el suministro de víctimas expiatorias un día deje de apaciguarla...

El fundamentalismo es mi madre. Me crié en su cálido seno. Me cuidó con amor y me enseñó todo cuanto sabía. Le debo (humanamente hablando) mi vida, mi alimento espiritual y muchos de mis primeras alegrías. Ella me presentó al Salvador y me enseñó a alimentarme del pan de vida. Nuestra relación no fue completamente color de rosas, pero ella fue la única madre que tuve. En aquel momento me aferré a ella y ahora me resulta difícil no tenerla. Si en ocasiones me decepcionó ya tengo edad suficiente para darme cuenta de que ninguna madre es perfecta. Pero enterarme de que era una prostituta, que se dejó usar por las riquezas, era otro asunto. Y a medida que el amplio movimiento evangélico fue ocupando gradualmente su lugar en mi vida me resultó doloroso descubrir lo mismo por segunda vez.¹

Creo que el materialismo constituye un problema aún más grave al que se enfrentan las iglesias contemporáneas hoy día. Hay tantos miembros en las iglesias que son igual que el rico insensato que quería construir graneros cada vez más grandes (Lc. 12:16-18). Sin embargo, él no era un modelo para los creyentes. Nunca le presentaremos una alternativa justa a los incrédulos si adoptamos los criterios y las prácticas del mundo.

Podemos comenzar a contener la marea del materialismo teniendo sencillamente motivos bíblicos y prácticas balanceadas con respecto a la compensación del pastor. John White brinda su comprensión convincente de cómo debe hacerse:

¿Qué habría de malo en darle [al pastor] cincuenta por ciento más de cualquiera que sea la suma que parezca razonable? ¿Teme que *lo* pueda volver demasiado pendiente del dinero? De ser así, ¿en qué le correspondió a usted nombrarlo? Si ocupa una posición en la que debe elegir a un pastor, debiera también saber que Dios espera que discierna si él tiene alguna debilidad por el dinero. ¡Y si él tiene una debilidad por el dinero, nunca debió haberle dado la responsabilidad de un pastorado (1 Ti. 3:3)!

A algunas iglesias les gusta conceder salarios altos porque el nivel de vida de los pastores afectará en cuanto a la clase de personas que asistan. (Pastor elegante; congregación elegante.) A Dios le preocupan los motivos no las cantidades. ¿Le molesta la idea de que su pastor tenga mucho dinero? ¡Entonces duplíquele su salario! ¿Para qué? Para demostrarle que lo ama. ¿Pero no hay mejores maneras de mostrar amor? Pues claro que las hay, ¿pero por qué no mostrarle amor también de esta forma? ¿Me pregunta qué sucede si el salario de él es muy alto? Yo le respondo, eso es problema del pastor. Por ejemplo, él podría regalar más dinero. Ore para que él tenga sabiduría al manejar lo que él no necesita.²

Todos los creyentes, no solo los pastores, necesitan darse cuenta de que no es cuestión de cuánto dinero tiene; es cuestión de dónde está su corazón y de lo que hace con lo que tiene.

A todos nos hace falta revisar nuestras actitudes hacia los lujos y las necesidades. Proverbios 30:8-9 dice: "No me des pobreza ni riquezas; Manténme del pan necesario; No sea que me sacie y te niegue y diga: ¿Quién es Jehová? O que

siendo pobre, hurte, Y blasfeme el nombre de mi Dios". Las riquezas o la falta de la misma constituyen una prueba constante para nosotros. Si tenemos más de lo que necesitamos, estaremos tentados a no confiar en Dios. Si no tenemos suficiente, estaremos tentados a deshonrar su nombre. La clave para pasar la prueba de la riqueza se halla sencillamente en confiar en Dios, quien es infinitamente mayor que todas las riquezas del universo.

Cómo pasar la prueba: El tesoro de la satisfacción

El diccionario define satisfecho como "que siente o manifiesta satisfacción con sus posesiones, estado, o situación". Sin embargo, para el cristiano una definición de satisfacción va más allá de las cuestiones del éxito y las riquezas mundanas. Hallará verdadera satisfacción en Dios cuando se dé cuenta de que su Padre celestial es dueño de todo, lo controla todo y lo provee todo. Aceptar incondicionalmente estas verdades comenzará a guiarlo a la victoria sobre la dominante serpiente del materialismo.

Dios es dueño de todo

Dios es el único propietario de todo lo que usted posee —sus ropas, su casa, su auto, sus hijos, su computadora, su reproductor de discos compactos, sus inversiones, sus equipos deportivos, su césped y su jardín— y todo lo demás que se pueda imaginar. El rey David afirmó esa verdad varias veces: "porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas... Las riquezas y la gloria proceden de ti y tú dominas sobre todo" (1 Cr. 29:11-12); "De Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo y los que en él habitan" (Sal. 24:1).

Como Dios es dueño de todo, realmente usted nunca

puede adquirir algo nuevo porque ya es de Él. Aceptar este planteamiento resulta crucial para alcanzar una actitud bíblica de satisfacción.

Ya sea desde su propia perspectiva o desde la de Dios, usted tiene que lidiar con sus posesiones. Siempre que le pertenezcan a Él, usted debe dejar de preocuparse y dejar que Él se ocupe de ellas. Así fue como reaccionó John Wesley un día cuando recibió la noticia de que su casa se había destruido por un incendio. Él dijo sencillamente: "La casa del Señor se quemó. Una responsabilidad menos para mí".

El enfoque de Wesley era correcto, pero así no es como el mundo nos enseña a responder. El legado del mundo para nosotros es la acumulación egocéntrica de propiedades, pero es necesario que cambiemos esa perspectiva. *No somos dueños de nada*. Por ende, si alguna vez pierde algo, realmente no lo pierde, porque nunca fue de su propiedad. Si alguien necesita algo de lo que usted tiene, él puede estar tan facultado como usted a tenerlo, porque usted no es dueño de ello. Dios sí lo es.

Dios lo controla todo

Se desprende que si Dios es dueño de todo, Él también lo controla todo. El Antiguo Testamento hace énfasis en que Dios controla soberanamente todas las circunstancias para sus propios fines. Isaías 46:9-10 dice: "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios y no hay otro Dios y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá y haré todo lo que quiero" (cp. 1 Cr. 29:11-12; Job 23:13; Sal. 33:11; Pr. 16:9; 21:1, 30).

Daniel expresó la misma idea cuando agradeció y bendi-

jo a Dios por revelar el significado del sueño del rey: "Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. ²¹El muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes; da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos. ²²El revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz" (Dn. 2:20-22).

Ese mismo tipo de teología sostuvo Daniel cuando fue echado al foso de los leones (Dn. 6). A pesar de las circunstancias peligrosas de estar rodeado por leones hambrientos, al parecer Daniel no estuvo relativamente en aprietos en el foso. El versículo 23 dice: "fue Daniel sacado del foso y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios".

Mientras tanto, el rey Darío había pasado la noche en perfectas condiciones en su palacio real, aún así no pudo comer, dormir, beber, ni ser entretenido. ¿Por qué una comparación tan improbable entre Daniel y el rey? Porque Daniel tenía una fe segura de que Dios tenía el control soberano de todas las cosas, Darío estaba nervioso y temblaba porque él no conocía al Controlador divino y creía que la situación se le estaba saliendo de control.

Si Daniel podía confiar en el control de Dios sobre una situación que amenazaba su vida, puede confiar en el control de Dios sobre todas las circunstancias, incluso hasta en la preocupación financiera más pequeña.

Dios lo provee todo

Dios es dueño de todos los recursos y controla cada circunstancia de modo que Él puede proveer para cada necesidad de su pueblo. El apóstol Pablo le aseguró a la iglesia de Filipos

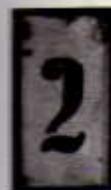
que "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Fil. 4:19).

Uno de los nombres hebreos más hermosos de Dios es *Jehovah-jireh*: "Jehová proveerá" (Gn. 22:14). La provisión de Dios para aquellos que confían en Él es tan característica de su naturaleza que constituye uno de sus nombres. Puede que nunca dude de la mayoría de los atributos de Dios (por ejemplo, su santidad, amor, bondad, poder, justicia y gloria), pero puede que en ocasiones se pregunte si proveerá o no para sus necesidades. Sin embargo, eso es exactamente de lo que Jesús advirtió a sus seguidores en Mateo 6:25-34 cuando Él les dijo que no debían afanarse por qué habían de comer, de beber, o vestir.

Dios aún es *Jehovah-jireh*, el Dios que provee y es por eso que David dijo: "Y no he visto justo desamparado, Ni su descendencia que mendigue pan" (Sal. 37:25). Una paráfrasis de Lucas 12:30 dice: "Toda la humanidad se afana por su pan de cada día". El mundo se inquieta, lucha y trabaja —a menudo al punto del agotamiento— por la certeza de tener suficientes riquezas. Pero eso no es necesario porque nuestro Padre celestial conoce nuestras necesidades y promete proveer para nosotros diariamente.

Si sabe que Dios es dueño de todo en el mundo, controla todos sus activos y que puede proveer para usted como su hijo, entonces no hay necesidad alguna de que confie en el lujo, de que sea atraído por el materialismo, ni de hacer acopios para el futuro. No es necesario que su vida diaria como cristiano gire en torno a estas preocupaciones, sino en torno de estar satisfecho con lo que usted tiene (1 Ti. 6:6-8; He. 13:5). No tiene que ser dueño de todo ni tener el control de todas las circunstancias para tener dinero suficiente para sus necesidades básicas. En cambio, puede echar a un lado toda

preocupación y afán en cuanto a sus necesidades y recibir con alegría lo que Dios le conceda para que lo invierta en su reino (Mt. 6:31-34). Esa es la respuesta bíblica de cómo debemos ver la riqueza y cómo nosotros debemos comenzar a lidiar con cualquier preocupación orgullosa y egoísta por la avaricia y el materialismo.



“Cuidate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios...”

—DEUTERONOMIO 8:11-14

Pautas y amonestaciones sobre el dinero

“• Enseñame el dinero!” Esa corta y burda exclamación de una película popular de la década de los años 90 reproduce bastante bien el espíritu de la era en las sociedades occidentales contemporáneas. A través de continuos recordatorios de la misma en conversaciones cotidianas y en anuncios de publicidad de los medios de difusión masiva, el dinero se ha convertido en un elemento poderoso y constante en nuestra vida. Una preocupación tan devoradora por el dinero es lo que mueve a la mayoría de las personas en el mundo.

Resulta erróneo y contraproducente tener eso como su motivación vocacional fundamental. Todo el mundo, tanto creyentes como incrédulos, debe esforzarse por sobresalir en su vocación y dejar que las recompensas vengan por sí solas. He aquí el tipo de pensamiento que debe regir sus acciones: *No importa el oficio o profesión que tenga, no me voy a conformar con menos que la máxima expresión de mi capacidad. Mi preocupación primordial no va a ser el pago, sino mi esfuerzo; con cuanto cuidado, eficacia y excelencia trabaje* (cp. Ef. 6:5-7; Col. 3:22-24).

Pero tantas personas, en contra de la clara enseñanza de la Palabra de Dios, sencillamente persiguen el dinero de su trabajo y no la excelencia de *hacer* su trabajo. Ignoran o desconocen la amonestación del apóstol Pablo: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos" (1 Ti. 6:17). Se enorgullecen de sus posesiones y de su estado y su seguridad proviene del materialismo, el cual constituye una forma de idolatría.

Hasta los cristianos en ocasiones son culpables de tal idolatría, por cuanto debieran estar de acuerdo con el salmista y decir: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía" (Sal. 42:1). El pecado de encontrar todo el gozo personal en las riquezas y no en Dios resulta muy innecesario si solo recuerda la amonestación de Jesús: "Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Lc. 16:13; cp. Mt. 6:24). Para servir a Dios, debe obedecer su mandato: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas" (Mt. 6:33). La verdad de que Jesús relacionó la actitud de alguien hacia el dinero según la autenticidad de su relación con Dios es inherente en las amonestaciones anteriores. Si comprende eso cabalmente, lo más probable es que evite la idolatría del materialismo.

Pautas de Jesús sobre el dinero y la salvación

La enseñanza de Cristo sobre el dinero comprende algunas

de las historias más conocidas y sorprendentes de los Evangelios. Antes de echarles una ojeada, debe tenerse en cuenta que no son relatos aislados ni que son inconsecuentes con lo que enseña el Nuevo Testamento sobre el dinero y la espiritualidad. Por ejemplo, cuando la multitud le preguntó a Juan el Bautista, el precursor del Mesías, qué incluía el fruto del arrepentimiento, él les dijo lo siguiente:

El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario. (Lc. 3:11-14)

Tras el nacimiento de la iglesia, los miembros manifestaron su transformación espiritual por medio de una disposición a vender sus propiedades y a darles las ganancias a otras personas de la iglesia que tenían necesidades (Hch. 2:44-45; 4:32-37). Además, el libro de Hechos registra cómo los ocultistas efesios confirmaron las realidades de sus conversiones al quemar con toda disposición sus valiosos libros de magia (19:17-20).

La siguiente selección de las enseñanzas de Jesús sobre el dinero y las posesiones demuestra que Él estaba totalmente de acuerdo con la voluntad de Dios en este tema vital. Las primeras dos historias muestran cómo las actitudes positivas y negativas sobre el dinero están relacionadas con la salvación. El segundo grupo de ejemplos contrastantes revelará lo que Jesús consideró como el estilo de vida de la administración sabia y la tonta.

Dinero: Un indicador de la salvación

En repetidas ocasiones Jesús vinculó el dinero con la condición espiritual más primordial de una persona: Su salvación. Por ejemplo, la historia de la conversión de Zaqueo en Lucas 19:1-10 ayuda a comprender cómo el vuelco espiritual de un rico cobrador de impuestos también trajo como resultado una actitud transformada hacia el dinero.

La curiosidad que tenía Zaqueo por ver a Jesús desde un árbol inició una secuencia sorprendente de sucesos. El Señor lo saludó, le hizo frente a su pecado y le habló de la necesidad espiritual. Entonces Zaqueo se arrepintió de ese pecado y aceptó a su Salvador. Inmediatamente el rico cobrador de impuesto entregó la mitad de su dinero a los pobres y prometió devolver de forma cuadruplicada a cualquiera que él hubiera defraudado.

La salvación de Zaqueo de inmediato afectó el área financiera de su vida. La evidencia inicial de su vida transformada fue su actitud completamente cambiada hacia el dinero. Como cobrador de impuesto en el Imperio Romano, se había centrado totalmente en acumular tanta riqueza como le fuera posible, aunque implicara defraudar a los contribuyentes y retener contribuciones destinadas a personas necesitadas.

La transformación de Zaqueo fue tan genuina y dramática que Jesús hizo una declaración bien definida: "Hoy ha venido la salvación a esta casa" (Lc. 19:9). Nuestro Señor estaba juzgando la realidad de la salvación de ese hombre por su entusiasmo para deshacerse de su dinero por la gloria de Dios y por el bien de otros.

Sin embargo, no todos los encuentros de este tipo con Jesús tuvieron un resultado positivo. Los Evangelios sinópticos (Mt. 19; Mr. 10; Lc. 18) cada uno narra la historia del

joven rico. Era un judío devoto, un principal de la sinagoga que profesaba una cuidadosa obediencia a los Diez Mandamientos desde su juventud. Una descripción actualizada sería, un típico profesional de la urbe, honrado, decente y muy trabajador.

Increíblemente, cuando él vino donde Jesús para averiguar cómo obtener la vida eterna, Cristo no le dio un gran discurso teológico sobre el significado de la salvación. En cambio, Él lo instó a obedecer a Dios completamente y a demostrar un fruto importante del verdadero arrepentimiento: La obediencia a los mandatos de Cristo. Y el Señor escogió un mandato que revelaría si realmente él estaba arrepentido con respecto a la salvación. Jesús le dijo: "Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme" (Mr. 10:21).

Tristemente, el joven —indispuesto a obedecer a Cristo si eso implicaba deshacerse de sus riquezas— partió, renuente a seguir las instrucciones de Jesús. Él tenía que apartarse de la vida eterna porque no conseguía decidirse a renunciar a sus riquezas, aunque lo mandara el Señor y Salvador.

Luego Jesús les hizo un comentario breve y quizás algo asombroso a los discípulos sobre el incidente. Él les dijo que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja —lo cual, claro está, es imposible— que un rico entrara en el cielo confiando en sus riquezas. El amor por las riquezas presenta una barrera infranqueable a la regeneración porque el deseo de riquezas es mayor que el deseo de perdón y del cielo, como en el caso del joven rico.

Existe un gran contraste entre esas dos ocasiones significativas en que Jesús relacionó estrechamente la actitud de una persona hacia el dinero con el estado de la persona ante

Dios. En la historia de Zaqueo, el hecho de que cambió su actitud hacia el dinero constituyó una evidencia fiable de que su arrepentimiento y su búsqueda de Dios eran genuinas. En la historia del joven rico, su terca negación a desprenderse de sus riquezas constituía una evidencia de su adoración del yo.

Dinero: Un índice para la salud espiritual

Las personas pueden malgastar su dinero y sus vidas dirigiendo todas sus riquezas a inversiones temporales y terrenales. La historia registra expresiones de personas ricas y famosas, que plantean que no hay gozo en una vida como esa. John D. Rockefeller se lamentó diciendo: "He hecho muchos millones, pero no me han traído felicidad alguna". Cornelius Vanderbilt comentó: "El cuidado de millones es una carga demasiado grande... no resulta nada placentero". John Jacob Astor una vez se llamó sí mismo "el hombre más infeliz de la tierra". Y Henry Ford recordaba una época de menos preocupación cuando "era más feliz haciendo trabajos de mecánica".

En la parábola del rico insensato (Lc. 12:15-21), Jesús se centró en la persona rica y su descontento con lo que tiene. En este caso, el rico manifestó un enfoque avaricioso y completamente desequilibrado hacia la administración de sus posesiones.

El texto de Lucas no cuenta cómo el hombre se hizo rico y no tenemos que suponer que él triunfó en el negocio de un modo deshonesto. Podemos inferir razonablemente que él era sencillamente un comerciante que trabajó con diligencia para construir su negocio y alcanzó un punto en que quiso expandirlo. Hasta ahora, no hay nada de malo en eso, ni siquiera con su meta de sentirse relajado en el futuro y "comer, beber y regocijarse" (v. 19). Dios no se opone a

nuestro gozo normal de todos los aspectos ricos de su maravillosa creación.

Pero la situación con la manera de hacer negocios del rico era su obsesión por la seguridad económica personal y su buen retiro. Dios vio su método con tanto disfavor que lo llamó necio. La insensatez era que el hombre había estado tan totalmente absorto en su preparación para la comodidad temporal que no había pensado en su preparación para su bienestar eterno. Las consecuencias de tal insensatez son muy crueles y aleccionadoras: "esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios" (Lc. 12:20-21).

En comparación, Jesús les mostró a sus discípulos un ejemplo de administración sabia por medio de alguien que tenía sus prioridades en orden piadoso:

Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, o sea un cuadrante. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento. (Mr. 12:14-44)

Por extrema que haya sido la acción de la viuda, Jesús no cuestionó su sabiduría o motivación. Por el contrario, Él no le dio más que elogios, diciéndole a los doce apóstoles y a nosotros que ella era sabia y que era un modelo de buena administración. De hecho, Él la consagró como el ejemplo sin precedentes de generosidad y dedicación piadosa y dádiva expiatoria.

Por lo tanto nuestro Señor llamó necio al rico y sabia a la

viuda pobre. Es mejor tener de todo en el cielo y nada aquí en la tierra que de todo aquí y nada para la eternidad. Nuevamente Jesús arribaba a la conclusión de que cómo maneje su dinero constituye una prueba o un índice de su condición espiritual.

Con respecto a los donantes ricos de Marcos 12, Jesús valoró su salud espiritual de una manera deliberada. El texto dice: "Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca" (v. 41). No dice que Él pasaba por allí y de casualidad miró y notó que alguien estaba dando algo. Él estaba en el área del arca del templo con el propósito de observar intencionalmente lo que las personas ofrendaban. Y Él aún está observando con gran interés lo que usted y yo damos porque la naturaleza de nuestra dádiva revela mucho sobre nuestro carácter espiritual.

De ese modo Jesús hiere y sana con sus variadas enseñanzas sobre el dinero. Sus palabras sobre el tema se resumen mejor con lo que Él dijo en el Sermón del monte: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mt. 6:19-21). Implícita en ese planteamiento final está la amonestación contra dejar que tus riquezas guíen tus sentimientos, una amonestación hecha incluso de un modo más explícito por el apóstol Pablo.

La amonestación contra el amor al dinero

Pablo proporciona la amonestación más clara y directa del Nuevo Testamento contra el amor a las riquezas: "porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando

algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores" (1 Ti. 6:10). Él escribió eso como una de toda una serie de instrucciones a los líderes de la iglesia y específicamente para amonestar contra una característica de los falsos maestros. Los verdaderos líderes y maestros deben evitar la avaricia de los falsos maestros, al igual que todos los creyentes. Por lo que Pablo se vio obligado a amonestarnos sobre el pecado de la avaricia y el materialismo.

Banderas rojas en cuanto al amor al dinero

Cuando una persona ame el dinero, con frecuencia aparecerán una o más de las siguientes señales. Primero, la persona estará empeñada en hacer dinero de cualquier manera que le sea posible. Puede que le importe poco usar solo medios honrados o trabajar duro. Los cristianos, por el contrario, se esforzarán por trabajar honradamente y con una excelencia diligente, sabiendo que Dios puede recompensarlos con abundantes ganancias, pero que Él no está obligado.

Segundo, una persona ama el dinero si al parecer nunca tiene suficiente. Es como las hijas de la sanguijuela que constantemente le dicen "¡Dame! ¡Dame!" (Pr. 30:15). Pero el que está libre de tal esclavitud estará de acuerdo con Pablo: "he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación" (Fil. 4:11).

Tercero, si alguien ama el dinero, es probable que haga ostentación de del mismo. Él encuentra un placer exorbitante en la ostentación de sus lujosas adquisiciones. Hoy día es probable que muchas de ellas se hayan conseguido con una tarjeta de crédito con obligaciones en exceso de sus ingresos.

Cuarto, los amantes del dinero por lo general odian dárselo a otros, no importa cuánto puedan necesitarlo esas personas. Los amantes del dinero preferirían gastar todo cuanto

tienen en sí mismos para satisfacer sus propios deseos. Y si dieran algún dinero, por lo general es una pequeña suma con la intención de recibir cierta honra.

La última bandera roja, estrechamente relacionada con la primera, es que las personas que aman el dinero con frecuencia están dispuestas a pecar para adquirir más o para guardar tanto como puedan de lo que tienen. Puede que mientan en sus declaraciones de impuestos, inflar sus cuentas de gastos, o robar de su centro de trabajo. Están dispuestos a comprometer sus principios por las riquezas, lo que revela un corazón que ama al dinero más que a Dios, la justicia y la verdad.

Los efectos del amor al dinero

Las señales de la amonestación anterior identifican confiablemente a aquellos asolados por el pecado del amor al dinero, hay incluso más seguridad de que se produzcan los siguientes efectos negativos como resultado de la avaricia y el materialismo. Primero, quien ama el dinero confiará en él y no en Dios. Él mira con satisfacción sus cuentas bancarias incrementadas. Siente gran consuelo en su diversificada cartera de inversiones. Él se alegra de su salario abundante y quizás alardee de ciertas bonificaciones o incentivos que recibe. Descansa en la seguridad de tener un seguro que es más que suficiente para suplir toda contingencia posible. Finalmente, quien confía de un modo supremo en su dinero se recuesta y piensa para sí, *Tengo todo el dinero que me hace falta para cuando lleguen las vacas flacas. Tengo todos los frentes cubiertos. Puedo resolver mis propios problemas.*

Si eso lo describe a usted, es necesario que se pregunte si está confiando en Dios o en su oro. No es un error ser prudente con los ahorros, las inversiones y el seguro, pero sí es

un error confiar en ellos más que en Dios. Job sabía de los peligros implicados:

Si puse en el oro mi esperanza y dije al oro: Mi confianza eres tú; si me alegré de que mis riquezas se multiplicasen y de que mi mano hallase mucho; si he mirado al sol cuando resplandecía, o a la luna cuando iba hermosa y mi corazón se engañó en secreto y mi boca besó mi mano; esto también sería maldad juzgada; porque habría negado al Dios soberano. (Job 31:24-28; cp. Pr. 11:28; 1 Ti. 6:17-18)

Segundo, otro resultado seguro del amor al dinero es el engaño, o una falsa sensación de seguridad. Jesús se refiere a esto en la parábola del sembrador (Mt. 13:22; Mr. 4:19; cp. Lc. 8:14). Las riquezas pueden ahogar la Palabra y engañarlo acerca de la realidad espiritual. Si se siente seguro pues sabe que tiene mucho dinero, puede que comience a creer que tiene todo cuanto necesita y que todo está bien.

Los falsos maestros apelan directamente al engaño de las riquezas y a aquellos que confían su seguridad en el dinero. Los abogados del evangelio de la prosperidad aseguran que si usted es rico eso significa que es más que especial para Dios y Él derramará abundantes gracias sobre usted. Y la forma de hacerse rico es enviarle dinero al predicador de la prosperidad. Mientras más usted envíe, más rico será. Además, según ellos mientras más riquezas usted tenga, más Dios le ha favorecido. No es nada fuera de lo común que alguien en ese movimiento refute acusaciones contra tales falsos maestros preguntando: "¿Cómo puede decir que nuestro líder es un falso maestro? Dios lo ha vuelto muy rico, así que Él debe estar complacido con él y su enseñanza, ¿de acuerdo?" Tal es el círculo vicioso que enriquece al falso maestro y empobrece a los seguidores.

Un tercer efecto inevitable del amor al dinero es que te

lleva a edificar tu vida sobre un cimiento inestable y breve. Proverbios 23:4-5 dice: "No te afanes por hacerte rico; sé prudente y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila y volarán al cielo". El dinero es un artículo muy incierto e impredecible en su vida. Justo cuando cree que puede contar con él, se acabó. Edificar su vida sobre el dinero es algo tan loco e inestable como edificar una casa en la arena. Las condiciones cambiantes socavan los cimientos y pueden hacer que se mueva o se hunda en cualquier momento. El único cimiento estable para su vida es la verdad, la cual lo enseña a amar a Dios y a tratar de glorificar su nombre (cp. Mt. 7:24-27).

Cuarto, el amor al dinero de cierto también lo volverá orgulloso. El autor de Proverbios expone el caso de un modo sucinto y exacto: "El hombre rico es sabio en su propia opinión" (28:11). Si se encuentra embelesado y ha sabido acumularla riquezas, es fácil sentirse independiente, petulante y superior a aquellos que tiene menos que usted. Sin embargo, Deuteronomio 8:11-14 advierte al pueblo de Dios contra el enorgullecimiento por sus riquezas:

Cuidate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies y edifiques buenas casas en que habites y tus vacas y tus ovejas se aumenten y la plata y el oro se te multipliquen y todo lo que tuvieses se aumente; y se enorgullezca tu corazón y te olvides de Jehová tu Dios...

A menos que mantenga una perspectiva bíblica sobre las riquezas y lidie con el orgullo, sucumbirá a la arrogancia por sus riquezas, como hizo Efraín: "Efraín dijo: Ciertamente he enriquecido, he hallado riquezas para mí; nadie hallará iniquidad en mí, ni pecado en todos mis trabajos" (Os. 12:8).

Quinto, el amor al dinero, lo que es idolatría, siempre

hará que usted le robe a Dios. Eso quiere decir que en su administración del dinero y las posesiones no hará lo correcto; no le dará a Dios lo que es de Dios. Las personas de la época de Malaquías eran culpables de robarle a Dios: "¿Rohará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas" (Mal. 3:8).

Por absurdo que pareciera la cuestión de robarle a Dios, el profeta tuvo que preguntarle. Y él respondió su propia pregunta con un sí rotundo. Cuando las personas, quienes obviamente amaban demasiado su dinero, preguntaron cómo estaban robando de Dios, Malaquías sencillamente respondió: "En vuestros diezmos y ofrendas". En otras palabras, no le habían dado a Dios todo lo que legítimamente le pertenecía.

Había un remedio muy claro para esa situación pecaminosa. "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" (Mal. 3:10).

Si es esclavo del amor al dinero, es necesario que reciba el mismo tipo de respuesta que Malaquías ordenó a sus oyentes. Puede que piense que usted no le está robando a Dios y que nunca lo hará, pero si no está dando una porción generosa de sus recursos en el reino de Dios, usted le está robando.

Finalmente, si ama el dinero no solo le robará a Dios, usted les robará a otros. 1 Juan 3:17 deja esto bien claro: "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" Romanos 5:5 dice: "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo

que nos fue dado". Aquí Pablo proclama una de las marcas principales que identifican al creyente (cp. 1 Jn. 3:14). Pablo y Juan llevan nuestro análisis más allá de la mera consideración del amor excesivo a las riquezas. La pregunta más importante viene a ser: "Si se rehúsa a darle dinero a alguien que tiene necesidad (fundamentalmente a un hermano o hermana en Cristo), ¿cómo puede usted afirmar ser cristiano?"

El amor al dinero lo hará comportarse como un incrédulo. O, según la posibilidad que proveyó el apóstol Juan, puede revelar que usted no sea creyente en lo absoluto. A eso se resume todo, razón por la que necesita examinar su vida sistemáticamente (2 Co. 13:5) y esforzarse por quedar libre del amor al dinero.

Usted debe buscar a Dios, no a las riquezas. Como David, debe poder decir: "En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza" (Sal. 17:15).

Un creyente ejemplar que alcanzó ese nivel de satisfacción pronto en su vida cristiana fue C. T. Studd. Él fue una de las estrellas más grandes de críquet en la Inglaterra del siglo XIX que se convirtió en cristiano y abandonó su carrera como atleta para dedicarse al servicio misionero. Antes de partir hacia el campo de misiones, Studd decidió regalar su herencia, que era bastante sustancial. Su biógrafo proporciona los detalles:

Hasta donde él podía juzgar, su herencia era de £29.000. Pero a fin de dejar un margen de error, él decidió comenzar dando £25.000. Un día memorable, 13 de enero de 1887, él envió cuatro cheques de £5.000 cada uno y cinco de £1.000... Esto no era una locura de su parte. Era su testimonio público ante Dios y el hombre de que él creía que la Palabra de Dios era lo más seguro que había sobre la faz de la tierra y que los cien-

tos de intereses que Dios ha prometido en esta vida, para no hablar de la otra vida, es una realidad cierta para aquellos que creen en ella y actúan en consecuencia.

Él envió £5.000 al Sr. [D. L.] Moody, expresando la esperanza de que pudiera iniciar alguna obra en Tirhoot en el Norte de la India, donde su padre había hecho su fortuna. Moody tenía esperanza de llevar esto a cabo, pero no pudo y en cambio, usó el dinero para iniciar el famoso Instituto Bíblico Moody en Chicago...

Él envió £5.000 al Sr. George Müller, £4.000 para que se usaran en obras misioneras y £1.000 entre los huérfanos; £5.000 a George Holland, de Whitechapel: "Para que se usaran en función del Señor entre los pobres de Londres", ...y £5.000 al Comisionado Booth Tucker para el Ejército de Salvación de la India.'

Studd dio el remanente de los £25.000 a otras organizaciones. A la herencia original total de £29.000 en realidad le faltaban unos pocos miles de libras, así que él le dio parte de ese dinero a otras organizaciones y el resto como regalo a su prometida. Ella, a su vez, regaló esa parte del dinero. Cuando la pareja fue a África como misioneros, no tenía dinero.

Elementos fundamentales de la administración bíblica

Los autores cristianos de la actualidad han producido muchos libros y artículos que abogan por la semipobreza para los creyentes. El argumento es que si es un cristiano verdaderamente devoto usted rechazará el amor al dinero, evitará toda comodidad material y quedará satisfecho con nada más que las necesidades económicas indispensables. Como precedente histórico, en ocasiones este criterio cita ejemplos de órdenes monásticas medievales (por ejemplo, los Franciscanos) que alentaban a los miembros a llevar vidas austeras, separados de los excesos de la riquezas mundanas. Los abogados de la "pobreza cristiana" incluso llegarán a razonar lo siguiente en cuanto al estilo de vida del ministerio de Jesús: "Jesús era pobre y era un desamparado y si nuestro Señor fue llamado a Pobreza, ¿no debíamos nosotros, sus seguidores, emular su estilo de vida? Después de todo, debe ser lo mejor que Dios quiere para el creyente y Él proveerá todas las necesidades básicas de nuestra vida".

¿Pero es válido ese argumento? Incluso tiene un fundamento bíblico y ¿refleja con exactitud el propósito de Dios para con nosotros? Creo que la respuesta de todas estas pre-

guntas es no y las Escrituras demuestran el por qué de maneras que podrían sorprender a aquellos que creen que la pobreza cristiana lleva a la justicia.

La verdadera situación económica de Jesús

La afirmación de que Jesús creció con los pobres y era un desamparado sencillamente no es cierta. Una breve panorámica de la estructura socioeconómica de Israel en la época de su encarnación puede ayudarnos a comprender mejor su estado real. En el nivel más bajo había un segmento bastante grande de personas pobres, sobre las que Jesús les dijo a los discípulos: "Porque siempre tendréis pobres con vosotros" (Mt. 26:11). Él no los despreciaba; Él sabía que siempre habría pobres y con necesidad del amor y la generosidad de los creyentes (cp. Dt. 15:11).

Como en la mayoría de los países, Israel tenía una pequeña pero influyente clase alta de personas acaudaladas. Eran los terratenientes y líderes religiosos, aquellos que ejercían poder y autoridad bajo la dirección de la ocupación romana.

En la época de Cristo, en el centro de la sociedad judía había una clase media significativa compuesta de artesanos y comerciantes. Este segmento incluía a agricultores, obreros productores de herramientas, alfareros, constructores y otros artesanos. Jesús nació en una familia de esa clase media. Su padre terrenal José tenía su propio negocio de construcción. Por lo general traducimos el equivalente griego de su ocupación como "carpintero", pero su traducción más exacta es la de "constructor". El significado incluye al albañil, o a quien trabaja con madera.

José tuvo bastantes hijos además de Jesús y ciertamente debe haber tenido suficiente dinero para mantenerlos. Según

los historiadores, la construcción estaba prosperando en Nazaret de Galilea y en sus alrededores, el pueblo natal de Jesús. Eso se debía a la expansión romana y a la ubicación de la zona cerca de las principales rutas de comercio de este a oeste y norte a sur de la época. Así que es probable que José fuera un buen carpintero que aprovechó las muchas oportunidades de construcción en Nazaret y, con la ayuda de Jesús, edificó un próspero negocio. Y Jesús, como primogénito, habría heredado el negocio de la familia después de que José murió.

Por ende, resulta erróneo concluir que Jesús entró al mundo como un individuo pobre y desamparado que llevó una vida de pobreza. Él creció en una familia de clase media que disfrutó de algunas de las comodidades que proporcionaba la vida en Galilea; un gran suministro de recursos naturales, agua y alimentos abundantes y un bello paisaje. Fue solo hasta después que comenzó su ministerio ambulante que Cristo dependió del amor y el cuidado de otros para su alimentación, un lugar donde quedarse y cosas por el estilo. Eso no difiere mucho con como operan la mayoría de los misioneros modernos y los evangelistas que viajan.

En lugar de suponer que Jesús era pobre y que de alguna manera alentó a sus seguidores a vivir como Él, creo que debemos reconocer su nacimiento y crianza de clase media y considerar seriamente cuál era el propósito que Dios tenía para ello. Es muy probable que el Padre enviara al Hijo a un medio trabajador de la clase media donde Él pudiera cuidadosa y sabiamente hablarles a los ricos y también consolar y comprender a los pobres. Jesús se habría podido identificar bastante bien con cada una de las otras clases.

Todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos

Para refutar cualquier concepto de que la pobreza o el ascetismo es la norma ideal de Dios para usted y para mí, resulta refrescante y tranquilizador reflexionar una vez más en la letra de este bien conocido himno:

El mundo es de mi Dios, su eterna posesión.

Eleva a Dios Su dulce voz la entera creación.

El mundo es de mi Dios, conforta así pensar.

Él hizo el sol y el arrebol, la tierra, cielo y mar.

La descripción del Huerto del Edén muestra algunas de las riquezas exuberantes que Dios proveyó para el disfrute del hombre:

Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos. El nombre del uno era Pisón; éste es el que rodea toda la tierra de Havila, donde hay oro; y el oro de aquella tierra es bueno; hay allí también bedelio y ónice. El nombre del segundo río es Gihón; éste es el que rodea toda la tierra de Cus. Y el nombre del tercer río es Hidkel; éste es el que va al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el Eufrates. (Gn. 2:8-14)

Dios ciertamente había creado un mundo natural que era rico y bello, pero en la caída se volvió condenado y maldito. La tierra es un planeta relativamente joven (un entendimiento apropiado de la ciencia y las Escrituras arrojarían unos seis mil años de edad), diseñado por Dios en medio de la eternidad para un propósito muy breve. Según el programa

divino, en el futuro cercano el mundo actual desaparecerá (cp. Mt. 5:18; 2 P. 3:10-13) y será sustituido por un nuevo cielo y una nueva tierra (Ap. 21:1). La tierra actual, como revela la naturaleza de su creador, es sencillamente para el uso temporal y el disfrute de la humanidad. La tierra en sí no posee características sagradas ni eternas; por lo tanto podemos disfrutar y utilizar sabiamente todas sus bellas características físicas y ricos recursos naturales.

Cuando Dios creó el universo, Él hizo una distinción muy importante entre el hombre y el resto de la creación. Excepto el hombre, toda la creación —animada e inanimada— es temporal, sin alma y pasará al olvido. Pero los hombres y las mujeres son seres eternos, hechos a la propia imagen y semejanza de Dios; superiores en diseño, valor, capacidad, responsabilidad y autoridad sobre el resto de la creación. Génesis 1:27-29 dice:

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer.

Este pasaje contiene un mandato de Dios muy importante. Él le ha dado al hombre soberanía sobre todos los elementos de la creación. Nosotros debemos aprovechar todo el poder, belleza, productividad y las ricas capacidades de la tierra. Como apunta un autor: "Está ahí para que se explote, se estudie, se cultive, se dome, se utilice y se disfrute". Toda la tierra y todo lo que contiene existe para proveernos en esta vida.

Cuando se piensa en eso, la belleza de la naturaleza es bastante sorprendente. Su esplendor imponente es parte del buen regalo de Dios para el hombre. Un ejemplo maravilloso de esto es cuando las hojas se tornan de diferentes colores cada otoño en ciertas regiones del mundo. Una región como esa famosa por sus brillantes colores de otoño es la zona nordeste de los Estados Unidos, fundamentalmente los estados de Nueva Inglaterra. El autor Bill Bryson describe sencillamente cuán hermoso puede ser un día de otoño en Nueva Inglaterra:

Ayer, con el pretexto de realizar una investigación importante, me fui en el auto hasta Vermont y le regalé a mis pies un ascenso al Pico Killington, 1.291 metros de un esplendor vigoroso en el corazón de las *Green Mountains*. Era uno de esos días suntuosos en que el mundo está lleno del almizcle otoñal y de una perfección penetrante y fresca: Un cielo azul vivo, campos de un verde intenso, hojas con miles de tonalidades. Es una vista increíble cuando cada árbol del paisaje se vuelve único, cuando cada carretera sinuosa y cada ladera se ve repentinamente salpicada con cada intenso matiz que la naturaleza puede conferir: Escarlata intenso, dorado brillante, berme llón intenso, naranja encendido.

Perdóneme si le parezco un poco efusivo, pero resulta imposible describir un espectáculo tan grande como este sin balbucear. Incluso el gran naturalista Donald Culross Peattie, cuya prosa es tan seca que se podría usar para secar los suelos mojados, perdió la calma totalmente cuando intentó expresar la maravilla de un otoño de Nueva Inglaterra.

El lenguaje del clásico de Peattie *Historia natural de los árboles de América oriental y del norte central* con mucha generosidad se le puede llamar eficiente; pero cuando él dirige su atención al arce de azúcar y sus vívidas vestiduras otoñales, de su boca caen metáforas entrecortadas. Por ejemplo, él compara los colores del arce con "el grito de un gran ejército... esas

lenguas caídas de fuego de arce... como la fuerte melodía de marcha que viaja sobre la cresta de un mar farragoso y sinfónico y, con su lamentable canción, le da significado a toda la disonancia calculada de la orquesta".

Cuando llegué al aire sobrenaturalmente limpio de la cumbre del Killington, con vistas hacia cada horizonte empapado de lustre otoñal, me di cuenta de que era todo cuanto podía hacer para no abrir los brazos al aire y estallar con una mezcla de... tonadas.¹

Si es creyente, usted sabe que el tipo de paisaje magnífico del que Bill Bryson dio fe demuestra el carácter adorable, generoso y casi pródigo de Dios. Debe sentir una sensación de sobrecogimiento mucho mayor que la que experimentó Bryson cuando usted agradezca, alabe y glorifique a Dios el Creador. Experiencias tan enriquecedoras como esa debe hacer que lo obedezcamos a Él que es tan generoso, porque debería estimular en usted un anticipo del cielo. Cualquiera que sean las maravillas, los gozos, las comodidades y las bellezas de este mundo, no son más que un pequeño preestreno de aquello que disfrutaremos en el mundo venidero.

Así Dios por medio de las Escrituras y la revelación general proporciona una afirmación inequívoca de la bondad de este planeta desechable. Cuando combina las riquezas de la tierra con la habilidad dada por Dios a la humanidad para cultivar (criar ganado y cultivar granos), disfrutar de olores y gustos ilimitados y extraer (rescatar metales, gemas, minerales y combustibles valiosos) esas riquezas, usted ha logrado el propósito de Dios para el hombre y la mujer de disfrutar la vida. Las riquezas y la belleza de la tierra están ahí por un periodo de tiempo corto, pero Dios dice que usted y yo debemos disfrutarlo todo mientras exista.

Sin embargo, como con todo lo demás, el pecado ha

estropeado seriamente la bondad de la tierra y nuestro disfrute y utilización de la misma. Adán y Eva pecaron y la maldición cayó sobre la tierra. Dios originalmente les dio la libertad de controlarlo todo en el Huerto del Edén. Todavía Dios le permite a la humanidad la libertad de utilizar los recursos de la tierra, pero tristemente las personas abusan de esas cosas buenas y las convierten en productos de destrucción (armas que mutilan y matan, narcóticos y venenos que destruyen las vidas de las personas). O convierten estos recursos en dioses materiales y de hecho adoran esos dioses en lugar de adorar al verdadero Dios.

Pero incluso con los excesos pecaminosos de la humanidad al manejar los bienes del mundo, Dios no nos ordena que dejemos de usarlos ni de disfrutarlos. El pecado no radica en disfrutar de la prodigalidad de la tierra. El pecado radica en el abuso y el desperdicio al ostentar de sus riquezas y dedicarse a un consumo egocéntrico y despiadado.

El método piadoso y bíblico es adoptar la actitud apropiada de corazón al participar de las muchas bendiciones materiales de Dios. Si disfruta de ellas, déle las gracias y dispóngase a compartir generosamente con otros. Entonces habrá hecho una utilización justa de las riquezas que Dios le ha confiado.

Formas de adquirir dinero que honran a Dios

¿Tenemos derecho de adquirir y disfrutar las riquezas? Creo que hemos dejado claro que la respuesta es sí. Si es diligente y tiene una actitud obediente y agradecida que confía en Dios y en su Palabra, puede que sea su voluntad recompensarlo financieramente hasta cierto grado. El Señor tiene presente sus intereses. Proverbios 10:22 dice: “La bendición de

Jehová es la que enriquece, Y no añade tristeza con ella”. (No estoy diciendo que sea la voluntad de Dios que todos los creyentes sean igualmente ricos y que nunca confronten dificultades. Sencillamente estoy reiterando que no constituye un error inherente que usted y yo aprovechemos las oportunidades materiales que Él nos ha puesto delante.)

Adquisición del dinero mediante el trabajo

Esa conclusión conlleva inevitablemente a otra pregunta: Si Dios declara como correcto disfrutar de cierto grado de riquezas, ¿cómo la obtenemos? La respuesta es sencilla y no tiene complicación alguna. Primero que todo, la forma más conocida de adquirir dinero —aunque probablemente no la más popular— es ganarlo trabajando.

El trabajo no es solamente la forma primordial de adquirir dinero, es el regalo de Dios a la humanidad y fue realmente un mandato suyo. “Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna...” (Éx. 20:9–10). Dios nos ha provisto seis días para trabajar y él ha reservado un día para que nosotros descansemos y lo adoremos.

“El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno...” (Ef. 4:28). El trabajo duro proporciona dignidad, le permite usar sus habilidades y talentos humanos de un modo productivo y cuenta con la aprobación de Dios a diferencia de los medios deshonestos (robo, etc.) de obtener riquezas. El trabajo también evita que esté desocupado, malgastando su tiempo y cayendo en todo tipo de tentaciones.

Proverbios 28:19 encomia la virtud del trabajo: “El que labra su tierra se saciará de pan; mas el que sigue a los ociosos se llenará de pobreza”. Si quiere ser pobre, cáigale atrás

al viento o persiga planes que aún no se han puesto a prueba y sueños irracionales. Por otro lado, una forma demostrada de tener mucho es trabajar para ello.

La Biblia condena la pereza; resulta vergonzoso y pecaminoso. El autor de Proverbios tiene mucho que decir sobre el tema (6:9–11; 10:5; 19:15; 21:25; 24:30–34), incluso la comparación del perezoso con el diligente. “La mano de los diligentes señoreará; mas la negligencia será tributaria” (12:24). “El alma del perezoso desea y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada” (13:4; cp. 14:23). Si es diligente, es probable que gane dinero; si es perezoso, es probable que no.

El libro de Proverbios toma un ejemplo del mundo de los insectos para amonestar a la persona perezosa y recalcar el valor del trabajo duro: “Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos y sé sabio; La cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento” (6:6–8). La hormiga, sin que nadie le diga qué hacer, usa los instintos que Dios le ha dado para recopilar alimento en el verano de modo que así tiene lo que necesita durante el invierno. Por otra parte, los seres humanos inteligentes pero perezosos en ocasiones no se conducirán con la prudencia de la hormiga. Proverbios 20:4 dice: “El perezoso no ara a causa del invierno; Pedirá, pues, en la siega y no hallará”. El perezoso no trabaja tan duro como debe y por ende termina siendo un mendigo.

El apóstol Pablo enseñó principios similares en el Nuevo Testamento. Él exhortó a los creyentes de Tesalónica: “Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Ts. 3:10). Él le dijo a Timoteo que instruyera a los miembros

de la iglesia con respecto a sus obligaciones laborales: “si alguno no provee para los suyos y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1 Ti. 5:8). Si no trabaja a conciencia y con diligencia para proveer para su familia, usted se está comportando peor que un incrédulo, porque la mayoría de los no cristianos al menos trabajan duro para proveer para sus familias.

Debemos estar motivados a rechazar la pereza porque el trabajo es un noble esfuerzo, el cual se debe realizar para agradar a Dios (Col. 3:22–24). Con frecuencia las personas me preguntan, con respecto a mi trabajo como pastor: “¿Qué le proporciona el sustento? ¿Qué lo mantiene?” Yo les digo que me mantengo motivado porque trabajo para el Señor. Todo cuanto hago es un servicio que le presto a Dios y Él lo evalúa todo. Lo mismo sucede con cualquier otro trabajo, ya sea cocinando hamburguesas, trabajando en un almacén, trabajando como operario en una fábrica, enseñando en una escuela, vendiendo seguros, sirviendo en la esfera del cumplimiento de la ley, creando sistemas informatizados, o ejerciendo la medicina. Que debemos trabajar “no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios” (Ef. 6:6) debe ser nuestra motivación edificante a medida que nos esforcemos por ganar dinero para que sustente a nuestras familias y provea riquezas adicionales para el futuro.

Adquisición del dinero mediante el ahorro

Otra forma de obtener dinero que honra a Dios, fundamentalmente con respecto a nuestro bienestar futuro, es ahorrarlo. Proverbios 21:20 dice: “Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa”. Una

persona sabia aparta una porción de sus riquezas (“tesoro precioso y aceite”) para el futuro y para tiempos inesperados de necesidad. Sin embargo, el insensato gasta todo su ingreso y vive innecesariamente de salario en salario. Una paráfrasis del versículo 20 nos ubica bien en este asunto: “El sabio guarda para el futuro, pero el necio gasta todo cuanto tiene” dice una paráfrasis. Obrar de esa manera es absolutamente necio; *es necesario* que aparte un poco de dinero para el futuro.

Las hormigas de Proverbios nuevamente ilustran la cuestión del ahorro: “Las hormigas, pueblo no fuerte y en el verano preparan su comida” (30:25). Esto implica que las hormigas saben que cada año llega el invierno y que ellas apartan una cantidad adicional de su preparación de comida para el verano. A eso se le llama ahorrar para el futuro. Debe ahorrar para que pueda cubrir cualquier imprevisto durante un tiempo cuando no pueda trabajar, o que al menos ya no pueda ganar tanto dinero como ahora.

También debe ahorrar para un imprevisto. De vez en cuando se dan situaciones —como por ejemplo grandes heridas y enfermedades, situaciones de desempleo y desastres naturales— que pueden ocasionar efectos catastróficos en su vida si no está preparado financieramente. Pueden aparecer momentos especiales en que puede querer darle dinero a alguien que tiene una necesidad grave, ayudar a sus hijos cuando se inician en la vida, o contribuir a algún ministerio. Podrá dar poco o nada si no ha ahorrado o no se ha preparado para tales contingencias.

Un elemento clave del ahorro de dinero y una forma importante de prepararse para las necesidades futuras, es invertir. Al final de la parábola de los talentos, lo que ilustra la tragedia de la oportunidad desperdiciada, Jesús dijo: “Por

tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses” (Mt. 25:27). Él afirmó el valor de usar su dinero para ganar dinero. Si tiene dinero extra, debe ser fiel al menos para ingresarlo en una cuenta de ahorros para que gane intereses. Mejor aún, si puede, debe aprovechar las oportunidades de incrementar sus riquezas por medio de inversiones como certificados de depósito, cuentas de mercado monetario, fondos mutuos, acciones individuales y fondos en bonos y mercancías agrícolas. El Señor se complace si usted y yo podemos ser fieles al hacer inversiones financieras sabias, sin embargo, también necesitamos estar seguros de pedirle su guía al llevarlo a cabo.

Sin embargo, es posible que uno se obsesione con ahorrar dinero. Puede intentar ahorrar a un nivel tan alto que se puede convertir en un agarrado, extremadamente egoísta y mezquino con sus fondos, temiendo que si no se aferra ahora a cada centavo que tiene, no tendrá suficiente para mantener su estilo de vida actual en el futuro. Tal mentalidad convierte al ahorro en acaparamiento y hace que deje de confiarle su futuro financiero al control de Dios. Y esa, obviamente, no es su voluntad.

Sin embargo, si es su voluntad que ahorremos dinero. Si se hace de una manera cuidadosa, considerada y equilibrada —usando medios legítimos como los ahorros a largo plazo, inversiones sólidas, cuentas de ahorro para jubilación y cosas por el estilo— es razonable y bíblico. Por encima de todo, Dios estará complacido.

Adquisición de dinero mediante la planificación

Si va a ganar dinero suficiente para cumplir sus compromisos y ahorrar algo para el futuro, es muy importante que se

planifique (cp. Pr. 27:23-24). Puede que eso quiera decir que tenga que ceñirse a un presupuesto planificado cuidadosamente. O puede que sencillamente implique esbozar un conjunto de prioridades de gastos y obrar fielmente dentro de esos límites. De la manera que lo haga, resulta crucial no gastar más de lo que percibe. Eso tiene mucho sentido. De lo contrario, no será un buen administrador financiero y no podrá ahorrar para las necesidades y emergencias futuras.

Si va a ser un planificador sabio de sus finanzas personales, debe absolutamente hacerse estas preguntas: *¿Realmente estoy desempeñando alguna forma de autocontrol financiero planificado cuidadosamente? ¿O sencillamente gasto el dinero descuidada e impulsivamente, teniendo en cuenta poco o nada las implicaciones futuras?* Si la segunda pregunta lo describe, un día podría encontrarse en una emergencia financiera, rogándole a Dios que lo salve de una situación que, con mejor planificación, podía haber manejado de un modo más calmado. Cuídese de perder el autocontrol financiero y ore como lo hizo David: "Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí" (Sal. 19:13).

Por un número de razones, la cultura occidental de hoy día dificulta más que nunca que las personas mantengan buen autocontrol financiero. Primero, nos bombardean con una publicidad más sofisticada y atracciones comerciales. Las estaciones televisivas locales, las cadenas y los canales por cable funcionan crecientemente solo por el ingreso comercial. Eso es lo que paga los programas que vemos, incluso en la televisión pública. Los publicistas tienen que recuperar lo que ellos pagan por comerciales televisivos, por ende trabajan duro para conseguir que usted compre su producto. Las cadenas usan el dinero de los comerciales para

pagar la programación, por lo que ellos tienen esperanzas de que los publicistas prosperen y puedan hacerles frente a las tasas comerciales elevadas. Todo es una enorme confabulación para conseguir que compre cada vez más a lo que se le hace publicidad en la pequeña pantalla. Asimismo, la radio usa su programación para atraerlo a muchos comerciales que difunde.

Los periódicos también dependen cada vez más de la publicidad para obtener ingresos. Resulta pasmoso cuántas páginas de un típico periódico norteamericano hoy día se encuentran dedicadas a la publicidad. Todo tipo de anuncios publicitarios de toda clase de artículos de tiendas por departamentos, anuncios de equipos electrónicos, anuncios de autos y camionetas, anuncios de bebidas alcohólicas, anuncios de centros para mantenerse en buen estado físico y productos deportivos. Todo esto teniendo en mente a un gran público como objetivo: Usted y yo, los consumidores.

Segundo, la cultura moderna sobreenfatiza la imagen. Los publicistas tratan de vender los productos haciendo énfasis en que hay cierta imagen de moda y preferida atada a donde vive, el auto que conduce y a la ropa que usa. Nunca ve comerciales de autos que se centran fundamentalmente en la calidad de las características básicas del auto, o su seguridad y confiabilidad como modo de transporte. En cambio, en este comercial televisivo típicamente figurará una hermosa muchacha conduciendo el auto, algún tema musical palpitante y una secuencia rápida de filmografía que muestra el auto viajando a gran velocidad por un paisaje campestre pintoresco o por un camino montañoso. Por lo general se ve una imagen distorsionada de la apariencia real del auto y muy poca información sobre el auto en sí. De hecho, los comerciales de autos a menudo le proporcionarán más información sobre el

precio y el financiamiento del auto que sobre las características del auto. Los principales intereses son la imagen y conseguir que compre el producto.

No estoy diciendo que no debamos disfrutar de las cosas buenas de la vida, como por ejemplo autos bien diseñados y cómodos. Pero sí estoy señalando que los publicistas, al vender artículos costosos como los autos, enfatizan el estilo y la belleza y no lo esencial y la realidad. Debemos tener cuidado y discernimiento no sea que tales comerciales nos tienten a comprar cosas que no necesitamos ni podemos asumir.

Otra realidad moderna que hace que todas esas atracciones funcionen y severamente pone en peligro los esfuerzos de las personas en el autocontrol financiero es la tarjeta de crédito. Con solo un mínimo de solvencia crediticia, los individuos pueden obtener tarjetas de crédito plásticas y usarlas para comprar casi cualquier cosa. Para la mayoría de los bienes y los servicios, ya no tiene que pagar el costo total al inicio —ni siquiera tiene que dejar dinero alguno— para obtener lo que quiere. Sencillamente ingresa el precio de compra en su cuenta de tarjeta de crédito y se preocupa luego por pagar el saldo con alto interés.

En la década pasada, la deuda total por concepto de tarjetas de crédito en los Estados Unidos se ha vuelto enorme. En 1994 fue aproximadamente de 525 mil millones de dólares, acompañado de una tasa de interés anual promedio del 18 por ciento. En la actualidad el total probablemente esté más cerca de un billón de dólares. Y se estima que el 70 por ciento de los titulares de las tarjetas de crédito llevan grandes saldos en sus tarjetas. Saldos que les proporcionan a los bancos y a otros emisores de tarjetas cerca de doscientos millones de dólares diariamente como ingreso total por concepto de interés.

Los especialistas en tarjetas de créditos plantean que una vez que el titular promedio de una tarjeta de crédito contraiga una deuda con su compañía de tarjeta de crédito de ochocientos dólares o más, la persona se mantiene en deuda con la compañía de por vida. La mayoría de las personas no pueden pagar una deuda de ochocientos dólares porque viven al nivel de sus ingresos. Y ochocientos dólares ni siquiera es la mitad de la suma promedio de deuda de tarjetas de crédito en las familias de los Estados Unidos. El norteamericano típico debe más de dos mil dólares a la alta tasa de interés del 18 por ciento. Si se encuentra en esa situación, está sometido financieramente a su compañía de tarjeta de crédito. Proverbios 22:7 caracteriza esta situación con precisión: “El rico se enseñorea de los pobres y el que toma prestado es siervo del que presta”.

Los comerciantes casi alientan los problemas de las deudas de las tarjetas de crédito al aceptar las tarjetas fácilmente. Los estudios demuestran que gasta hasta un 80 por ciento más usando una tarjeta de crédito que usando un cheque o pagando en efectivo. Los comerciantes quieren aprovecharse de esa tendencia; para ellos, aceptar tarjetas de crédito es una vía inteligente de hacer negocios. El proceso es conveniente y rápido y antes de que se dé cuenta, el saldo de la deuda de sus varias tarjetas es mucho mayor de lo que jamás imaginó.²

El Señor, por el contrario, quiere que usted se planifique lo suficiente para que no tenga que pagarle enormes sumas de deuda con altos intereses a su compañía de tarjeta de crédito. Pablo les recordó a los corintios: “Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres” (1 Co. 7:23). Si ejerce autocontrol y usa su tarjeta de crédito con restricción (o no la usa), podrá darle más al Señor y apartar

más dinero para los ahorros, las inversiones y oportunidades de gasto más sabias.

Finalmente, la planificación cuidadosa lo ayudará a evitar las dificultades del préstamo de dinero a otras personas. A menos que haya estudiado una oportunidad segura de prestar dinero y haya llegado a la conclusión de que sería una inversión excelente y sabia, tenga cuidado de darle a otra persona control sobre sus recursos. (Excluiría de esta precaución aquellas oportunidades ocasionales que uno podría tener de ayudar a un miembro cercano de la familia. Por ejemplo, ayudar a un hijo a comprar una casa o un auto.) Proverbios nuevamente nos da consejos prácticos: “El hombre falto de entendimiento presta fianzas y sale por fiador en presencia de su amigo” (17:18). Salir fiador sencillamente significa que está refrendando que alguien más pida dinero prestado y usted se hace responsable de toda la deuda de esa persona si ella no la puede pagar. No le ha hecho un préstamo directo a esa persona, sino que ha cedido potencialmente el control de sus recursos dados por Dios a la irresponsabilidad financiera de esa persona y a su falta de buen juicio. Las Escrituras dicen que no es de sabios hacer eso. Usted se está poniendo en una situación muy precaria. Por lo tanto, no refrende la deuda de un amigo o vecino.

Dios le ha confiado a todo cristiano la administración del dinero y las posesiones. Hasta el último centavo de nuestro dinero y los artículos más pequeños de nuestras posesiones materiales le pertenecen a Él. Por ende, debemos usar todos nuestros recursos para la honra y la gloria de Dios. Eso incluye disfrutar de la maravillosa creación que Él nos ha dado, trabajar diligentemente para proveer para las necesidades básicas de nuestras familias, ahorrar e invertir para el futuro

y planificar cuidadosamente para ejercer sabiamente el auto-control financiero.

La buena administración estará motivada por lo que Cristo dijo de acuerdo con la relación de cómo usamos nuestro dinero y nuestra fructificación espiritual. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Lc. 16:10–11). Cristo está diciendo que Dios no le dará un ministerio espiritual fructífero en las vidas de las personas (“las verdaderas riquezas”) si no aprende a manejar el dinero.

De ese modo, si quiere que el Señor lo use en el fomento de su reino, tiene un gran incentivo para ser un buen administrador de las riquezas que Él le ha conferido. De la forma que maneje el dinero y las posesiones es crucial. Es un barómetro de su vida cristiana y una prueba de cuán bien entiende que las verdaderas riquezas son espirituales. Una interpretación detallada de dónde yacen las verdaderas riquezas es el tema del próximo capítulo.

Reserva tus tesoros en el cielo

4

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”.

—MATEO 6:19-21

Nuestras verdaderas riquezas están en el cielo

No importa cuánta enseñanza recibamos con respecto a la naturaleza del dinero, a la necesidad de evitar el amor indebido por el mismo, las formas apropiadas de adquirirlo y la libertad de disfrutar la rica creación de Dios, debemos esforzarnos constantemente por mantener una perspectiva bíblica y cristocéntrica con respecto a la prosperidad material y espiritual. El mandamiento del apóstol Pablo "poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Col. 3:2) debe estimular recordatorios constantes a frustrar las tentaciones incesantes que nos rodean y que llevamos dentro.

Sin embargo, como sugerimos en el capítulo anterior, muchas fuerzas en la sociedad actual, acelerada, de alta tecnología y orientada al consumidor les hacen una guerra implacable a la perspectiva bíblica sobre el dinero y las posesiones. Al parecer la meta máxima a los ojos del mundo es que las personas depositen una confianza suprema en la propia prosperidad y en su capacidad para manipular sus herramientas para su beneficio propio. Pero esa meta de muchas maneras sencillamente refleja las actitudes adoptadas por las

personas hace setenta años, en un momento crucial de la historia norteamericana. El historiador Frederick Lewis Alien describió el criterio que tenían los norteamericanos del buen momento económico del verano de 1929:

Por todos lados se escuchaba la nueva sabiduría expresada sabiamente. “¿Que a la prosperidad le corresponde una decadencia? ¡Pero, hombre, si apenas comenzamos!” “Conviértase en alcista en Norteamérica”. “Haga valer a los Estados Unidos”. “Óigame bien, algunos de estos precios le parecerán terriblemente bajos en un par de años”. “No pierda de vista esas acciones, están ascendiendo a quinientos”. “Las posibilidades de esa compañía son *ilimitadas*”. “Nunca pierda su posición en buenas acciones”. Todo el mundo escuchaba cuántos millones habría ganado un hombre si hubiera comprado cien acciones de la General Motors en 1919 y no las hubiera vendido. En alguno que otro momento a todo el mundo se le recordaba que George F. Baker nunca vendió nada. En cuanto a la amenaza de la especulación, se aseguraba con mucha labia que —como proclamara el ex gobernador Stokes de Nueva Jersey en un discurso elocuente—, Colón, Washington, Franklin y Edison, todos habían sido especuladores. “Para ser rico”, escribió John J. Raskob en un artículo de *Ladies Home Journal* [La revista del hogar para señoras] titulado de manera seductora “Todo el mundo debe ser rico”: “Hay que formar parte del propósito beneficioso de la producción de riquezas de este país” y señaló que si alguien ahorraba tan solo quince dólares al mes y los invertía en buenas acciones ordinarias, permitiendo la acumulación de dividendos y derechos, al transcurrir veinte años tendría al menos ocho mil dólares y un ingreso por concepto de inversiones de al menos cuatrocientos dólares al mes. Todo era muy fácil. La puerta a la fortuna estaba bien abierta.¹

En el otoño de 1929 la misma bolsa de valores que las personas habían promocionado tanto en el verano y de hecho durante gran parte de la década anterior, se vino abajo y

marcó el comienzo de la peor crisis económica de la historia norteamericana. Aunque hay muchas diferencias entre los buenos períodos económicos de los años 20 y los períodos prósperos de Norteamérica a finales del siglo —observadores bursátiles respetables pocas veces plantean que el mercado alcista actual sufrirá el mismo destino que la bolsa de valores del 1929— la idea es sencillamente la siguiente: La prosperidad es aún muy incierta. No nos atrevemos a convertirla en el fundamento de nuestra seguridad espiritual. Dios en su soberanía puede decidir en cualquier momento, como hizo con Job, ponernos a prueba privándonos de nuestro dinero, posesiones, e incluso nuestros familiares.

Aunque existe una relación definida entre la prosperidad espiritual y lo bien que administramos nuestras riquezas (cp. Lc. 16:10–11), el Señor no quiere que malinterpretemos esa relación y así hagamos suposiciones erróneas y pecaminosas. A lo largo de la historia de redención, los falsos maestros religiosos —como los escribas y los fariseos— han tergiversado la relación entre el dinero y la espiritualidad. En lugar de ceñirse a la fórmula bíblica que plantea que la responsabilidad fiscal le concede a los creyentes la oportunidad de ser bendecidos con un ministerio espiritual, los falsos maestros han enseñado que la bendición material es el resultado de la superioridad espiritual. “Si poseemos bienes de este mundo en abundancia, eso debe significar que Dios está complacido con nosotros y no le importa si concentramos toda nuestra energía en la acumulación de más riquezas”. Esta es verdaderamente una definición extendida del evangelio actual de la prosperidad y no podría ser más errónea y no bíblica.

Una enseñanza como esa tergiversa totalmente pasajes como Deuteronomio 28:1–3: “Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por

obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones y te alcanzarán, si oyes la voz de Jehová tu Dios. Bendito serás tú en la ciudad y bendito tú en el campo”. De las bendiciones que hablaba Moisés sin lugar a duda están supeditadas a la obediencia a Dios. No está reflejando su bendición y aprobación si amasa lujos materiales y dinero extra afanándose de un modo avaricioso y egoísta en tales empresas (cp. Pr. 23:4). Asegurar tener la aprobación del Señor sobre la base solamente de su comodidad y prosperidad personal es deshonorar su nombre y malinterpretar grandemente su Palabra.

En respuesta principalmente a las enseñanzas erróneas y prácticas pecaminosas de los fariseos con respecto a las riquezas (cp. Mt. 23:1-7, 25-28; Lc. 16:14-15), Jesús en el Sermón del monte enseñó a sus discípulos a tener una perspectiva correcta de las riquezas y las posesiones:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. (Mt. 6:19-24)

Acá Jesús nos exhorta a tener un solo tesoro, una sola visión, un solo señor siempre que consideremos nuestras bendiciones materiales.

Tener un solo tesoro

La advertencia clave en el planteamiento inicial de Jesús (v. 19) es que no acumulemos finanzas ni bienes materiales sencillamente para nuestra propia satisfacción. Si hacemos eso, las posesiones se convierten en ídolos. La frase original equivalente de “no os hagáis” tiene la connotación de colocar de manera horizontal, de la manera que se apilan las monedas. En este contexto Jesús está usando la frase para prohibir el acaparamiento o cualquier forma de acopio imprudente. Ilustra las riquezas que sencillamente se almacenan para ponerlas a buen recaudo y no se usan. Una persona que hace eso por lo general se encuentra ansiosa por mostrar sus riquezas o exhibir una imagen de indulgencia holgada (cp. Lc. 12:16-21).

Por el contrario, nosotros debemos usar nuestras posesiones con alegría, sabiduría y generosidad para apoyar y extender el reino de Dios. Al hacerlo, ganaremos riquezas celestiales y no nos veremos entorpecidos por los tropezaderos de los bienes y dinero sin usar. Además, tales posesiones ociosas tarde o temprano comienzan a deteriorarse. Y aunque pudiéramos proteger perfectamente nuestras riquezas del hurto, la destrucción, o incluso de la ociosidad, finalmente las perdemos en nuestra muerte. Pero cuando usamos todos los recursos que Dios nos ha conferido, ya sea dinero y propiedades, o tiempo, energía, e ideas, para honrar a Dios, proveer para la familia y ministrar a otros, eso genera recursos celestiales que no los puede destruir ni hurtar nada en la tierra. La seguridad celestial proporciona la única garantía absoluta de nuestros tesoros.

Cristo continúa diciéndole a todos los que lo siguen que “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro

corazón” (Mt. 6:21). Sus posesiones más amadas están vinculadas de una manera inseparable a sus deseos, prioridades y motivos más fuertes. Resulta imposible para el cristiano verdadero tener sus tesoros anclados al mundo si su corazón está fijado en el cielo (cp. 1 Jn. 2:15–16).

Si su corazón está en lo cierto con respecto a sus riquezas, entonces invertirá dinero voluntariamente en el reino de Dios. Pero si está renuente a darle a Dios sus recursos —y constantemente muestra actitudes de permitirse lujos, actitudes de tacañería y codicia— necesita reevaluar su relación con el Señor.

Cristo no les decía a los discípulos que si ellos gastaban sus riquezas en propósitos espirituales sus corazones automáticamente se pondrían a bien con Él. Sino que decía que de la manera que gastemos nuestras riquezas demuestra la condición espiritual *existente* de nuestro corazón. Si su actitud hacia el uso del dinero revela un corazón injusto, remítase al libro de Nehemías y adopte el patrón del pueblo de Dios. Tras regresar del exilio en Babilonia, los judíos se sometieron nuevamente a la Palabra de Dios y comenzó un renacimiento. “Abrió, pues, Esdras el libro a ojos de todo el pueblo” y varios líderes se turnaban la lectura “de la ley de Dios” (Neh. 8:5–8). El poder de las Escrituras los acusó de su pecado, los hizo regresar a la obediencia y fidelidad apoyando la obra de Dios y todos terminaron alabándolo a Él (capítulos 9–10).

Nuestra actitud hacia el dinero y las posesiones constituye una preocupación vital para Dios y cualquier obra genuina del Espíritu afectará esa actitud de una manera positiva. “Cuando Israel construyó el tabernáculo: “vino todo varón a quien su corazón estimuló y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del

tabernáculo de reunión y para toda su obra y para las sagradas vestiduras” (Éx. 35:21). El rey David ofrendó con generosidad para la construcción del templo y “los jefes de familia y los príncipes de las tribus de Israel, jefes de millares y de centenas, con los administradores de la hacienda del rey, ofrecieron voluntariamente... Y se alegró el pueblo por haber contribuido voluntariamente; porque de todo corazón ofrecieron a Jehová voluntariamente. Asimismo se alegró mucho el rey David” (1 Cr. 29:2–6, 9).

El principio bíblico para los creyentes siempre ha sido: “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto” (Pr. 3:9–10). Cristo enseñó: “Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lc. 6:38). De un modo similar, el apóstol Pablo escribió: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6). La generosidad siempre ha sido la fórmula de Dios para adquirir dividendos espirituales garantizados y permanentes. Siempre resultan cuando tenemos nuestro tesoro primordial en el cielo (cp. Lc. 16:9).

Tener una sola visión

En Mateo 6:22–23, Jesús entra en detalles sobre su ilustración del corazón y prácticamente lo denomina el ojo del alma: “La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” El ojo es el único canal de luz del cuerpo y por ende,

el único medio de visión. Asimismo, el corazón (la mente) es el único canal del alma por medio del cual brillan las realidades espirituales. Por medio de él recibimos la verdad, el amor, la paz y el resto de las bendiciones espirituales de Dios. Por eso resulta esencial que mantenga su corazón, u ojo espiritual, limpio (claro) y bien concentrado.

Una traducción da el equivalente griego de “limpio” como “bueno”, refiriéndose a un corazón que tiene una determinación y está dedicado a lo que es bueno, con respecto a los recursos y al resto de los aspectos de la vida cristiana. Como dijera J. C. Ryle hace más de un siglo: “La determinación es un gran secreto de la prosperidad espiritual”.

Un “ojo maligno”, un ojo que está dañado por una enfermedad o herida, se contrapone a esa claridad y determinación. No deja que entre la luz y deja todo el cuerpo en tinieblas. Si nuestros corazones se abruman y preocupan por intereses materiales, se vuelven ciegos e insensibles a los intereses espirituales: “en tinieblas”.

De acuerdo con la ilustración de Jesús, un “ojo maligno” es igual a un corazón egoísta e indulgente. Un corazón así se engaña a sí mismo y no puede reconocer la luz verdadera. Lo que él cree ser luz es realmente tinieblas y Jesús enfatizó la tragedia de esa condición cuando exclamó “¿cuántas no serán las mismas tinieblas?”

Por medio de comparaciones sencillas y aleccionadoras, Jesús presenta el principio que ya hemos visto: De la manera que vemos el dinero y cómo lo gastamos constituyen una medida segura de nuestra verdadera condición espiritual.

Tener un solo Señor

Jesús concluye su enseñanza en este pasaje sobre la perspec-

tiva correcta hacia las posesiones materiales con un mandato claro sobre nuestra fidelidad: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24).

El equivalente griego de “señores” (*kurios*; en ocasiones se traduce “amo”) se refiere a alguien que posee y supervisa esclavos. Por eso “señores” significa más que el concepto sencillo de empleador, del cual puede que tengamos más de uno y trabajemos de forma aceptable para cada uno durante la misma semana o mes. Por lo tanto, este mandato no va en contra de la práctica moderna de tener dos o más trabajos y realizar sus obligaciones para con varios empleadores.

Un esclavo le debía su fidelidad y servicio a tiempo completo a un solo amo. El amo poseía y controlaba totalmente al esclavo, de modo que al esclavo no le debía quedar nada que pudiera darle a nadie más. No solo era difícil sino también imposible servir a dos amos y prestarle una obediencia total y fiel a cada uno.

Jesús afirmó la verdad, la cual Pablo y otros autores del Nuevo Testamento expresarían muchas veces, que Él era Señor y Amo de sus seguidores, que eran los esclavos voluntarios. Romanos 6 explica que antes de la salvación usted y yo éramos esclavos de nuestro amo, el pecado. Pero cuando aceptamos la obra salvadora de Jesús, nos convertimos en esclavos de Dios y de sus mandatos justos (vv. 16–22).

No podemos decir que Cristo es nuestro Señor si servimos a cualquier otro señor —las riquezas, nuestro trabajo, otras personas, nosotros mismos— que no sea Él. Si sabemos lo que dice la Palabra de Dios sobre la perspectiva correcta hacia el dinero y su utilización adecuada, pero no aplicamos esas enseñanzas, demostramos que no somos

completamente fieles a Cristo. “Donde las riquezas tienen el dominio del corazón”, escribió Juan Calvino: “Dios ha perdido su autoridad”.

Con respecto a las riquezas, Dios por medio de su Hijo Jesucristo hace una distinción bien definida: Su tesoro está en la tierra o en el cielo; su señor es Dios o el dinero y los bienes terrenales. Las órdenes de esos dos señores son completamente incompatibles. Uno dice que ande por fe, pero el otro le exige que ande por vista. Uno lo insta a ser humilde, pero el otro lo tienta a ser orgulloso. Cristo el Señor lo llama a poner su mente en las cosas del cielo, pero el señor que es las riquezas y el materialismo lo llevan a centrarse en las cosas de la tierra.

Si ha reconocido a Cristo como su Señor, rápidamente estará de acuerdo con la amonestación del apóstol Pablo: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). G. Campbell Morgan tenía varias observaciones perspicaces sobre la identidad real del creyente y la temporalidad de su dinero y sus posesiones que todos los cristianos debieran aceptar con respecto a sus tesoros:

Debe recordar ardientemente que usted no es el hijo del presente. Usted no es de la tierra, es más que polvo; es el hijo del mañana, es de las eternidades, es la progenie de la deidad. La magnitud de su vida no se puede circunscribir al punto donde el cielo azul se une a la tierra verde. Toda la realidad de su vida no puede quedar comprendida en la esfera pequeña en que vive. Usted pertenece al infinito. Si hace su fortuna en la tierra —pobre y tonta alma— ha hecho una fortuna y la ha guardado en un lugar donde no puede mantenerla. Haga su fortuna, pero guárdela donde le saludará en el amanecer de la nueva mañana.²

5

“En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir”.

—HECHOS 20:35

El modelo bíblico de la dádiva

Los cristianos expresan toda suerte de preferencias por las que mayormente anhelan ir a la iglesia el día del Señor. En cualquier semana esa razón puede ser menos que espiritual y noble. Alguien puede estar ansioso por analizar un asunto de negocios con algún miembro. Puede que quiera mostrar un nuevo traje que compró, o pudiera querer hablar de moda. O podría querer contarles a las personas de su escuela dominical sobre las vacaciones que recién había pasado su familia. Obviamente esas no son razones bíblicas para estar ansioso por asistir a cultos de adoración.

Pero incluso entre las razones piadosas y bíblicas para esperar con ansiedad la adoración semanal en su iglesia local —la predicación de las Escrituras, la alabanza y la música de adoración durante el culto, las oportunidades de comunión y ministerio mutuos— hay una que casi nunca encabeza la lista. Estoy convencido de que si realmente comprendiéramos las Escrituras y lo que Dios ha prometido en ellas, desearíamos mucho cada día del Señor en la iglesia por *la ofrenda semanal*. Esa conclusión puede parecerles extraña a muchos. Pero, según la Palabra, su oportunidad de participar en la ofrenda semanal se proyecta directamente en la bendición espiritual. De hecho, si tan solo se fija en dos de los

planteamientos de Jesús de todos los otros versículos sobre la dádiva, esos dos solamente deberían convencerlo de esperar con ansiedad la ofrenda más que cualquier otro elemento del culto de adoración. Y sus palabras deben instarlo a ser generoso y expiatorio cada vez que dé.

Dos planteamientos definatorios

El relato de Lucas del Sermón del monte contiene el primero de los dos planteamientos clave de Jesús sobre los beneficios de la dádiva: “Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lc. 6:38).

Nuestro Señor usó un simbolismo derivado del mercado de grano de su época en el Medio Oriente. Cuando los hombres y las mujeres iban al mercado tomaban la parte delantera de sus batas que quedaba suelta debajo del cinto y usando ambas manos hacían de la misma una especie de bolsa. El vendedor de granos vertía la cantidad de grano comprada en el regazo de las personas en esa gran bolsa que habían formado con sus vestiduras.

Ese concepto se menciona específicamente en Rut 3:15: “Quítate el manto que traes sobre ti y tenlo. Y teniéndolo ella, él midió seis medidas de cebada y se las puso encima; y ella se fue a la ciudad”. El profeta Malaquías presenció una expansión mucho mayor de esta dádiva individual cuando le ordenó a la nación: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3:10).

Sin embargo, Jesús no estaba haciendo solo una referencia

rápida a un precepto del Antiguo Testamento. Como parte de su discurso sobre los principios para la vida en el reino de Dios, Él lo estaba convirtiendo en un principio del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo lo confirma expresando la norma de un modo diferente, pero con la misma fuerza: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6). La verdad subyacente es la siguiente: La generosidad al dar trae como resultado una mayor recompensa de Dios.

Pablo, en su exhortación de despedida a los ancianos efesios, reafirma aún más la validez del principio del Nuevo Pacto citando otro planteamiento de Jesús: “recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35). Ese es el único planteamiento terrenal de Jesús registrado fuera de los cuatro Evangelios (excluyendo los planteamientos del libro de Apocalipsis por parte del Cristo glorificado). Eso recalca y realza la prioridad del principio de la dádiva. De las muchas palabras no registradas de Jesús (cp. Jn. 21:25), el Espíritu Santo decidió incluir solo ese planteamiento corto sobre las bienaventuranzas de dar.

Esas dos promesas excelentes de Jesús deben ser todo cuanto necesitamos para que recibamos con gozo cada oportunidad de dar. Deben motivarnos a usted y a mí —ya sea a través de la ofrenda semanal en la iglesia o al suplir la necesidad individual de alguna persona— a siempre dar con tanta generosidad, desinterés y expiación como sea posible.

Pero tristemente, al parecer muchos cristianos profesos no se dan cuenta de que las dos promesas de Jesús hacen de la dádiva una cuestión de fe y obediencia. Se aferran al concepto de que deben proteger sus activos y aferrarse a todo cuanto poseen. En su lugar, deberían estar confiando en las

promesas de la Palabra de Dios y dar con un espíritu de generosidad. En Lucas 6:38, el equivalente griego de “dad” está en imperativo, lo que lo convierte en un mandamiento de Jesús que se debe obedecer. Por tanto la dádiva es una cuestión de creer su mandamiento y seguirlo hasta el final con obediencia fiel. Si lo hace, demuestra su confianza en sus promesas. Si no lo hace, peca contra Cristo en el sentido de que no tiene fe en lo que Él prometió sobre las bienaventuranzas de la dádiva.

La iglesia de Jerusalén: Una monografía sobre la dádiva

Desde su inicio, la iglesia primitiva obedeció los mandatos de Jesús con respecto a la gracia de la dádiva. Primero que todo, las ofrendas de los miembros sustentaban a los líderes de la iglesia: Los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los pastores. Pablo defendió la validez de este sustento:

¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho de no trabajar? ¿Quién fue jamás soldado a sus propias expensas? ¿Quién planta viña y no come de su fruto? ¿O quién apacienta el rebaño y no toma de la leche del rebaño? ¿Digo esto sólo como hombre? ¿No dice esto también la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes, o lo dice enteramente por nosotros? Pues por nosotros se escribió; porque con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto. Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material? (1 Co. 9:6-11)

Cierta obra, incluso la de los que ministran a tiempo completo en la dirección de la iglesia, requiere de un modo inherente la compensación financiera. Por ende Dios nos manda a dar para el sustento de aquellos a quienes Él envía a servir-

nos, a enseñarnos y a dirigirnos en la iglesia (1 Co. 9:14; Gá. 6:6; 1 Ti. 5:17).

La segunda manera en que la iglesia primitiva dirigía su dádiva —a las necesidades de la población general de la iglesia— es un modelo excelente de cómo debemos preocuparnos por los más necesitados de los hermanos creyentes que nos rodean. La iglesia de Jerusalén destaca la necesidad de un ministerio así porque desde el Día de Pentecostés se llenó de personas pobres y necesitadas, viudas, huérfanos y personas generalmente con recursos exiguos. El Nuevo Testamento y la historia secular revelan las causas principales de esa situación y cómo la iglesia le dio respuesta.

Una iglesia de peregrinos

La iglesia de Jerusalén era una congregación empobrecida porque había muchos peregrinos espirituales. Eran judíos que habían venido a Jerusalén de todas partes de Israel y de todo el mundo gentil (helenístico) (Hch. 2:9-11) para la celebración de Pentecostés, la fiesta religiosa judía que ocurría cuarenta días después de la Pascua.

Ese día específico de Pentecostés, tras la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo le concedió un nacimiento milagroso a la iglesia (vea Hch. 2) cuando tres mil conversos se juntaron a los ciento veinte que ya creían. La iglesia de Jerusalén en aquel momento era la única asamblea local del mundo donde los cristianos podían tener comunión y crecer en su fe. Con toda la emoción eufórica y de alegría generada cuando experimentaron milagros diarios por los apóstoles, los cientos de conversos peregrinos y devotos no tenían deseo ni razón para regresar a casa.

Al comienzo de su peregrinar, antes de la conversión, los judíos helenistas se habrían quedado en posadas o con fami-

liares. Pero ninguna de esas situaciones habría durado mucho. A aquellos que se quedaban en posadas se les habría acabado el dinero y a aquellos que eran huéspedes de familiares judíos los habrían desalojado por convertirse al cristianismo. La única alternativa para la mayoría de los peregrinos era quedarse con los creyentes judíos en Jerusalén y sus alrededores.

Los peregrinos que se quedaron tendían a ser los más pobres: Las viudas, los huérfanos y aquellos que no tenían por qué regresar a casa. El menor número que regresó a casa fueron los que tenían alguna propiedad, que poseían un negocio, que tenían un trabajo gubernamental responsable en alguna parte, por lo general aquellos que controlaban más sus propias circunstancias.

Por lo tanto el grupo relativamente pequeño de creyentes judíos de la iglesia de Jerusalén intentaron asumir con valor todo el sustento de varios miles de peregrinos conversos. Pero esa no era tarea fácil porque los propios creyentes judíos eran personas de bajos ingresos con viviendas modestas. Toda la empresa se hizo incluso más difícil y complicada por las necesidades especiales de las viudas; las viudas judías que ya estaban allí en la iglesia y las que llegaron a la iglesia por el influjo de peregrinos helenistas. Los líderes de la iglesia escogieron siete hombres fieles y piadosos para ubicar todas las viudas helenistas y para asegurarse de que fueran incluidas en la asignación diaria de alimentos (Hch. 6:1-7). Como parte de su ministerio a los pobres, la iglesia de Jerusalén tuvo que comprar, preparar y distribuir alimento para todas aquellas viudas.

Tales circunstancias proporcionaban un anticipo del principio que tanto Pablo como Santiago más tarde escribirían en sus epístolas a la iglesia primitiva. "Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne,

ni muchos poderosos, ni muchos nobles" (1 Co. 1:26). "Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Stg. 2:5). El Señor siempre ha tenido un lugar especial en su corazón para los pobres y humildes (Dt. 15:7-11; Sal. 41:1-3; Pr. 14:31; 19:17; 21:13; 22:9) y estaba complacido cuando la iglesia de Jerusalén ministraba con diligencia a los necesitados.

Una iglesia con judíos perseguidos

Desde el comienzo la iglesia de Jerusalén también tenía muchos creyentes judíos perseguidos, lo cual constituye la segunda razón por la que era pobre. De hecho, la iglesia de Jerusalén era en esencia una iglesia judía, lo que quiere decir que casi todo el cuerpo de creyentes habría sido un gran grupo de judíos perseguidos. Esa situación era el resultado de una lealtad feroz al judaísmo por parte de judíos devotos pero incrédulos.

Esos judíos, bajo el liderazgo de los escribas y fariseos, tenían una animosidad sectaria y legalista para con cualquier judío que rechazara el judaísmo y viniera a la fe en Cristo. Cualquier converso al cristianismo de inmediato se le marginaba de la comunidad judía, de la misma manera que se le marginaría en la actualidad según el judaísmo ortodoxo. Eso fue lo que le sucedió a muchos nuevos creyentes de la iglesia de Jerusalén en los días posteriores a Pentecostés. Eran odiados por amigos y renegados por la familia, excomulgados de la sinagoga y rechazados completamente por la comunidad. Perdían sus negocios o eran despedidos de sus trabajos y así perdían sus fuentes de ingreso. Por lo tanto, dos segmentos oprimidos constituían la gran mayoría de la igle-

sia de Jerusalén, los muchos conversos peregrinos y ahora estos judíos desposeídos.

Tal persecución de los creyentes judíos no era más que el cumplimiento de lo que Jesús les enseñó a sus discípulos: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn. 15:20). Y también le prometió a sus discípulos que muchos de ellos, en el camino a heredar la vida eterna, perderían sus familias y sus posesiones (Mt. 19:29; cp. Jn. 16:2).

Una iglesia bajo la economía romana

La economía de Jerusalén y de los alrededores era tan pobre como cualquier economía del Imperio romano. Esa situación constituía un tercer componente que contribuía a la pobreza general de la iglesia de Jerusalén.

Como sucedía con todos los territorios periféricos de su imperio, los romanos exacerbaban el empobrecimiento de los que vivían en Jerusalén extrayendo todos los recursos naturales valiosos e importando toda clase de productos terminados que querían del área. Roma también gravaba en exceso al pueblo contratando cobradores judíos para extorsionar dinero de su propio pueblo. Los romanos usaban esas rentas públicas para enriquecer sus fondos y financiar algunos proyectos imponentes.

La economía difícil de Jerusalén empeoró aún más por una hambruna mundial, la cual predijo Agabo el profeta: “Levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio” (Hch. 11:28).

Sin embargo, la iglesia de Jerusalén no se desanimó ante

todas aquellas probabilidades extremadamente retadoras. A pesar de tantas dificultades y de tanta pobreza, sus miembros inicialmente dieron todo cuanto pudieron a fin de obedecer el mandato de Jesús de que es más bienaventurado dar que recibir.

Una iglesia que lo dio todo

El esfuerzo de la iglesia de Jerusalén de obedecer el principio de que la generosidad en la dádiva trae como resultado una mayor recompensa de Dios fue verdaderamente excepcional y noble. Hechos 2:44–45 registra lo que sucedió:

“Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno”. Había una unidad y una mancomunidad en la fraternidad y las personas ofrecían sus posesiones y se daban cuenta de que todo cuanto poseían era para el bien común de la iglesia. Quien necesitara algo, podía disponer de ello. La generosidad de la iglesia era muy grande. Los miembros entendían que no se puede dejar de dar a Dios, así que vendían todo cuanto tenían y le daban a los creyentes más pobres.

Hechos 4:32–35 nos proporciona un comentario adicional sobre las prácticas extraordinariamente generosas de la dádiva de la iglesia de Jerusalén y los resultados benditos.

Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.

Esos cristianos de la iglesia primitiva conocían y creían en la verdad de que todo pertenece a Dios y que sus recursos deben estar disponibles para aquellos que más los necesitan. Ese es el significado real de la frase “tenían todas las cosas en común” (v. 32). (No quiere decir, como han interpretado algunos, que la iglesia dividió y distribuyó todo su dinero y posesiones de un modo socialista, donde todo el mundo recibía la misma cantidad de riquezas.)

Ese sistema funcionó bien para la iglesia de Jerusalén durante sus primeros años, pero en poco tiempo ya no quedaba qué vender ni dinero que distribuir. Las personas de la iglesia lo habían dado todo valientemente y ahora el apóstol Pablo y otros comenzaron a verlos no como aquellos que podían seguir dando, sino como aquellos quienes necesitaban de modo urgente la ayuda de otros creyentes.

“Ahora, en cuanto a la ofrenda”

Cuando los apóstoles originales (Pedro, Santiago y Juan) validaron el ministerio inicial de Pablo, le enseñaron a tener una preocupación sincera por los creyentes pobres: “Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer” (Gá. 2:10; cp. 2 Co. 6:10). Pablo amaba muchísimo a los santos pobres de Jerusalén como hermanos y hermanas en Cristo y sabía que Dios quería que se suplieran sus necesidades. Él se dio cuenta de que no podían sustentarse ante la creciente persecución y en vistas de las necesidades constantes de los peregrinos y las viudas. Por lo tanto Pablo convirtió las necesidades de la iglesia de Jerusalén en el objeto de un proyecto especial de ofrendas.

Al proyecto primero se le hizo referencia generalmente en Hechos 11:29-30: “Entonces los discípulos, cada uno

conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo”. Eso se convirtió en una gran prioridad para Pablo durante su tercer viaje misionero (cp. Hch. 18:23-21:16).

Pablo nos da la primera enseñanza detallada registrada con respecto a su gran proyecto de ayuda para la iglesia de Jerusalén en 1 Corintios 16:1-4:

En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas. Y cuando haya llegado, a quienes hubiereis designado por carta, a éstos enviaré para que lleven vuestro donativo a Jerusalén. Y si fuere propio que yo también vaya, irán conmigo.

Este pasaje contiene varios principios importantes sobre la dádiva que no solo explican cómo Pablo quería que se hiciera esa colecta en particular, sino que también demuestra qué tipo de modelo de dádiva cristiana debe seguir la iglesia en la actualidad.

¿Cuándo debemos dar?

Primero que todo, Pablo dice que el momento más apropiado para la dádiva cristiana es semanalmente, durante la adoración pública. La referencia de Pablo al primer día de la semana demuestra que los primeros cultos de adoración incluían una ofrenda sistemática. Constituye también un indicador confiable de que nuestra dádiva debe ser consecuente y sistemática, no irregular y subjetiva (“en el Espíritu”), ni siempre que nos acordemos de ella. Obviamente, el Espíritu Santo en ocasiones puede instarnos

a dar en respuesta a llamados especiales por necesidades urgentes. Sin embargo, como con cada aspecto principal de la vida cristiana, el Espíritu usa instrucciones bíblicas como la de Pablo para guiar nuestra dádiva.

Las directrices del apóstol no son inflexibles, que requieran que las personas dividan el dinero de su ofrenda de modo que siempre tengan algo que depositar en el plato o en la canasta cada domingo. Puede que les funcione mejor dar solo una vez al mes, si se les paga mensualmente, o con una frecuencia menor que esa, si se les paga periódicamente como a los trabajadores por cuenta propia o a los vendedores o corretores que cobran comisión. La idea es la siguiente: Debe estar consciente y mantenerse receptivo de un modo consecuente con las necesidades de su iglesia (lo que implica presupuestar antes que el resto de los gastos cuánto le dará al Señor), incluso cuando no tenga qué dar un domingo en particular. La ofrenda es un componente necesario de la comunión y la adoración semanal, una de sus responsabilidades cristianas al ofrecerle “sacrificios espirituales” a Dios (1 P. 2:5).

¿Alguien está exento de dar?

La directriz de Pablo a la iglesia de Corinto: “cada uno de vosotros” (1 Co. 16:2) es universal para la eliminación de cualquier excusa y exoneración de cualquier creyente del ministerio sistemático de la dádiva. Dios ha hecho a todos sus hijos administradores de cierta cantidad de riqueza, aunque sea pequeña. Él les da mandamiento a todos de ser generosos con lo que tengan, tal como fue la viuda con las dos blancas (Mr. 12:41-44).

Si es acomodado, puede permitirse dar sin siquiera afectar su estilo de vida, pero debe dar expiatoriamente, de modo que sí limite sus lujos, a diferencia de los donantes ricos que

aportaron antes de de la viuda en el arca de la ofrenda (v. 44). Aunque no resulta fácil dar mucho cuando tiene un ingreso bajo, eso no debiera ser una excusa para no dar nada. Así que sea pobre o rico, si usted es creyente debe ser generoso y dar de acuerdo con lo que tiene. Si comienza por ser generoso cuando sus recursos son modestos, es muy probable que sea generoso cuando tenga mayores riquezas (cp. Lc. 16:10).

¿Cómo debiéramos dar?

En 1 Corintios 16:2, Pablo le dice a los creyentes corintios y a nosotros, cómo debemos dar a través de la iglesia. Cuando él escribe que todos debemos “poner aparte... guardándolo” él quiere decir literalmente “cada uno de vosotros por sí mismo aparte, o guarde”. El equivalente griego de “ponga aparte... guardándolo” es una forma verbal de un término del que obtenemos nuestra palabra colección o tesoro. Representa un arcón o almacén de alguna clase donde se guardaban dinero y artículos de valor. En la época del Nuevo Testamento, tales tesoros eran parte de los templos religiosos y eran depósitos para el efectivo y artículos de valor de las personas así como las ofrendas del templo. El uso de Pablo en el versículo dos sugiere que los miembros de la iglesia debían apartar dinero en un depósito de la iglesia designado para las ofrendas.

La razón por la que Pablo dio sus instrucciones de la manera que lo hizo (“que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas”) fue sencillamente por el bien de la eficacia. Él quería que los corintios tuvieran su gran ofrenda lista para que él se la llevara a Jerusalén cuando llegara. De lo contrario la iglesia habría tenido que recoger el dinero de un modo apresurado cuando Pablo llegara, sin lugar a dudas, la cantidad habría sido mucho menor que la acumulada

durante muchos meses. Pero la directriz no excluye la posibilidad de tener un fondo de ofrenda privado apartado en casa para poder tener dinero disponible para satisfacer las necesidades de urgencia de una manera más directa y particular, en la medida en que se presenten las oportunidades.

¿Cuánto debíamos dar?

El modelo bíblico no da instrucción alguna de una cierta cantidad o proporción de lo que debemos dar. En su lugar, el apóstol Pablo dice que los creyentes tienen la total libertad de dar según Dios los haya prosperado. Eso desmiente la afirmación entre algunos cristianos que dice que los creyentes deben dar al menos el 10 por ciento de su ingreso a la obra del Señor, tal como tenían que hacer los antiguos israelitas. (Analizaremos esta cuestión del diezmo en detalles en el capítulo 7.)

De algunas maneras su dádiva se corresponde solo generalmente con el patrón del Antiguo Testamento. Usted paga tributos para sustentar al gobierno (Ro. 13:6), al igual que los judíos daban diezmos para sustentar su liderazgo (Lv. 27:30; Nm. 18:21; Dt. 14:28-29; cp. Mt. 17:24-27; 22:15-21). Sin embargo, en cuanto a actitud, existe un paralelismo directo. Usted debe decidir con alegría qué dará (2 Co. 9:7), al igual que los israelitas daban de corazón (Éx. 25:1-2; 36:5-6; cp. 2 S. 24:24). Dios siempre está complacido cuando su pueblo obedece las directrices básicas de la dádiva proporcional y expiatoria.

¿Cómo debíamos proteger la dádiva?

Es lógico que espere que su dinero de ofrenda se use apropiadamente y para los propósitos iniciales de la dádiva. Con ese fin, Pablo le dio instrucciones a la iglesia de Corinto: “Y

cuando haya llegado, a quienes hubiereis designado por carta, a éstos enviaré para que lleven vuestro donativo a Jerusalén” (1 Co. 16:3). Su iglesia también debería confiar sus asuntos financieros a hombres piadosos y responsables. Cuando los apóstoles reconocieron por primera vez la necesidad de la iglesia de Jerusalén, su preocupación primordial era seleccionar hombres que tuvieran calificaciones morales y espirituales impecables (Hch. 6:2-3). Tales hombres por medio de la oración supervisarán el uso e inversión de las ofrendas, como buenos administradores que presentan su dinero ante el Señor.

Los versículos iniciales de 1 Corintios 16 presentan el modelo esencial de cómo se debe manejar la dádiva cristiana. Pablo exhorta a los creyentes corintios y a aquellos de cualquier época a dar con libertad y amor, sintiéndolo de corazón. Él sabía que uno de los indicadores más confiables de la conversión genuina es la disposición del hombre o la mujer a dar generosamente siempre que se presente la oportunidad, ya sea semanalmente o en ocasiones especiales: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Jn. 3:17).

Las características de la dádiva bíblica

La Segunda Guerra Mundial fue el conflicto más devastador de la historia, lo que le provocó la muerte a millones de personas, fundamentalmente en Europa. Al final de la guerra los aliados, como parte de su esfuerzo por reconstruir Europa, asumieron el cuidado de millones de huérfanos de ciudades de todo el continente. Los funcionarios de ayuda a los damnificados construyeron campamentos para cuidar de esos niños. En la medida en que se desarrolló el programa, se tuvo que agrandar la capacidad de los campamentos por el inmenso número de niños que se hallaban y se llevaban a las instalaciones. Los huérfanos recibieron el mejor cuidado posible, incluso lo más saludable en cuanto a alimentación y bebida.

Pero los administradores de uno de los campamentos se preocuparon mucho porque los niños, después de unas cuantas semanas, ya no estaban durmiendo. Aunque recibían tres comidas al día, se vestían y se bañaban y tenían camas apropiadas para dormir, los niños comenzaron a quedarse despiertos toda la noche. Los funcionarios perplejos entrevistaron a los niños y a las niñas como parte de un estudio para descubrir la causa del problema. En poco tiempo encontraron la solución y la implementaron.

Las asistentes de los dormitorios comenzaron a colocar un pedazo pequeño de pan en la mano de cada niño a la hora de dormir. De modo que antes de dormirse lo último que cada niño experimentara fuera sentir el pan en su mano. En cuestión de días los niños estaban durmiendo toda la noche, tranquilizados por el pan y convencidos de que habría comida para mañana. Se habían preocupado porque la experiencia pasada les había enseñado que tener comida un día no necesariamente garantizaba tener comida el próximo. Pero cuando comenzaron a dormirse con un pedazo pequeño de pan en una mano, se disipó su miedo.

Filipenses 4:19 es el pedazo de pan que Dios pone en su mano cada día: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. No hay razón para temerle al mañana porque Dios suplirá todas sus necesidades y eso debería influir su manera de dar de un modo muy positivo. Aunque debe planear sabiamente y ahorrar con prudencia para el futuro, también debe recordar que no está solo en la obra de garantizar su futuro. Si Dios le pidiera a usted que tomara sus ahorros y los invirtiera en su Reino, puede obedecerlo con toda confianza, sabiendo que Él reemplazará lo que usted dé.

Pablo le presentó a la iglesia de Corinto un grupo de creyentes que vivían con una confianza de tipo Filipenses 4:19 (2 Co. 8). Eran las iglesias de Macedonia, cuyo ejemplo nos provee muchos principios centrados en Dios para la dádiva. Los macedonios caracterizan la dádiva bíblica porque comprendieron las promesas de Dios y así tenían tanta seguridad en su esperanza del futuro que voluntariamente daban para satisfacer las necesidades actuales de otros.

Las iglesias ejemplares de Macedonia estaban ubicadas en las ciudades de Filipo, Berea y Tesalónica en la parte norte

de Grecia. Geográficamente se encontraban cerca de la iglesia de Corinto en el sur, pero residían en circunstancias muy distintas. Macedonia, una provincia romana durante los primeros dos siglos, tenía su economía cruelmente saqueada por los romanos. Eso, conjuntamente con una serie de guerras, había reducido la región a una pobreza extrema.

Además de estar ubicada en medio de una pobreza tan opresiva, las iglesias de Macedonia habían soportado mucha persecución. A pesar de su pobreza, estaban dispuestos a dar cuanto tenían a fin de ayudar a otras iglesias empobrecidas (Jerusalén).

Pablo alaba la generosidad de los macedonios mientras continúa instruyendo y alentando a los corintios y a nosotros, con respecto a las virtudes de la dádiva. Las características de la dádiva bíblica que se mencionan en 2 Corintios 8:1–8 proporcionan un grupo de normas sobre cómo deben dar los creyentes de hoy.

La dádiva motivada por la gracia de Dios

La primera característica de la dádiva bíblica es que sea motivada por la gracia de Dios. Ese era el fundamento a partir del que operaban los macedonios: “Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia” (2 Co. 8:1).

El motivo primordial de los macedonios para su generosidad no era la bondad humana ni ningún otro deseo humano de hacer buenas obras. Algo extraordinariamente diferente de lo que alguien encuentra en el corazón humano indujo la dádiva generosa de los macedonios. La nobleza del corazón del hombre caído —que existe debido a su creación a imagen de Dios— le permite hacer algunas cosas que son humanamente buenas. Pero incluso la mejor de esas obras no

puede ni alcanza las proporciones de la bondad y justicia que resultan cuando los actos están motivados por la gracia de Dios. Eso es tan cierto con respecto a la dádiva como lo es con cualquier otra actividad.

Puede experimentar la inferioridad de la dádiva motivada humanamente siempre que encienda su televisor y vea las campañas de recaudación de fondos, ya sean seculares o religiosas. De los cientos de promesas hechas por teléfono, fax, o correo electrónico, un individuo acaudalado ocasionalmente promete varios miles o decenas de miles a la causa en particular. Aunque se puede permitir este tipo de gasto discrecional, por lo general no llega a ser una dádiva expiatoria. En ocasiones sí oye de hombres y mujeres que se sacrifican por una causa noble, por lo general por algún familiar por el que sentía mucho amor y apego. Pero esa es la excepción y la dádiva humana por lo general no llega al nivel de sacrificio que altera el estilo de vida del donante.

La gracia de Dios es el estímulo primordial para la dádiva bíblica. Un anhelo de corazón y un deseo ferviente por dar generosa y expiatoriamente sale de un corazón transformado. Y conjuntamente con esta transformación, aparecen varios rasgos justos en la persona regenerada:

- El deseo de buscar el reino de Dios antes que nada
- Afectos que están fijados al cielo, no a la tierra
- Amor que está centrado en Dios, no en el mundo
- Una disposición que ansía justicia y piedad
- Un deseo de obedecer la Palabra de Dios y seguir la dirección del Espíritu Santo

La dádiva es sencillamente otro efecto de la gracia transformadora y aparece a través del proceso de santificación. “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el

hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12–13). Siempre que vea a alguien mostrando el mismo tipo de generosidad expiatoria que tuvieron los macedonios, sabe que la gracia de Dios está obrando en el corazón de esa persona. Están dando de una manera bíblica, muy diferente de la manera en que dan los ricos no salvos o los creyentes profesos egoístas, porque han recibido la gracia transformadora de Dios.

La dádiva en circunstancias difíciles

La verdadera dádiva bíblica también superará las circunstancias más difíciles, que constituye la segunda característica de la dádiva bíblica. Tales circunstancias no tenían efecto negativo alguno en la dádiva de los macedonios. “que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad” (2 Co. 8:2).

Los creyentes de Macedonia se podían haber disculpado fácilmente de cualquier dádiva con planteamientos como el siguiente: “Bueno, en estos momentos no podemos dar porque atravesamos circunstancias extremadamente difíciles y no sabemos lo que nos depara nuestro futuro económico”. “Más nos vale que guardemos lo poco que tenemos porque nos están persiguiendo despiadadamente y no sabemos si tendremos suficiente para mañana”. “No creemos que nos podamos involucrar en ofrenda alguna en estos momentos porque le hemos tenido que hacer frente a mucha hostilidad por parte de los judíos desde que nos identificamos con Cristo”.

Hechos 17:1–15 registra que los macedonios realmente se encontraban en situaciones difíciles y las epístolas de Pablo corroboran la realidad del sufrimiento, la aflicción, la persecución y la tribulación de aquellas iglesias (Fil. 1:29;

1 Ts. 1:6; 2:14–15; 3:3–10; 2 Ts. 1:4). Aún frente a aquellas dificultades implacables y abrumadoras, los macedonios no mostraron la mentalidad de “pobre de mí”. No pusieron excusa alguna. En cambio dieron, aunque estaban soportando sufrimientos y privaciones intensas y prolongadas. Así es como reaccionan los cristianos devotos. Por la gracia de Dios siempre podemos hallar una manera de dar, porque incluso las peores circunstancias nunca deben entorpecer nuestra devoción a Jesucristo ni nuestro deseo de obedecer sus mandamientos sobre la dádiva.

La dádiva con gozo

Tercera, la dádiva no es justa a menos que vaya acompañada de un gozo sincero y de corazón. Eso sucede porque el gozo superará cualquier motivación que lo haga dar sencillamente por deber, presión, miedo al castigo si no da, o sencillamente por el bien de una recompensa. Todos nosotros, en un momento u otro, hemos estado motivados a dar en una de esas maneras. Pero debemos seguir el ejemplo macedonio, no se fijaron en esos factores mundanos y dieron de “la abundancia de su gozo” (2 Co. 8:2).

Las iglesias de Macedonia no solo estaban contentas de ser dadores voluntarios; sentía abundancia de gozo por darle al Señor. Ya se estaban ciñendo a la amonestación del apóstol Pablo: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Co. 9:7).

El comentarista R. C. H. Lenski, describiendo cómo daban los macedonios, dijo: “Hicieron de robarse a sí mismos un gozo”. Su devoción al reino de Dios, a su iglesia local y a hermanos creyentes que nunca habían conocido era profunda. Su gozo sobrepasó el dolor, el pesar y la lucha de

las circunstancias difíciles cuando, por el bien de otros, se sintieron felices de despojarse de lo poco que tenían.

Los macedonios adoptaron la actitud hacia la dádiva que Dios quiere que adopte: Un gozo inquebrantable que recuerda la bendición de hacer tesoros en el cielo, de dar más que recibir y de saber que lo que le da a Dios, Él se lo devuelve en mayor medida.

La dádiva con generosidad

Una cuarta característica de la dádiva bíblica, según el ejemplo de los creyentes macedonios, la constituye la generosidad sin límites. Humanamente hablando, los macedonios se enfrentaron a dificultades infranqueables que los debían haber desalentado de tan solo pensar en dar. Aún así Pablo dice que sus dádivas “abundaron en riquezas de su generosidad” (2 Co. 8:2).

Eso demuestra dos aspectos importantes de la generosidad de los macedonios. Primero, no estaba basado en el dinero ni las posesiones. Como ya hemos visto, las iglesias de Macedonia no eran ricas materialmente. Pero sus corazones eran ricos en una actitud de “liberalidad”, una palabra que sencillamente es sinónimo de liberalidad. Segundo, su generosidad provenía de una actitud de determinación. El equivalente griego de “generosidad” significa literalmente lo contrario de duplicidad o doble ánimo. En las Escrituras también se traduce como “sinceridad”, pero con más precisión el término da la idea de ser determinado. Creo que esta definición es una manera maravillosa de ver lo que realmente supone la generosidad: Es la actitud que triunfa sobre la duplicidad.

Si tiene doble ánimo con respecto a la dádiva, entonces está demasiado preocupado por sus propias necesidades. Lo

que menos se puede decir es que está vacilando entre la preocupación por sí mismo y por las necesidades de otros. Pudiera dar una pequeña parte, pero también se quedará con algo, en caso de que lo necesite.

Esa no fue la actitud de los creyentes macedonios. Eran ricos al punto de sobreabundar en determinación. Esa es la actitud que Dios quiere que muestre cuando dé. Lo ayudará a dejar de centrarse en sí mismo y lo hará preocuparse más por otros (Fil. 2:3-4). Puede que no sea rico en cuanto a dinero o posesiones, pero con la ayuda del Espíritu puede ser rico en cuanto a determinación, desinterés, devoción humilde a Dios y a las necesidades de otros. Siempre que tenga un corazón generoso como el de los macedonios, responderá con generosidad piadosa siempre que haya una oportunidad para dar.

La dádiva con un sacrificio a proporción

Quinto, los hábitos de dádiva de los macedonios se ejemplifican mucho más por una generosidad expiatoria y proporcional. “con agrado han dado conforme a sus fuerzas y aun más allá de sus fuerzas” (2 Co. 8:3).

La capacidad individual de los macedonios fue el punto de partida para la cantidad que ellos dieron. Y ese debiera ser también su punto de partida, como explica el apóstol Pablo en el versículo 12: “Porque si primero hay la voluntad dispuesta [a dar], será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene”. Dios no espera que dé lo que no tiene. Todo cuanto pide es que dé en proporción, según su capacidad. Esto excluye cualquier concepto que diga que nuestra dádiva debe partir de un por ciento fijo o una cantidad uniforme. Por eso resulta razonable llegar a la conclusión de que los cristianos macedonios dieron diferentes cantidades, porque cada una de las situaciones financieras personales era diferente. Y

así sucederá con usted si aplica el principio bíblico de la proporcionalidad a su dádiva.

Como los macedonios daban según su capacidad, también se aseguraron de hacerlo de un modo proporcional que fuera expiatorio. Dada su situación de pobreza y las otras dificultades que los confrontaron, su dádiva fue mucho más allá de lo que cualquiera pudiera esperar normalmente. Pero esos creyentes extraordinarios se empobrecieron ellos mismos con alegría aún más por su fe inquebrantable en que Dios supliría todas sus necesidades (Fil. 4:19). Con su dádiva expiatoria confiaron alegremente en Dios para todo de modo que pudieran ayudar a satisfacer las necesidades de otros creyentes pobres de Jerusalén.

Las iglesias de Macedonia son un ejemplo inigualable de personas que se tomaron a pecho las promesas de Jesús en Mateo 6:25-34 de que si Él viste a los lirios del campo y alimenta a las aves del cielo, Él va a cuidar de los suyos. Los macedonios también tuvieron, como debiéramos tenerla nosotros también, la convicción de David de que la dádiva expiatoria es realmente el único tipo de dádiva que: “...no ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada” (2 S. 24:24).

La dádiva voluntaria

La sexta característica de la dádiva bíblica la constituyen las dos verdades de que es voluntaria y un privilegio. Segunda Corintios 8:3 concluye diciendo: “con agrado han dado”. Literalmente quiere decir que los macedonios decidieron por sí mismos que hacer con respecto a la dádiva. Fueron espontáneos y se motivaron ellos mismos a dar lo que ellos creían que el Señor quería que dieran. Ni Pablo ni ninguna otra per-

sona lo coaccionó, manipuló, intimidó, ni sobornó a participar en el proyecto de ofrenda para la iglesia de Jerusalén.

Conjuntamente con la naturaleza voluntaria de la dádiva de los macedonios está la realidad alentadora de que ellos veían todo el ministerio de la dádiva como un privilegio, no sencillamente una obligación. Pablo continúa describiendo su actitud en 2 Corintios 8:4: “pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos”. El vocabulario griego en este versículo revela cuán convencidos estaban los creyentes macedonios de que la dádiva cristiana era un privilegio tal del que no querían que los privaran.

Primero, estaban “pidiendo”, una palabra que siempre se usa en el Nuevo Testamento para denotar una súplica muy fuerte. Segundo, estaban pidiendo el privilegio de dar “con muchos ruegos”, lo que significa que estaban pidiéndolo con mucho dinamismo, con mucha exhortación e importunidad. Literalmente, las palabras originales de Pablo dicen que los macedonios “venían juntos de todo corazón, rogando por la oportunidad” de dar.

Y la última, le suplicaban a Pablo “el privilegio de participar en este servicio para los santos”. La frase “el privilegio de participar” contiene dos palabras griegas conocidas: *charis*: “favor” o “gracia” y *koinonia*: “participación” o “fraternidad”. Las iglesias de Macedonia rogaban por la gracia de tener una fraternidad o sociedad para apoyar a otros creyentes.

Sin lugar a dudas, los macedonios veían su dádiva como un gran privilegio y no como una obligación mundana. La pregunta es, *¿Con qué frecuencia usted lo ve así?* Los macedonios lo veían como un privilegio porque ellos no conocían otra forma para que un creyente se acercara al ministerio de

la dádiva. Eran cristianos devotos y para ellos eso significaba dar como privilegio.

Su actitud va a estar en sintonía con la de los macedonios, si constantemente está buscando la oportunidad de dar, si está ansioso por dar y si ve la dádiva como un privilegio bendito por el que en ocasiones vale la pena rogar. Ese es el tipo de actitud que constituye una parte integral de la dádiva bíblica.

La dádiva con adoración y sumisión

El séptimo ejemplo de dádiva bíblica sobrepasa bastante los actos normales de donación caritativa o contribución ocasional. Cuando sigue el ejemplo de los macedonios, realmente asciende al nivel de adoración espiritual. Una actitud como esa de dedicación total resulta inusual. Hasta al apóstol Pablo le causó una grata sorpresa la respuesta de los macedonios: “Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor y luego a nosotros por la voluntad de Dios” (2 Co. 8:5).

El apóstol sencillamente esperaba una ofrenda momentánea, pero las iglesias de Macedonia se ofrendaron ellas mismas —todo cuanto tenían— en un acto de dedicación total. Esto demostró que su primera prioridad era lograr que todo cuanto poseían estuviera completamente disponible y fuera prescindible para el Señor. Una actitud así, apoyada por ejercicio real de la dádiva, es realmente el acto supremo de adoración. Obedece al excelente patrón dado por Pablo en Romanos 12:1-2:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de

vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Cuando alabamos a Dios y honramos su nombre lo estamos adorando, pero el Señor se complace más cuando lo adoramos ofrendándonos nosotros mismos sin reservas. Ese es el comienzo de la adoración genuina. Cuando le ha cedido desinteresadamente a Dios todo cuanto usted es, ha comenzado el proceso de toda una vida de conducir su “servicio espiritual de adoración” y la dádiva de todo cuanto tiene será lo próximo. Y eso incluirá ser totalmente libre del mundo materialista que esclaviza el pensamiento de las personas e impide que den como deben dar. Todo eso sucede solo cuando le permite al Espíritu renovar su mente y cuando se vuelve obediente a Dios en cada área de la vida, incluso la dádiva (cp. Ro. 12:2).

Los creyentes macedonios constituían ejemplos de aquellos cuya dádiva era la adoración. Sabían que eran “piedras vivas... edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 P. 2:5). Así es como Dios espera que suceda con usted y conmigo también. Sencillamente somos administradores que le devolvemos generosa y expiatoriamente nuestros recursos a Él a modo de ofrenda.

Si la dádiva bíblica es adoración, también será un acto de verdadera sumisión a nuestros líderes espirituales. La devoción de los macedonios a Dios los llevó a someterse fácil y gustosamente al liderazgo de sus pastores, ya fuese a Pablo, Timoteo, o Tito. Se dieron cuenta de que aquellos hombres eran pastores de Cristo que ocupaban su lugar en la orientación y liderazgo de la iglesia en todos los asuntos —incluso

la dádiva— y respondieron a ese liderazgo piadoso (cp. 1 Ts. 5:12–13; He. 13:17; 1 P. 5:5).

Una respuesta sumisa al dar es un ejemplo estimulante, primero para la iglesia de Corinto y ahora para nosotros, como sugiere 2 Corintios 8:6: “de manera que exhortamos a Tito para que tal como comenzó antes, asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia”. El ejemplo de los macedonios instó a Pablo, por medio de Tito, a alentar a los corintios a cumplir su promesa, de hacía ya un año, de ayudar en la colecta especial. Y debe instarlo a usted a la obediencia sumisa y diligente a sus pastores al guiarlo a una mayor fidelidad en la “obra de gracia” de la dádiva.

La dádiva con amor

Y finalmente, la dádiva bíblica no se hace al vacío ni en aislamiento de otras virtudes cristianas. La dádiva ejemplar de los macedonios salió de la transformación completa que el espíritu de Dios había obrado en sus vidas. Para que su dádiva sea bíblica, debe ocurrir en perfecta armonía con todos los otros rasgos positivos de su naturaleza regenerada: “Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia” (2 Co. 8:7).

Si su dádiva está obrando bien conjuntamente con otras virtudes cristianas, usted está motivado por la virtud más grande de todas, el amor (cp. 1 Co. 13:3; 1 P. 1:22; 1 Jn. 3:17–18). Más que todo, recalca que su dádiva es bíblica. Usted puede dar sin amar (eso es sencillamente una dádiva legalista y requerida), pero no puede amar sin dar (el verdadero afecto conlleva a la generosidad).

La dádiva bíblica es quizá la vía más segura para demostrar el amor genuino por otros. Pablo nos pide una vez más

que nos comparemos con el ejemplo de los macedonios para verificar la calidad de nuestro propio amor: “sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros [los macedonios], también la sinceridad del amor vuestro” (2 Co. 8:8). La verdadera prueba del amor sincero no son las emociones positivas y ni las buenas intenciones, sino las acciones tangibles (Stg. 2:14–18), como por ejemplo el tipo de dádiva bíblica que hemos descrito en todo este capítulo. Una dádiva como esa demuestra que usted ama al Señor, a su iglesia y a aquellos en necesidad. Es el camino a la bendición abundante de Dios, un camino en el que confío que esté ansioso por andar.



“El que siembra generosamente, generosamente también segará”.

—2 CORINTIOS 9:6

¿Diezmo o dádiva voluntaria?

Hace poco leí un artículo interesante de la columna de un periódico. Inicialmente me atrajo porque su titular tenía la palabra *diezmo*. Cuando vi el titular de inmediato me pregunté si el artículo abordaría el tema bíblicamente. Cuando comencé a leer el artículo me pude dar cuenta de que el autor (Henry Brinton, también pastor) no abordaba el tema del diezmo y la dádiva en la iglesia desde una perspectiva estrictamente evangélica, como lo haría yo, pero no obstante sí constituía un buen tema a meditar, como demuestran algunos de los puntos de la siguiente cita:

Los servicios de la iglesia deben ser gratis y deben estar disponibles para cualquiera que tenga una necesidad espiritual; pero alguien tiene que pagar para el mantenimiento de las edificaciones de iglesias, las misiones y los salarios. En nuestra iglesia, como en muchas otras, el presupuesto anual depende casi totalmente de las contribuciones de los miembros. El promedio anual consiste en que 20 por ciento de las personas den la mayor parte de la dádiva.

Lamentablemente, varias corrientes amenazan con socavar esta promesa. Primero, cada vez vienen más personas a la iglesia buscando una presentación con Dios o Jesús, no para aprender sobre las obligaciones de formar parte de la congregación. Las investigaciones demuestran que en la actualidad con fre-

cuencia los adultos más jóvenes son creyentes pero no pertenecen a ninguna congregación. Tienen un compromiso con su fe, pero no necesariamente con una congregación.

Ahora bien, no soy la clase de pastor que usa tácticas agresivas ni que solo habla del dinero —con toda honestidad, pueden revisar mi expediente de sermones— pero sí confieso que me preocupan estas corrientes. Una solución podría ser enviarles cuentas a los miembros activos con una recomendación específica de lo que cada persona debe dar. “Casi todas las sinagogas les imponen cuotas y les pasan cuentas a sus miembros”, me dice Rabí Jack Moline de la Congregación Agudas Achim de Alejandría, en el estado de Virginia. “Como no manejamos dinero el *Shabbat* (sábado), cuando la mayoría de las personas se reúnen, no podemos ‘pasar el plato’. Las cuotas también distribuyen equitativamente las cargas del mantenimiento de la congregación, en lugar de depender de aquellos a quienes el pastor o los recaudadores tienen acceso inmediato. Al mismo tiempo, cada sinagoga entrega el mensaje con cada cuenta o petición de modo que no se rechazará a nadie por falta de recursos”. Aunque admiro este criterio transparente de las necesidades de una congregación judía y de la responsabilidad de cada miembro, dudo que funcione en una iglesia protestante con una antigua tradición de ver la ofrenda como un don verdaderamente gratis.¹

El artículo del señor Brinton refleja mucha de la incertidumbre y la mala interpretación, mezclado con unos cuantos elementos de verdad, lo que predomina hoy en los círculos religiosos con respecto a las libertades y responsabilidades de la dádiva. Incluso en contextos de iglesias conservadoras y que creen en la Biblia durante décadas han planteado esta idea: “Bueno, yo siempre pensé que debíamos dar el diez por ciento”. Se refieren al diezmo, un término derivado de una palabra que significaba pagar o dar una décima parte del ingreso de la persona (los equivalentes hebreo y griego son

palabras matemáticas que significan “un décimo”). A través de los años muchos cristianos han apoyado el diezmo, según el razonamiento de que como los patriarcas del Antiguo Testamento como Abraham y Jacob dieron diezmos en ciertos momentos, el concepto debe ser la norma perdurable de Dios para nosotros. Sin embargo, la pregunta real que deberían hacer es: “¿La Biblia enseña que el diezmo es el requisito esencial e impercedero de la dádiva cristiana?” Un estudio cuidadoso de algunos textos clave nos dará una respuesta clara.

El argumento básico del diezmo

En términos generales, el argumento típico de la práctica del diezmo se remonta al Antiguo Testamento. La ley mosaica exigía que los israelitas pagaran varios diezmos. Incluso antes de la ley, Abraham y Jacob dieron diezmos al Señor. Como la práctica del diezmo apareció antes de la ley, debe trascender la ley. Y esa cualidad trascendental significa que el diezmo se tiene que aplicar después de la época de la ley, hasta nuestros días como una norma universal y un requisito inalterable.

Ese argumento tiene imperfecciones graves por varias razones. Primera, argumentar sencillamente que lo que haya existido antes de la ley debe existir después de la ley supone algunos verdaderos problemas. Por ejemplo, a partir de la ley mosaica, los judíos guardaban el séptimo día de la semana como santo para el Señor y como un día de reposo. Esa era la ley del día de reposo definida en Éxodo 20:9–11. Pero el Nuevo Testamento, comenzando con la enseñanza de Jesús (Mr. 2:23–28), anula claramente la necesidad de cumplimiento de algún día de reposo.

Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. (Col. 2:16-17)

Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. (Ro. 14:5)

Cuando considera la existencia del sistema expiatorio, surge otro problema. La ofrenda de animales expiatorios ocurrió en la época de Abel (Gn. 4:4). Se estableció un sistema más detallado y oficial en la ley mosaica y existió por el resto del Antiguo Pacto. Pero en el Nuevo Pacto no continúa el ritual de animales expiatorios fue sustituido por la obra de Cristo en la cruz (cp. He. 9:11-15; 10:1-14). En la actualidad ni usted ni yo obviamente le ofrecemos animales al Señor. Por ende, sencillamente porque cierto requisito o práctica existiera antes o durante la época de la ley, eso no le confiere aplicación permanente en el Nuevo Pacto.

El argumento para el diezmo, basado en las prácticas del Antiguo Testamento, tiene incluso imperfecciones más graves porque el diezmo tanto antes como después de la ley implicaba dos cuestiones por separadas. Usted no puede atribuirle un calificativo general a cada acto de dádiva. Si analiza cuidadosamente el Antiguo Testamento, verá que el diezmo tenía en verdad elementos de una dádiva voluntaria y requerida antes de la época de Moisés, como lo tuvo durante y después de la ley de Moisés. En cuanto entienda esa distinción esencial —la que opera hoy día todavía— confío en que verá claramente que hoy día no existe ninguna cantidad de porcentaje recomendada divinamente para la dádiva. Discurrir lo contrario revela una mala interpretación básica de la historia y enseñanza del Antiguo Testamento.

La dádiva en la era premosaica

Antes de siquiera considerar cualquiera de los ejemplos de la dádiva del Antiguo Testamento, es importante saber que en el libro de Génesis la palabra hebrea traducida “diezmo” no hace referencia a una ofrenda necesaria, a un mandamiento divino, ni a una ordenanza. En su lugar, el término se refiere a una ofrenda voluntaria.

Además, el concepto del diezmo no era característico de la Biblia ni de aquellos que creen en el Dios verdadero. Históricamente, la idea de dar un diezmo a una deidad era una costumbre pagana común. Para casi todas las culturas antiguas, el número diez era el símbolo de completamiento. Típicamente cuando los adoradores paganos querían dar una ofrenda a su deidad le daban un diezmo porque eso simbolizaba su dádiva de todo, su entrega de todo cuanto tenían al dios. Así que un décimo era una proporción común en muchos tipos de ofrendas sagradas y tal dádiva se practicaba mucho antes de la época de los patriarcas hebreos. Por eso no se puede argumentar realmente que Dios en el libro de Génesis originó y dio mandamiento especial de diezmar como un principio permanente. El concepto del diezmo sencillamente no se encuentra allí, como demostrará un estudio de pasajes pertinentes.

La dádiva de Adán a Noé

Génesis 4 registra el primer caso donde la humanidad le hace una ofrenda a Dios. Los hijos de Adán, Caín y Abel dieron ofrendas voluntarias que de ninguna manera implicaron cantidades fijadas ordenadas por Dios.

En Génesis 4 puede inferir fácilmente que el Señor había requerido en algún momento anterior que las ofrendas fueran sacrificios animales. Eso es lo que hizo inaceptable la ofren-

da de frutas, vegetales y granos de Caín. Dios aceptó el sacrificio animal de Abel, pero no fue porque hubiera traído un cierto porcentaje de su rebaño en el momento justo del año según algún mandato divino. Toda la narrativa dice que los dos hermanos decidieron cada uno voluntariamente llevarle ofrendas a Dios. Hasta donde podemos determinar, estas primeras ofrendas no estaban relacionadas con una décima parte de nada.

Noé hizo la segunda ofrenda registrada en los primeros días de la historia redentora (Génesis 8). Cuando vio que el diluvio mundial había pasado, Noé quiso abandonar el arca y ofrecerle un sacrificio a Dios en gratitud por sobrevivir el inmenso diluvio. Génesis 8:20 dice: “Y edificó Noé un altar a Jehová y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia y ofreció holocausto en el altar”. Dios no mandó a Noé a hacer eso. Fue una ofrenda espontánea y voluntaria de corazón. No hay razón para suponer que era alguna clase de diezmo.

La dádiva desde Abraham hasta Moisés

Génesis 12:7 contiene la segunda mención más importante de una ofrenda a Dios. El Señor había acabado de llamar a Abraham (en aquel entonces llamado Abram) a abandonar su tierra natal y ser el líder de una nueva nación. En el versículo 7 Dios refuerza su promesa a Abraham: “Y apareció Jehová a Abram y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido”. Abraham respondió libremente a la promesa maravillosa de Dios de que él sería el padre de una nación y dijo: “Gracias, Dios”, haciéndole una ofrenda. De nuevo, no hay mandato divino ni porcentaje estipulado que se deba ofrecer. Abraham sencillamente actuó por el gozo y la gratitud de su corazón

(cp. Gn. 13:18). El equivalente hebreo de “diezmo” apareció por primera vez al final de Génesis 14:17-20:

Quando volvía [Abraham] de la derrota de Quedorlaomer y de los reyes que con él estaban, salió el rey de Sodoma a recibirlo al valle de Save, que es el Valle del Rey. Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.

Dios había acabado de darle a Abraham una gran victoria en batalla y le permitió tomar una cantidad valiosa del botín. De regreso a casa Abraham se encontró con ese personaje asombroso de Melquisedec, que era tanto rey como sacerdote, un sacerdote del Dios Altísimo, el mismo Dios a quien adoraba Abraham. Él estaba tan agradecido de Dios por todo lo que había hecho por él y por cómo el Señor lo había protegido y por la oportunidad de conocer a Melquisedec, que alegremente y con agradecimiento “le dio [a Melquisedec] los diezmos de todo”. Abraham expresó su gratitud a Dios por medio de su representante, el sacerdote Melquisedec.

Vale la pena notar que el versículo 20 no dice que Abraham le diera una décima parte de todo cuanto poseía. No era un diezmo de su ingreso total ni alguna clase de diezmo anual, sino sencillamente una décima parte de lo que había tomado en la batalla. De hecho, no se registra en ninguna parte del Antiguo Testamento que Abraham volviera a dar diezmo. Así que el diezmo de Abraham era una acción libre, voluntaria y de una sola vez, totalmente motivada por su corazón, no por mandato divino. La verdad importante a recordar es la siguiente: Abraham (a través de Melquisedec) le dio a Dios una décima parte de lo mejor, una décima parte

del pináculo de los botines (como demuestra el griego en Hebreos 7:4) en reconocimiento de su compromiso y gratitud totales al Señor. Resulta poco prudente afirmar cualquier otra cosa a partir del significado del diezmo de Abraham en Génesis 14.

La única otra mención del diezmo antes de la ley mosaica está en Génesis 28:20–22, la historia del voto de Jacob. Sin embargo, la enseñanza principal a sacar de ese relato no es que debamos hacer lo que hizo Jacob dando un diezmo, sino que debiéramos evitar su carnalidad espiritual. El versículo 22 describe en realidad el intento de Jacob de sobornar a Dios cuando él dice: “esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti”. Jacob estaba haciendo sencillamente lo que hacían los paganos de aquella región: Le daba un diezmo a su Dios, pero solamente si Él hacía lo que le pedía. Jacob estaba tratando de comprar la bendición de Dios en forma de ropa, alimento y un viaje seguro (vv. 20–21). Su motivo para dar un diezmo distaba de la sinceridad.

Si los supuestos diezmos mencionados en Génesis no eran obligatorios, ¿hay algún caso significativo de dádiva necesaria registrado en la era premosaica? La respuesta es sí (Génesis 41); sin embargo, tal dádiva aún así no concuerda con la definición tradicional del diezmo del laico contemporáneo.

Génesis 41 comienza con el sueño de Faraón y la interpretación que hace José del mismo. José, con la guía divina, interpretó con exactitud el sueño prediciendo la venida de siete años de abundancia para Egipto, seguidos de siete años de hambruna. Y he aquí la forma en que José le dijo a Faraón que respondiera a tal situación: “Haga esto Faraón y ponga gobernadores sobre el país y quite la tierra de Egipto en los

siete años de la abundancia” (41:34). Esos gobernadores eran el equivalente de agentes antiguos del Servicio de Rentas Internas, cuya tarea sería recaudar veinte por ciento de todo lo que se producía cada uno de los siete años y guardarlo para que se usara durante los siete años de hambruna. Lo quiera o no, esa recaudación fue una versión primitiva de un impuesto sobre la renta nacional y fue introducido por Dios para apoyar a la nación de Egipto.

En Génesis 47:24, José reitera la necesidad de la tributación: “De los frutos daréis el quinto a Faraón y las cuatro partes serán vuestras para sembrar las tierras y para vuestro mantenimiento y de los que están en vuestras casas y para que coman vuestros niños”. Eso era dádiva necesaria. Todo el mundo tenía que participar en la misma para apoyar el gobierno nacional. En comparación, la dádiva voluntaria en la época previa a Moisés estaba dirigida a Dios y se hacía con amor, con generosidad y personalmente. Ninguna forma de dar era un diezmo.

La dádiva durante la época de la ley

Mientras continuemos con nuestro estudio de la enseñanza del Antiguo Testamento sobre la dádiva, verá que las normas mosaicas eran las mismas que las de la época premosaica. Ciertos pasajes explican los detalles de la dádiva necesaria y otros citan ejemplos de dádiva voluntaria.

Los diezmos necesarios

Números 18:25–30 (cp. Lv. 27:30) explica cómo los levitas debían usar su diezmo, la dádiva necesaria de los israelitas:

Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Así hablarás a los levitas, y les dirás: Cuando toméis de los hijos de Israel los diezmos que os he dado de ellos por vuestra heredad, vosotros presenta-

réis de ellos en ofrenda mecida a Jehová el diezmo de los diezmos. Y se os contará vuestra ofrenda como grano de la era, y como producto del lagar. Así ofreceréis también vosotros ofrenda a Jehová de todos vuestros diezmos que recibáis de los hijos de Israel; y daréis de ellos la ofrenda de Jehová al sacerdote Aarón. De todos vuestros dones ofreceréis toda ofrenda a Jehová; de todo lo mejor de ellos ofreceréis la porción que ha de ser consagrada. Y les dirás: Cuando ofreciereis lo mejor de ellos, será contado a los levitas como producto de la era, y como producto del lagar.

Dios escogió a los levitas para ser sacerdotes, para operar en el templo y para dirigir la teocracia de Israel, la nación dirigida por Dios. El diezmo era el impuesto del 10 por ciento usado para suplir las necesidades de los levitas, porque no tenían con qué ganarse la vida ni recibieron territorios cuando Moisés dividió la tierra entre las doce tribus. En esencia, los israelitas daban un diezmo cada año para sustentar a aquellos que dirigían su gobierno.

El primer diezmo era un décimo obligatorio de los animales y productos agrícolas de las personas. Si ellos no daban este diezmo, los judíos estaban robándole a Dios porque le pertenecía a Él (Mal. 3:8). Deuteronomio 12:10-11, 17-18 hace referencia a un segundo diezmo anual que los israelitas tenían que pagar:

Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que Jehová vuestro Dios os hace heredar; y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitaréis seguros. Y al lugar que Jehová vuestro Dios escogiere para poner en él su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas elevadas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hubiereis prometido a Jehová... Ni comerás en tus poblaciones el diezmo de tu grano, de tu vino o de tu aceite, ni las primicias de tus

vacas, ni de tus ovejas, ni los votos que prometieres, ni las ofrendas voluntarias, ni las ofrendas elevadas de tus manos; sino que delante de Jehová tu Dios las comerás, en el lugar que Jehová tu Dios hubiere escogido, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, y el levita que habita en tus poblaciones; te alegrarás delante de Jehová tu Dios de toda la obra de tus manos.

Dios le ordenó a los israelitas llevar todas las ofrendas, sacrificios y contribuciones a Jerusalén, la ciudad que establecería para que morara su nombre. Él estaba ordenando el apoyo para todos los festivales religiosos nacionales. Las celebraciones y festividades ceremoniosas como la Pascua. El segundo diezmo fue por el bien de la adoración religiosa nacional de los judíos y también promovió la fraternidad y unidad nacionales.

Deuteronomio 14:28-29 hace referencia a un tercer diezmo: "Al fin de cada tres años sacarás todo el diezmo de tus productos de aquel año y lo guardarás en tus ciudades... el extranjero, el huérfano y la viuda que hubiere en tus poblaciones y comerán y serán saciados; para que Jehová tu Dios te bendiga en toda obra que tus manos hicieren". Eso promedia una cifra de tres y un tercio por ciento adicionales por año de dádiva necesaria. El tercer diezmo se conocía como el diezmo del bienestar, o el diezmo de los pobres y se usaba para ayudar al extranjero, al huérfano y las viudas.

Los primeros tres diezmos mencionados durante la época de Moisés no eran más que impuestos y no se deben confundir con la dádiva voluntaria (o "el diezmo") al Señor. Esos diezmos llegaban a ser una tributación obligatoria que se usaba para financiar el gobierno humano instituido divinamente de Israel.

Sin embargo, esa base imponible esencial de 23 por ciento no era la dádiva necesaria total para el pueblo bajo la ley

mosaica. Tenían algunos requisitos adicionales, al igual que nosotros tenemos impuestos sobre la gasolina, impuestos sobre las ventas, impuestos sobre las ganancias de capital, impuestos sobre el valor añadido. Los judíos tenían un impuesto sobre la participación en las utilidades, que se explica en detalles en Levítico 19:9-10: “Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu tierra segada. Y no rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás. Yo Jehová vuestro Dios”.

Cuando las personas segaban sus cosechas, no debían segar hasta las esquinas de sus campos y no debían recoger el fruto que caía al suelo mientras recogían uvas. Eso era para que los pobres pudieran atravesar los campos y las vides y servirse de la abundancia de la cosecha. (Eso es lo que Rut estaba haciendo en los campos en el libro de Rut.) Tales requisitos en efecto constituían un plan de participación en las utilidades para suplir algunas de las necesidades de los pobres.

Además del impuesto sobre la participación en las utilidades estaba el requisito del reposo de la tierra cada siete años (Éx. 23:10-11). Cada séptimo año el pueblo tenía que perder las ganancias normales de todo un año de modo que el suelo pudiera rejuvenecerse. Después estaba el tercio anual de un impuesto para el *shekel* del templo. Se usaba para financiar y mantener el templo.

Así que los judíos se les exigía que proporcionaran un diezmo de los levitas, un diezmo para los festivales, un diezmo para los pobres (el bienestar), un impuesto sobre la participación en las utilidades, el reposo cada siete años de la tierra y el impuesto para el templo. Todo eso suma más del 25 por ciento en impuesto anual sobre la renta para el gobier-

no teocrático de Israel. Era mucho más que el 10 por ciento que muchos creyentes erróneamente citan para reforzar su argumento para el diezmo necesario en la actualidad.

La dádiva voluntaria

La dádiva voluntaria bajo la ley mosaica se hacía además de la dádiva necesaria. Y al igual que antes de Moisés, la dádiva voluntaria era proporcionada, generosa, expiatoria y de corazón.

Primero que todo, Números 18:12 describe el principio de la primicia: “De aceite, de mosto y de trigo, todo lo más escogido, las primicias de ello, que presentarán a Jehová, para ti las he dado”. Dios puso el ejemplo de darles lo mejor a los levitas de lo que el pueblo le había ofrendado a Él. Por ende, si queremos agradecerle con nuestra dádiva, debemos darle al Señor lo primero y lo mejor de lo que ganemos. Cuando dé así de lo mejor —de la flor y nata— le está dando a Dios lo que tiene y está creyendo en Él para lo que no tiene.

Cuando las personas confiaban en Dios y estaban dispuestas a darles las primicias, aunque no supieran exactamente cuánto tendrían, Él los recompensaba y bendecía abundantemente: “Honra a Jehová con tus bienes, Y con las primicias de todos tus frutos; Y serán llenos tus graneros con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto” (Pr. 3:9-10; cp. 11:24). Esa es la esencia de la dádiva voluntaria. Es una cantidad generosa, dada por fe, de lo mejor de nuestros recursos.

Segundo, el libro de Éxodo ilustra que a Dios le importa más la actitud del corazón del dador en la dádiva voluntaria. No había pancartas ni carteles puestos en los alrededores del campamento de Israel con recordatorios impresos tales como: “¿Ya dio su diezmo?” Tales métodos motivacionales

del estilo contemporáneo no eran necesarios porque las personas daban la cantidad que querían y tenían planeado en sus corazones. Los siguientes versículos de Éxodo demuestran esa verdad:

Y habló Moisés a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: Esto es lo que Jehová ha mandado: Tomad de entre vosotros ofrenda para Jehová; todo generoso de corazón la traerá a Jehová; oro, plata, bronce. (Éx. 35:4-5)

Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del tabernáculo de reunión y para toda su obra, y para las sagradas vestiduras. Vinieron así hombres como mujeres, todos los voluntarios de corazón, y trajeron cadenas y zarcillos, anillos y brazaletes y toda clase de joyas de oro; y todos presentaban ofrenda de oro a Jehová. (Éx. 35:21-22)

De los hijos de Israel, así hombres como mujeres, todos los que tuvieron corazón voluntario para traer para toda la obra, que Jehová había mandado por medio de Moisés que hiciesen, trajeron ofrenda voluntaria a Jehová. (Éx. 35:29)

y hablaron a Moisés, diciendo: El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga. Entonces Moisés mandó pregonar por el campamento, diciendo: Ningún hombre ni mujer haga más para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más. (Éx. 36:5-6)

Hoy día raras veces se encuentran iglesias que sean tan consecuentes, generosas y proporcionadas como Israel (cp. Dt. 16:10, 17; 1 Cr. 29:9-10, 16). Esa es la dádiva voluntaria de corazón —y en cuanto a la dádiva para el tabernáculo, en ocasiones hasta se excedía grandemente de las necesidades actuales— y es según el plan y voluntad del Señor.

La dádiva en los tiempos del Nuevo Testamento

La próxima pregunta lógica a hacer en nuestro breve estudio de lo que dicen las Escrituras sobre “el diezmo” es: “¿El Nuevo Testamento enseña el mismo patrón de dádiva que acabamos de ver en el Antiguo Testamento?” La respuesta es un sí rotundo. De hecho, el Nuevo Testamento contiene un paralelismo exacto con la enseñanza del Antiguo Testamento. Todavía hay dos tipos de dádivas: La necesaria y la voluntaria.

La dádiva necesaria en la época de Jesús todavía existía en la forma del sistema de tributación mosaico. Muchos de los elementos de la teocracia aún estaban operantes. Los levitas, los fariseos y los saduceos poseían todo el poder político real y dirigían el gobierno, bajo la dirección de los romanos ocupantes. El muro del patio del templo tenía recipientes en forma de trompetas en los que las personas depositaban su dinero de los impuestos. Hacían eso con cuidado como su deber y responsabilidad para con los líderes religiosos.

Además, los Evangelios hacen referencia a la carga de impuestos exorbitantes que los romanos, por medio de cobradores judíos (publicanos), imponían en el pueblo (cp. Mt. 5:46-47; Mr. 2:14-16; Lc. 5:29-30; 19:2, 8). A pesar de esa extra tributación, la cual por lo general era injusta y los judíos la odiaban de un modo universal, Jesús nunca comentó sobre la equidad de la misma. En cambio, Él defendió el principio del Antiguo Testamento y enseñó que debemos pagar nuestros impuestos. El Evangelio según San Mateo registra la enseñanza básica de Jesús sobre los impuestos de esta manera:

Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? El dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti. (Mt. 17:24-27)

Por una parte, Jesús estaba diciendo que, como el Hijo del Padre, Él no tenía que pagar impuesto alguno y tampoco sus seguidores, que son hijos de su Padre celestial. Pero, para que ni él ni su Maestro ofendieran a la autoridad, Jesús le dijo a Pedro que pagara el impuesto del templo. Las palabras de nuestro Señor también constituyen un buen recordatorio de que debemos pagar nuestros impuestos porque Dios está detrás de todo gobierno humano y Él ordenó cualquiera que sea el sistema de tributación al que pertenecemos (Ro. 13:1-7; 1 P. 2:13; cp. Mt. 22:15-22).

Hay dos menciones solamente de la palabra real *impuesto* en los Evangelios y ambos casos se refieren a tributación, o dádiva necesaria. En Mateo 23:23, Jesús les dijo a los fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello”. La fuerte crítica de Jesús hacia los líderes religiosos no era por el diezmo. Él sencillamente reconoció que ellos lo pagaban como parte de los requisitos mosaicos. En un sentido, Cristo los elogió por no descuidar su deber. En esto su preocupa-

ción principal era que los fariseos habían ignorado hipócritamente los más altos principios morales de la ley.

Igualmente, Lucas 18:12 en la parábola del fariseo y el publicano (18:9-14) se hace referencia al pago de diezmos. El fariseo estaba alardeando en realidad por el pago de sus impuestos y esa actitud no tenía sentido porque de todos modos debemos pagar impuestos. Jesús no elogió ni condenó el concepto del diezmo, porque ese no era su objetivo en esta parábola. Su propósito era ilustrar la falacia de confiar en la propia justicia de uno para la justificación.

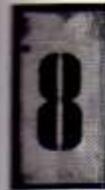
Hebreos 7:4-9 contiene varias referencias a las décimas partes y los diezmos, pero nuevamente no como directrices ni instrucciones para el ejercicio contemporáneo de la iglesia. El pasaje es sencillamente un recuento de un suceso histórico del encuentro de Abraham con Melquisedec, un suceso del Antiguo Testamento que analizamos anteriormente en este capítulo. El objetivo del autor es el sacerdocio de Cristo, que es sacerdote según el orden de Melquisedec.

Por ende, entre todas las referencias del Nuevo Testamento a un diezmo o el 10 por ciento, no hay mandato para los creyentes sobre la necesidad del 10 por ciento. Eso es porque el diezmo nunca ha sido una ofrenda para Dios, siempre fue una forma de tributación para sustentar el gobierno.

La enseñanza de la Biblia sobre el diezmo en comparación con la dádiva voluntaria es importante. El diezmo tanto en épocas del Antiguo como del Nuevo Testamento era el pago de impuestos y los judíos bajo la ley mosaica pagaban hasta un 25 por ciento por año en diezmos (eso es mucho más que el 10 por ciento). Durante años, muchas iglesias fundamentalistas, evangélicas, conservadoras —denominacionales y no denominacionales— han promovido el diezmo

como la norma básica para lo que sus miembros deben poner en el plato de la ofrenda. Pero un concepto tan inflexible, visto como un principio eterno y universal para todos los creyentes, sencillamente no se enseña en las Escrituras.

El principio del Nuevo Pacto sobre la dádiva —por el que usted y yo debemos regir nuestra vida— no se deriva de algún por ciento obligatorio. La dádiva del Nuevo Pacto nace del corazón y se determina personalmente; está basado en el modelo y muestra las características que analizamos en los capítulos 5 y 6 de este libro. Segunda Corintios 9:6-7 constituye un excelente resumen de cómo debemos darle al Señor: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre”.



“[La dádiva] es aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene”.

—2 CORINTIOS 8:12

Administración con integridad

¿Qué es la administración o mayordomía? Es una especie de término antiguo cuyo origen se remonta al siglo XV, pero su definición moderna según el diccionario: "Responsabilidad del individuo de administrar su vida y propiedades con la apropiada consideración a los derechos de otros", sugiere una relación práctica con nuestro estudio de la dádiva. Para muchos pastores, ancianos y diáconos en las iglesias locales, la *mayordomía* es prácticamente un sinónimo del programa de la dádiva. Y creen que esta asociación es válida. La mayordomía comprende toda la idea de dar para las causas espirituales y financiar empresas del reino, invirtiendo en la eternidad por medio de la iglesia, para que el cuerpo de Cristo pueda llevar a cabo su ministerio, el cual en ocasiones incluye las necesidades físicas y financieras de su propio pueblo.

Claro está, una definición como esa de la mayordomía debe tener que ver con el asunto de la integridad. Eso es porque muchas personas creen fuertemente que cualquier instrucción y amonestación sobre el dinero y la dádiva en la iglesia resulta inaceptable, impertinente, e incluso ofensivo. Con frecuencia critican la iglesia por estar absorta con la recaudación de fondos y en ocasiones su crítica es válida

porque han aparecido muchos estafadores y charlatanes a lo largo de la historia de la iglesia. Esos líderes fraudulentos han usado varias estratagemas para enriquecerse y prosperar sus propias causas, todo a costa de los miembros confiados de la iglesia y en el lugar de propósitos bíblicos que honren a Dios y prosperen su reino.

Los líderes legales, honrados y bíblicos de la iglesia deben ser receptivos a esas preocupaciones sobre el abuso y deben mantenerse alertas para hacerles frente. Sin embargo, cuando hayamos terminado de condenar todas las prácticas de mayordomía impías y no bíblicas, eso no cambia la verdad de que la dádiva es un elemento fundamental y ordenado por Dios en la vida de la iglesia. No hay nada de malo en que una iglesia le conceda una alta prioridad a la colecta semanal. La dádiva de los miembros como parte de su adoración, es el medio de prosperar el reino de Dios, glorificar su nombre y ayudar a las personas que verdaderamente tienen necesidades. Sin embargo, como con cualquier cosa en la iglesia, un programa de administración debe conducirse con la máxima integridad.

Segunda Corintios 8:10-9:5 es una de las secciones más personales, prácticas y francas de las Escrituras. Es el pasaje primordial en el que podemos ver los principios indispensables del apóstol Pablo de un programa de administración con integridad. Como ya hemos visto antes en nuestro estudio de la dádiva, 2 Corintios 8-9 pertenece al proyecto de Pablo de colecta de dinero de las iglesias gentiles para ayudar a la iglesia empobrecida de Jerusalén. Usted puede usar este pasaje en particular (8:10-9:5) para juzgar todas las peticiones monetarias futuras que se le puedan presentar. Ya sea el programa de administración de su iglesia o la campaña de recaudación de fondos de un ministerio paraeclesialístico, el

plan debe contener los principios de Pablo de la integridad en la dádiva.

La dádiva será voluntaria

El primer elemento esencial de la integridad que cualquier programa de administración creíble tendrá es el concepto ya conocido de la dádiva voluntaria. Segunda Corintios 8:10 dice: "Y en esto doy mi consejo; porque esto os conviene a vosotros, que comenzasteis antes, no solo a hacerlo, sino también a quererlo, desde el año pasado". Pablo supone que los corintios ya saben que la dádiva es importante y que es mandato de Dios. Pero en cuanto a una cantidad, el apóstol no está mencionando mandato alguno. Como ya hemos visto, la cantidad que cada creyente dé depende del individuo, basado en su actitud de corazón ante el Señor. La cuestión principal para los corintios, o para usted y para mí, es cuánto progreso quisiéramos como resultado de nuestra dádiva. ¿Cuánto queremos que el Señor nos bendiga? (Lc. 6:38; Hch. 20:35; 2 Co. 9:6; cp. Lc. 16:9-12)

Resulta tan crucial para cualquier campaña de mayordomía que tenga el elemento de ser voluntario porque muchos de nosotros recordamos el daño terrible que puede ocurrir cuando se ignora ese principio. Dos incidentes notorios en los últimos veinticinco años ilustran lo que quiero decir. Primero fue la tragedia de Jonestown en la zona norte de Sudamérica en 1978 y luego el triste episodio de los davidianos en 1993 en Texas. En ambos casos hubo un liderazgo extremadamente demagógico (Jim Jones y David Koresh, respectivamente) persuadiendo y confundiendo a las personas en el nombre de una manifestación falsa del cristianismo. En ambas situaciones, las personas cedieron todo su dinero y sus posesiones y llegaron a un acuerdo en el que todas las

riquezas se usaban según el criterio de un “vocero de Dios”. Ese tipo de dádiva forzada, lo que realmente se convierte en una confiscación y reasignación de recursos, nunca caracteriza la administración con integridad.

Sin duda alguna, la primera norma por la que se puede medir la integridad de cualquier programa de administración es: ¿Las personas están motivadas a apoyarlo voluntariamente, por su propio deseo de corazón de recibir la bendición de Dios? Si a usted se le intimida para que participe, se le presentan cantidades o por cientos obligatorios de contribución, o se le manipula de cualquier manera, la solicitud de mayordomía no es bíblica.

La dádiva se completará

El segundo principio de la administración con integridad exige fidelidad para completar el proyecto, como le dijo Pablo a los corintios: “Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tengáis” (2 Co. 8:11). Aquellos que son los que reciben las campañas de mayordomía también deben mostrar integridad dando realmente la contribución que había decidido. Las buenas intenciones iniciales no tienen casi sentido si no lleva a cabo y ayuda a completar un proyecto en particular (cp. Lc. 9:62).

Una de las cargas más difíciles de llevar del liderazgo de la iglesia es lidiar con buenos comienzos que no están terminados. En la iglesia de Corinto, la determinación de los miembros de completar su dádiva probablemente la hubiera echado a perder los ataques de algunos falsos maestros contra la integridad personal de Pablo. Aquellos maestros lo acu-

saron de no ser fidedigno y de ser engañoso, de que él estaba en el ministerio solo por el dinero. Pero como Tito les había dicho la verdad sobre las intenciones de Pablo y el propio Pablo había defendido su integridad general (2 Co. 6:1-10; 7:5-7, 13-16), ya era hora de que los corintios terminaran su compromiso con la ofrenda.

Resulta difícil para la mayoría de los cristianos mantener la determinación y completar algo importante como un proyecto de administración. Tantas distracciones, interrupciones y cuestiones colaterales —para no mencionar la apatía natural— pueden entorpecernos el camino e impedirnos que lo terminemos bien. Como sucede con todo en el andar del cristiano, mantener la perspectiva bíblica en nuestra mayordomía es una cuestión de disciplina, dedicación y concentración en la verdad. La idea es sencillamente la siguiente: Si por el discernimiento piadoso y la guía bíblica en algún momento creyó que un plan de administración era la voluntad de Dios para usted, ese propósito divino probablemente no haya cambiado y deba demostrar fidelidad al completar su compromiso personal. Esto ciertamente incluye cumplir cualquier promesa que haya hecho de dar.

La dádiva será proporcionada

Si un programa de administración tiene integridad genuina, pedirá contribuciones que estén en proporción con lo que las personas tengan. Ese elemento es sencillamente una característica de cualquier dádiva bíblica, como lo analizamos en el capítulo 6 de este libro (cp. 1 Co. 16:2; 2 Co. 8:3).

El apóstol Pablo fortalece el énfasis sobre la proporcionalidad con sus últimas cinco palabras en 2 Corintios 8:11: “conforme a lo que tengáis”. Y luego subraya más su objeti-

vo con esta instrucción: “Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene” (v. 12).

Aquellos que usan la integridad para recaudar fondos no le pedirán a las personas que den más de lo que tienen, que se endeuden, ni que prometan alguna cantidad o por ciento mínimos. En su lugar se ceñirán a lo que dice la Palabra y les recordarán a los creyentes que Dios les está pidiendo que den de los recursos que tengan, no según alguna norma imposible que no puede satisfacer.

Todo cuanto Dios está buscando realmente y un programa de administración sensato lo reiterará, es la actitud del corazón de nuestra dádiva. Puede que el Espíritu de Dios lo inste con amor a extenderse hasta los límites de su capacidad (o sobrepasar su nivel normal de dádiva) y puede decidir ajustar su presupuesto para suplir esa situación especial. Pero el Señor no pone tales exigencias en cada creyente de un modo legalista ni uniforme. De un modo sencillo. Él nunca nos pide que demos más de lo que nos permiten nuestros recursos actuales, proporcionadamente, según lo que tenemos.

La dádiva equilibrará los recursos en el cuerpo de Cristo

Otro elemento muy significativo pero con frecuencia mal interpretado de cualquier plan de administración es que la dádiva le proporcionará un equilibrio a los recursos en el cuerpo de Cristo. Pablo afirma la importancia de esto en sus instrucciones a los creyentes corintios:

Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que

también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos. (2 Co. 8:13-15)

¿Qué está diciendo Pablo aquí? Prácticamente, está previendo la crítica potencial de sus oponentes de Corinto de que, como judío, él estaba parcializado hacia la iglesia de Jerusalén. Según sus críticos, el proyecto de ofrenda de Pablo no era más que una manera de reparar el daño que les había hecho a los creyentes judíos por su persecución anterior de ellos (cp. Hch. 8:1-3; 9:1-2). En esencia, probablemente los oponentes de Pablo argumentaran que él estaba pidiéndoles a los creyentes gentiles que hicieran enormes sacrificios de sus recursos, para que los amigos de Pablo en Jerusalén pudieran estar más cómodos y no tener que sacrificarse.

Pablo prevé esa crítica diciendo que él no estaba pidiendo que los gentiles relativamente ricos se empobrecieran para que los creyentes judíos pobres se enriquecieran. La cuestión real, según Pablo, es la “igualdad” en la iglesia. El equivalente griego traducido “igualdad” en el versículo 13 se podría traducir mejor como “balance” o “equilibrio”. Es de *isolates*, del que derivamos el término científico isostasia, el estudio del equilibrio de la tierra. De la misma manera que la isostasia nos ayuda a comprender que Dios diseñó la tierra con altas montañas y profundos mares que se compensan mutuamente y mantienen la tierra rotando en un equilibrio perfecto, El uso de Pablo del término *isolates* demuestra que Dios desea un cierto tipo de equilibrio en su iglesia.

De vez en cuando, se presentan situaciones en que un grupo de creyentes con más pueden ayudar a otros creyentes con menos. Pablo está diciendo que si es parte del grupo con recursos es responsabilidad espiritual suya como miembro

del cuerpo de Cristo ayudar con amor a aquellos del otro grupo, proporcionar algún balance o equilibrio entre los miembros de su cuerpo.

Sin embargo, ese concepto de la igualdad en la iglesia debe entenderse claramente. Pablo no estaba usando "igualdad" de la manera que lo usan los abogados contemporáneos de los derechos homosexuales, los derechos de las mujeres, o los derechos de los animales. Y la expresión no se refiere a alguna forma de socialismo, e igualitarismo económico marxista. Por ende, las palabras de Pablo no se deben confundir con ninguna clase de plan para redistribuir fondos de la forma equivocada del estado de bienestar moderno, con todos sus maltratos.

Por supuesto que uno de esos maltratos es la tendencia de los receptores del bienestar a volverse indolentes. Pero Pablo abordó esa cuestión en 2 Tesalonicenses 3:10: "Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma".

De modo que el problema de un programa de administración que cree un equilibrio en el cuerpo de Cristo no es que produzca una clase de receptores holgazanes que se vuelven perezosos y cómodos a costa de los dadores. La mayordomía con integridad sencillamente trata de ayudar a las personas que ya han hecho todo cuanto pueden para suplir sus propias necesidades básicas pero no pueden por circunstancias atenuantes. Hace entender que los creyentes no son un pueblo aislado e independiente, sino miembros de la familia de Dios y son responsables de suplir las necesidades de cada uno en amor.

En 2 Corintios 8:15 Pablo ilustra aún más el principio del equilibrio entre los creyentes citando parte de un versículo de la narrativa de Éxodo 16:13-18. Ese pasaje intro-

duce la historia del maná del cielo y nos dice en parte lo que los israelitas aprendieron sobre la provisión balanceada de Dios:

Y venida la tarde, subieron codornices que cubrieron el campamento; y por la mañana descendió rocío en derredor del campamento. Y cuando el rocío cesó de descender, he aquí sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto? porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: Es el pan que Jehová os da para comer. Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que pudiere comer; un gomer por cabeza, conforme al número de vuestras personas, tomaréis cada uno para los que están en su tienda. Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer.

Era natural que algunos israelitas reunieran mucho maná y otros pudieran recoger solo un poco. Los adultos en mejores condiciones físicas podían recoger más que los ancianos débiles o los niños inexpertos. También, algunos estaban preparándose para el futuro recogiendo cuanto maná pudieran en cierto momento, sin saber por cuanto tiempo Dios proveería ese alimento único.

Pero el versículo 18 dice que Dios se aseguró de que la recogida de maná funcionara de una manera balanceada. Cuando todo estaba medido, había suficiente para todo el mundo. Y así era día tras día. Por analogía, así es como Dios quiere que se suplan las necesidades básicas de sus hijos en el cuerpo de Cristo. Algunos de nosotros tenemos más, algunos menos, pero al final nos aseguramos de que suplamos las necesidades básicas de todo el mundo.

La dádiva será dirigida por el liderazgo piadoso

Siempre que oigo de una empresa financiera o de una campaña de mayordomía en alguna parte del cuerpo de Cristo —una iglesia necesita dinero, un ministerio paraeclesialístico necesita fondos, un misionero está tratando de conseguir apoyo financiero— siempre hago la pregunta, ¿Quién dirige la empresa? Resulta fácil para personalidades importantes, que son comunicadores poderosos, motivadores astutos y empresarios ingeniosos conseguir miles de donaciones para incrementar sus fondos. Pero el problema real no es cuánto dinamismo y éxito tienen tales hombres, sino cuán responsables son ante la supervisión espiritual y cuán devotos son a Dios. Quiero darle mi dinero a un ministerio que está dirigido por ancianos y pastores piadosos que han sido dotados y designados para supervisar la iglesia según los principios bíblicos. Quiero asegurarme de que el proyecto esté supervisado por hombres que amen a Cristo, anden en el Espíritu, tengan un buen entendimiento de las Escrituras y tengan una teología sensata. Cualquier programa de administración con integridad genuina suplirá estas preocupaciones importantes.

Pablo sabía que para llevar a cabo un programa de administración que honrara a Dios tenía que ser una empresa acometida por más de un hombre. Con su colecta especial para la iglesia de Jerusalén se dio cuenta de que tenía que responderle a la crítica de que eso no era más que un proyecto personal de él. Él tenía que desarmar a aquellos críticos de Corinto que aseguraban que su empresa no era creíble porque no respondía ante nadie. Sus palabras hacen precisamente eso.

En 2 Corintios 8:16–17 vemos nuevamente cuán eficaz-

mente Pablo previó la desaprobación potencial: “Pero gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros. Pues a la verdad recibió la exhortación; pero estando también muy solícito, por su propia voluntad partió para ir a vosotros”. Esta es la gran afirmación del apóstol de que su deseo de recoger dinero para la iglesia de Jerusalén no era una pasión individual nada más. Pablo proclama que Tito, otro hombre piadoso y siervo y líder fiel y confiable de la iglesia (cp. 2 Co. 7:13–15), estaba de acuerdo incondicionalmente con el plan.

El apoyo de Tito al plan de administración de Pablo fortaleció toda la empresa y dispuso las dudas innecesarias de las mentes de los financistas potenciales como los corintios. El Señor, al usar el gentil Tito, le demostró a la iglesia corintia que Pablo no estaba obrando por compulsión y que su plan era algo mucho más amplio que un proyecto personal “judío” para beneficiar a la iglesia de Jerusalén. Pablo podía haber seguido adelante unilateralmente con su proyecto de colecta, como hacen muchos movilizados contemporáneos de recaudación de fondos. Pero él buscaba la unanimidad de corazón y propósito y Dios se lo concedió en la persona de Tito. Resulta tan alentador cuando hombres piadosos todos afirman un proyecto de administración y juntos lo llevan a cabo. Cuando eso sucede, puede estar seguro de que eso ejemplifica la mayordomía con integridad y que está de acuerdo con la voluntad y propósito de Dios.

La administración bajo la dirección de pastores piadosos y doctrinalmente sensatos también demostrará una responsabilidad cuidadosa. Pablo sabía que él podía confiar en él y en Tito en cualquier cosa que tuviera que ver con la colecta especial. Pero sus enemigos podían reprochar de una manera potencial sus esfuerzos despertando y sembrando la disen-

sión y la acusación que existía en la iglesia de Corinto. Él no quería que tuvieran ni siquiera la más mínima oportunidad de encontrar algún mal manejo del dinero por pequeño que fuera y así desacreditar el evangelio.

Con todos esos problemas potenciales en su mente, Pablo proporcionó una responsabilidad adicional por lo que hacía cuando dijo: “Y enviamos juntamente con él [Tito] al hermano cuya alabanza en el evangelio se oye por todas las iglesias; y no solo esto, sino que también fue designado por las iglesias como compañero de nuestra peregrinación para llevar este donativo, que es administrado por nosotros para gloria del Señor mismo y para demostrar vuestra buena voluntad” (2 Co. 8:18-19).

Las iglesias (probablemente de Macedonia), sin duda alguna con la aprobación de Pablo, nombraron un representante para ayudar a administrar la colecta. Él era un predicador no identificado pero bien conocido de un carácter impecable, sin dudas respetado y amado por todos los creyentes de la región. A diferencia de tantas iglesias en la actualidad, los macedonios, aunque planeaban sabiamente, no consiguieron a un recaudador de fondos ni intrigante des-pabilado para que ayudara en importantes asuntos de administración. En su lugar, aquellos cristianos de la iglesia primitiva seleccionaron a un pastor piadoso cuyo liderazgo humilde estaba bien demostrado. Y se tomaron todas esas precauciones “evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos, procurando hacer las cosas honradamente, no solo delante del Señor sino también delante de los hombres” (vv. 20-21).

Cuando el ministerio se vuelve desafiante y arduo, resulta tentador responder de esta manera: “Mientras actuemos de

un modo apropiado ante Dios, ¿a quien le importa lo que las personas piensen?” Pero eso no honra al Señor, fundamentalmente con respecto a nuestra administración. Pablo sabía que importaba lo que los incrédulos pensarán porque muchos de ellos, como sus enemigos de Corinto, no pierden tiempo para criticar a la iglesia. Y una de las áreas más vulnerables ha sido la falta de integridad de los creyentes en las prácticas financieras. Debemos manejar el dinero con honradez y con responsabilidad de modo que las personas puedan ver nuestra integridad como una manifestación de nuestra justicia (cp. Pr. 3:4; Ro. 12:17).

Pablo incluso tomó una medida extra para garantizar la completa responsabilidad: “Enviamos también con ellos [Tito y el predicador] a nuestro hermano, cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas y ahora mucho más diligente por la mucha confianza que tiene en vosotros” (2 Co. 8:22). El griego (“probado y hallado diligente”) demuestra que el tercer hermano fue probado (como los metales que han pasado la prueba) y que era celoso en el Señor. El apóstol se aseguró de que hubiera una responsabilidad cuidadosa y una administración apropiada del dinero de la colecta al hacer que tres hombres confiables, bien conocidos por su carácter piadoso, llevaran los fondos a Jerusalén.

Usted puede confiar en que una empresa de administración tenga integridad y merezca todo su apoyo si está dirigida por hombres como Pablo y sus compañeros y estos responden por ella. Cuando siervos que andan con mayor cercanía a Cristo cuidan de las finanzas de la iglesia, los críticos que tratan de socavar la extensión del reino de Dios quedan silenciados. Y el pueblo de Dios tiene un derecho a tal responsabilidad bíblica.

La dádiva será una expresión de amor

Si el Señor está poniendo en su corazón el apoyo de una solicitud específica y allí existen las precauciones apropiadas de responsabilidad, el próximo paso es dar con amor y libertad lo que Dios quiere que dé. Una expresión como esa de la dádiva es otra marca registrada de la administración con integridad.

Absolutamente nada es más característico del amor que la dádiva generosa y pródiga, como Pablo les recordó a los corintios en sus instrucciones adicionales sobre su necesidad de apoyar la colecta de Jerusalén: "Mostrad, pues, para con ellos ante las iglesias la prueba de vuestro amor y de nuestro gloriarnos respecto de vosotros" (2 Co. 8:24). Nuestro testimonio está vinculado con nuestro amor (Jn. 13:34-35) y nuestro amor se mide por nuestra generosidad. Nosotros, los creyentes corintios, o cualquier otra persona que asegure seguir a Cristo puede decir que tenemos amor, pero hasta que lo mostremos, ese amor carece de sentido (1 Jn. 3:18).

Cuando alguien se enamora, esa persona es extremadamente generosa con la persona amada. Los padres que realmente aman a sus hijos apenas pueden restringirse de darles tanto como les sea posible. Cuando amamos a un muy buen amigo, con frecuencia queremos darle ciertas cosas. Así es como responde el amor. Por lo tanto expresiones de amor de un creyente a otro serán elementos integrales de la administración con integridad.

La dádiva supondrá un ejemplo para otros

En la administración con integridad también aparecerá la dádiva que supone un ejemplo excelente; proporciona una

buena norma para que otros se esfuercen por imitarla. Un ejemplo tan superior de "dádiva generosa debe ser la meta de cada iglesia local. Como pastor, preveo a mi iglesia o cualquier otra asamblea local de creyentes cumpliendo este aspecto de la administración por medio de tres pasos básicos.

Primero, las personas deben dar lo suficiente como para suplir las necesidades de la iglesia. No debe haber escasez de recursos de ningún tipo. Cualesquiera que sean los compromisos del ministerio básico que existan, cualesquiera que sean los gastos básicos que se necesiten pagar, debe haber suficiente dinero para cubrir esas obligaciones.

Segundo, las personas deben dar más de lo que necesita la iglesia. Deben dar de modo que su iglesia pueda expandir sus ministerios apoyando a más misioneros, proveyendo más ayuda para aquellos que se encuentran verdaderamente en necesidad (por medio de un fondo de diáconos), tener más materiales impresos para la ayuda local y capacitar a más personas en la iglesia.

Y tercero, dar sencillamente más de lo suficiente no debe ser la meta máxima de un programa de administración de la iglesia. De un modo ideal, las personas deben dar con tanta generosidad y magnanimidad que su congregación se convierte en *la* medida por el que otros creyentes calculan la dádiva en la iglesia. Esa era la gran esperanza de Pablo para la iglesia de Corinto a cuando se acercaba al final de sus instrucciones sobre la ofrenda especial:

Cuanto a la ministración para los santos, es por demás que yo os escriba; pues conozco vuestra buena voluntad, de la cual yo me glorio entre los de Macedonia, que Acaya está preparada desde el año pasado; y vuestro celo ha estimulado a la mayoría. Pero he enviado a los hermanos, para que nuestro gloriarnos de

vosotros no sea vano en esta parte; para que como lo he dicho, estéis preparados; no sea que si vinieren conmigo algunos macedonios, y os hallaren desprevenidos, nos avergoncemos nosotros, por no decir vosotros, de esta nuestra confianza. (2 Co. 9:1-4)

Al inicio fue el ejemplo de administración de los corintios el que motivó a las iglesias de Macedonia y las convirtió en el modelo que analizamos en el capítulo 6 de este libro. El apóstol Pablo sencillamente quería que los corintios siguieran siendo ejemplares en el área de la dádiva. Él sabía que una iglesia que no da o apenas sufre sus propias necesidades financieras supone un ejemplo deshonesto, mientras que una iglesia fiel que da más allá de lo que se necesita para suplir las necesidades básicas puede constituir un modelo para el resto de las iglesias. Él no estaba satisfecho con la dádiva mínima o como segunda alternativa; y nosotros tampoco debiéramos estarlo, si nuestras iglesias realmente desean mostrar una norma de excelencia en la dádiva.

La codicia no será un obstáculo

Si el plan de administración en su iglesia cumple todos los criterios de integridad que hemos analizado en este capítulo y el Espíritu lo convence de que merece su apoyo proporcional, pero no participa, hay un problema de pecado con el que debe lidiar. No puede decir con franqueza que favorece el programa si esa situación lo describe a usted, porque la administración con integridad implica la dádiva que vence al pecado de la codicia. Pablo identificó esa verdad cuando le dijo a los corintios: "Por tanto, tuve por necesario exhortar a los hermanos que fuesen primero a vosotros y preparasen primero vuestra generosidad antes prometida, para que esté

lista como de generosidad y no como de exigencia nuestra" (2 Co. 9:5).

La palabra traducida "exigencia" también pudiera traducirse "avaricia". Denota acaparar para tener más y aferrarse a ello a costa de otros. Tales pensamientos y conductas están arraigados en el egoísmo y el orgullo. Pocos pecados se describen como más feos o se condenan más claramente en las Escrituras que el pecado de la codicia (Sal. 10:3; Ec. 5:10; Mi. 2:2-3; Mr. 7:21-23; 1 Co. 6:9-10; Ef. 5:3; 1 Ti. 6:10; 2 P. 2:14). De hecho, Pablo sintió fuertemente sobre los males de la codicia que su amonestación a los creyentes corintios y a nosotros, es que ni siquiera nos juntásemos con personas que la practiquen: "Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, ... con el tal ni aun comáis" (1 Co. 5:11).

En más de una ocasión, Pablo comparó la codicia con la idolatría (Ef. 5:5; Col. 3:5). Si tiene la oportunidad y los recursos para dar cuando usted sepa que Dios quiere que participe y no lo hace, usted está adorando a un ídolo en vez de a Dios. Su ídolo pueden ser las ropas, los muebles de la casa, equipos electrónicos, equipos recreativos, un auto, unas vacaciones, o cualquier otra cosa. Ninguna de esas cosas es intrínsecamente mala, pero si ellas obstaculizan o impiden que adore a Dios por medio de una dádiva generosa, son los ídolos de la codicia.

Finalmente, el único obstáculo para que las campañas de mayordomía tengan integridad es la codicia. Todo se resume a una batalla de su corazón y su mente. Si hay una convicción en su corazón de ayudar a una solicitud legítima de dádivas, hágalo; no se rinda ante la tentación de la codicia. Los programas de administración tienen éxito y muestran

integridad piadosa porque los cristianos dan de una manera que demuestra que han vencido a la codicia.

Confío en que este capítulo lo ha ayudado a entender el papel crucial que desempeña la integridad en cualquier programa de administración. Hoy día cuando nos encontramos saturados de solicitudes y peticiones de todas clases y de todos los rincones, tanto dentro como fuera de la iglesia, la integridad funge como el barómetro al que debemos mirar si queremos discernir la credibilidad de un plan de administración. Además de los principios de 2 Corintios 8-9 que hemos revisado, considere la siguiente lista de preguntas al evaluar la integridad de cualquier empresa de recaudación de fondos que alegue ser espiritual y merecedora de su apoyo.

- ¿El ministerio tiene un compromiso personal y definido con Cristo?
- ¿Tiene un compromiso transparente con la autoridad de las Escrituras?
- ¿Su misión es bíblica con objetivos bíblicos?
- ¿Su funcionamiento refleja una perspectiva eterna definida?
- ¿Los líderes del ministerio por medio de la oración confían más en Dios que en las estrategias contemporáneas y las técnicas de recaudación de fondos?
- ¿Hay un amor y preocupación obvios por aquellos a quienes se les ministra?
- ¿Hay evidencias de madurez espiritual, semejanza a Cristo, e integridad?
- ¿Los líderes tienen un espíritu de servidumbre y humildad más que de presunción y arrogancia? ¿La recaudación de fondos los enriquece personalmente?

- ¿El ministerio presenta una imagen modesta y sin pretensiones?
- ¿El ministerio ha sido responsable con sus fondos y los ha usado para los propósitos trazados?
- ¿Las campañas no tienen un “tono de crisis” continuo que dice que el éxito o fracaso del ministerio depende de su dádiva?
- ¿El ministerio reconoce su responsabilidad y sumisión al liderazgo de la iglesia local?
- ¿Hay relaciones bíblicas y piadosas entre el personal del ministerio?
- ¿El ministerio tiene alguna historia de fruto espiritual? ¿Ha visto alguna evidencia de ese fruto?

Si puede responder con franqueza que sí a todas estas preguntas, usted puede apoyar libre, alegre y generosamente un ministerio como ese sabiendo que realiza una administración que honra a Dios con una integridad genuina.

El verdadero camino a la prosperidad



El cristiano generoso nunca necesita temer por no tener suficiente. Porque mientras más da, más le da Dios a cambio.

El verdadero camino a la prosperidad

El “evangelio de la prosperidad” aún se encuentra vivo y coleando en algunos sectores del cristianismo contemporáneo. Esa es la enseñanza que dice que Dios quiere que todos sus seguidores sean ricos y reciban de la vida todo lo mejor: Casas grandes y primorosas, autos costosos y lujosos, las ropas más ostentosas y así sucesivamente. Esa herejía movida por la avaricia es popular porque declara que la función primordial de Dios es darle a su pueblo bienes materiales. La doctrina aparece con mayor frecuencia en el movimiento carismático moderno tras varios nombres: El Movimiento de la Fe en la Palabra, la Fórmula de la Fe, el Movimiento de la Palabra de Fe, Confesión Positiva o Profésalo y Proclámalo.¹ Esto atrae a las personas hablándoles esencialmente de una especie de “vudú” cristianizada que se puede usar para engatusar y manipular a Dios para su propio beneficio egoísta siempre que quieran. El movimiento alega ser capaz de enseñar a las personas (por *mucha* remuneración) a cómo sintonizarse con la longitud de onda espiritual adecuada de modo que Dios le entregará todo el dinero y los bienes que se pueda imaginar para satisfacer cada uno de los placeres personales.

La cultura secular también hace falsos planteamientos de

cómo ser prósperos cuando se trabaja duro y se gana tanto dinero como sea posible y luego se acapara, se ahorra, e invierte su dinero con tanta astucia como le sea posible. Argumenta que es la única manera de incrementar su capital y garantizar un retiro próspero.

Sin embargo, ninguna de esas filosofías para enriquecerse puede coincidir con el verdadero sendero de Dios a la prosperidad. Al Señor le preocupan sus necesidades materiales y realmente tiene un plan para su prosperidad financiera que promete suplir todas sus necesidades. Él no ignora su trabajo industrioso, el ahorro, ni la sabia inversión, pero Él sí rechaza aberraciones como el evangelio de la prosperidad y los métodos humanos basados en la acumulación y el acaparamiento. El plan de Dios para la prosperidad genuina del creyente, como aparece en su Palabra, es sencillamente esta: *Usted y yo debemos dar lo que tenemos.*

Segunda Corintios 9:6–15, la sección final de la gran instrucción del apóstol Pablo a los corintios sobre la dádiva, esclarece el camino de Dios para la prosperidad tan bien como cualquier pasaje de las Escrituras. Pablo desarrolla su argumento sobre el fundamento de la verdad bien establecida del Antiguo Testamento. Proverbios 11:24–25 dice: “Hay quienes reparten y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado” (cp. 19:17; Lc. 6:38; Gá. 6:7–9). El cristiano generoso nunca necesita temer por no tener suficiente. Porque mientras más da, más le da Dios a cambio.

El principio de sembrar y segar

Pablo comienza su instrucción sobre el verdadero camino de Dios a la prosperidad con un axioma conocido que utiliza la

imaginaria agrícola: “Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6). Todo agricultor sabe que si siembra una semilla pequeña obtiene una cosecha pequeña. Mientras mayor sea la cantidad de cosecha que comienza en forma de semilla, mayor es la cantidad que puede aparecer en forma de grano después. La analogía espiritual es igual de sencilla: Mientras más dinero siembre para ayudar a progresar el reino de Dios, mayor será la cosecha de bendiciones divinas que tendrá. Esta es la culminación de los esfuerzos de Pablo para motivar a la iglesia de Corinto a dar generosamente a los creyentes en dificultad de Jerusalén y para motivarnos a todos nosotros a dar fielmente a la iglesia local y a la obra de Dios en el mundo.

El Espíritu Santo en el versículo 6 en su gracia nos exhorta a ese fin usando dos veces el equivalente griego traducido “generosamente”. Esa es una traducción adecuada del término en este contexto, pero inherente al significado de la palabra está también el concepto de bendición. En un sentido, la persona que siembra o da con la idea de bendecir a otros a su vez recibirá una bendición. Ese puede parecer un principio extravagante, pero no lo es. Quienes dan con la actitud correcta saben que mientras más le ofrenden a Dios, más bendiciones Él les devolverá en la cosecha.

No obstante, algunas personas que leen sobre este principio de la bendición máxima pueden responder preguntando: “¿Una motivación como esa no es del todo errónea, ya que apela solamente a nuestra avaricia e interés propio?” A eso le diría que no y sencillamente les recordaría que Dios, a través de su Palabra, le promete a los creyentes todo tipo de recompensas (p.ej., Sal. 16:11; 73:24; Pr. 11:18; Is. 64:4; Mt. 5:12; 19:21; 25:21, 34; Jn. 14:2; Ro. 2:7; 8:18; 1 Co. 3:11–14;

9:25; Fil. 3:14; Col. 3:24; 2 Ti. 4:8; He. 9:15; Stg. 1:12; 2 Jn. 8; Ap. 2:10; 22:12). La promesa misericordiosa de Dios de recompensarnos según la medida de lo que sembramos es sencillamente una de esas promesas. No es un llamado a la persona hipócrita e interesada que solo profesa la fe y finge adoptar la actitud correcta en su dádiva. Por el contrario, es una motivación tremenda para todos los creyentes de puro corazón.

Los beneficios de la cosecha

Las únicas cuestiones importantes que permanecen como obstáculos potenciales al disfrute total del verdadero camino a la prosperidad son las siguientes: ¿Cuál es la abundancia o la cosecha que Dios promete? ¿Es espiritual o material? Si la bendición de Dios es solamente espiritual, ¿qué sentido tiene nuestra dádiva generosa si no podemos comer, vestirnos, conducir un auto, ni gastar los dividendos? Segunda Corintios 9:7-15 responde completamente esas preguntas revelando cinco beneficios de la cosecha de Dios, tanto materiales como espirituales, que fluyen de uno a otro y culminan en las bendiciones prácticas más grandes que usted o yo pudiéramos imaginar.

Amor de Dios

El apóstol Pablo escribe del primer beneficio de la cosecha en 2 Corintios 9:7: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre”. El primer beneficio que encuentra cuando da generosamente, entonces, es *el amor de Dios*. Esta es una promesa única de las Escrituras, el único lugar donde Dios concede una muestra especial de su amor a los creyentes por su conducta particular. Sabemos que Dios ama al mundo de

cierta manera (Jn. 3:16) y Él ama a los suyos de una manera maravillosa (Jn. 10:27-30; 13:1). Pero incluso entre los elegidos, hay algunos por los que Él tiene un afecto más especial: Los dadores alegres.

Todo cristiano puede experimentar este amor intenso y especial de Dios (proviene del griego *agapao*, el término más fuerte para amor). Todo cuanto tenemos que hacer es darle al Señor “como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad”. Una vez más, los elementos de la dádiva personal, voluntaria y proporcionada se encuentran presentes, pero no de una manera casual. “propuso” en el original significa actuar a partir de una predeterminación y no de un impulso. Debemos pensar cuidadosamente y predeterminar lo que daremos y luego hacer lo que nuestro corazón nos dicte.

Dios dice que hay una sola forma de dar y esa forma es dar con alegría. Como hemos visto en capítulos anteriores, la dádiva genuina no puede incluir la actitud interna del pesar, el arrepentimiento, ni la renuencia (“por necesidad”). Tampoco puede ocurrir bajo presión externa ni coacción (“por necesidad”) que lo obligue a una cantidad arbitraria y legalista. Dios no ama a ese tipo de dador, pero Él sí ama a aquel que su corazón se emociona y encanta de la posibilidad de invertir en su reino.

Generosidad de Dios

El segundo beneficio de la cosecha para el cristiano que siembra generosamente es *la generosidad de Dios*. “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra” (2 Co. 9:8).

El apóstol Pablo escribe “Poderoso es Dios”, porque Él

tiene todo el poder del universo para ser generoso con aquellos que son generosos con Él. Es precisamente ese poder el que constituye el fundamento de nuestra confianza en que Él cumplirá su promesa de ser generoso. La capacidad de Dios es el punto de partida que nos ayuda a creer que dar todo cuanto tenemos merece el riesgo aparente. Después de todo, en el marco natural, dar algo trae como resultado tener menos. Así que, creer que prosperará en el marco espiritual dando mucho requiere de confianza y fe.

Darle a Dios todos sus recursos no será una insensatez si comprende el poder y capacidad de Dios y se da cuenta de que su fe debe descansar en Él, no en la sabiduría de los hombres (1 Co. 2:5). La historia redentora ha probado y demostrado completamente la capacidad de Dios para ser abundantemente generoso y completamente suficiente para las necesidades de los creyentes. Por ejemplo, Dios vindicó completamente la fe suprema de los tres amigos de Daniel en su poder (Dn. 3:16-30). La Biblia en otra parte describe el poder sobrenatural del que dieron testimonio en el versículo 17 como incomparable (Éx. 15:11-12), incomprensible (Job 26:14), grandioso (Sal. 79:11), fuerte (Sal. 89:13), irresistible (Dn. 4:35), soberano (Ro. 9:21), e ilimitado (Gn. 18:14; Mt. 19:26; Ef. 3:20).

Sencillamente necesitamos ser más como Abraham, cuya fe se describe en Romanos 4:21: "plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido". La promesa de Dios de recompensar generosamente nuestra dádiva se ve claramente en 2 Corintios 9:8. Las Escrituras en incontables lugares demuestran su capacidad para cumplir esa promesa o realizar cualquier cosa que se proponga.

Pablo tiene una confianza tal en la capacidad de Dios de

ser generoso con aquellos que dan que dice que Dios nos devuelve nuestra generosidad con gracia abundante. Como Dios posee gracia infinita. Él la tiene toda disponible para reembolsarnos en abundancia. ¿Y exactamente qué es gracia abundante en este contexto? Primeramente se refiere a las riquezas y provisiones terrenales. Pablo se está ampliando en la analogía agrícola de la cosecha. Si siembra bienes materiales, recibirá bienes materiales de Dios a cambio. Si da su dinero y posesiones a Dios, Él le prodirá bienes materiales a usted. El principio es sencillo:

El dador generoso siempre tendrá mucho. Como escribió alguien una vez: "Con la sistematicidad con que se tributan los recursos del dador alegre por su dádiva generosa, se repone por gracia divina".

Luego Pablo nos explica su opinión sobre la gracia abundante de Dios pidiéndole prestado al griego un término filosófico, la palabra que se traduce como "suficiente" en 2 Corintios 9:8. En debates éticos, los Estoicos usaban la palabra para referirse a la independencia orgullosa de la autosuficiencia que proporciona una verdadera felicidad y contentamiento. Pero el apóstol le dice a los corintios y a nosotros que la supuesta autosuficiencia que con frecuencia perseguimos la suministrará Dios y nos contentaremos de tener todo cuanto necesitamos (cp. Fil. 4:19).

La razón por la que Dios nos da de modo tan suficiente y abrumador es para que su generosidad nos exhorte a hacer más buenas obras. Cuando Dios haya un dador generoso, Él pone un amor especial en esa persona y repone abundantemente sus recursos para que puedan dar aún más. Si somos dadores fieles y consecuentes, Dios establecerá un flujo constante de bendición de modo que mientras más demos

más podremos participar de nuevas oportunidades de ayudar a otros.

La instrucción concluyente de Pablo en 2 Corintios 9:8 se basa fuertemente en lo que Dios le enseñó a su pueblo en el Antiguo Testamento,

Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas. Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra. (Dt. 15:10-11)

Así que el Señor hace ya mucho tiempo prometió bendecir y prosperar todas las empresas de los dadores generosos y obedientes. No para que se enriquecieran y consumieran esa prosperidad en sus propios deseos, sino para que pudieran continuar dando y así hacer buenas obras supliendo las necesidades de otros.

Para recalcar además que sus enseñanzas sobre la dádiva no eran ideas noveles, Pablo hace referencia directa e indirecta a otros versículos del Antiguo Testamento. Segunda Corintios 9:9 es una cita directa del Salmo 112:9: “como está escrito: Repartió, dio a los pobres; Su justicia permanece para siempre.” El hombre piadoso le dio generosamente al pobre y Dios recordó sus obras justas, lo restituyó y recompensó en tiempo y eternidad (cp. Os. 10:12).

En el versículo 10, Pablo parafrasea un pasaje de Isaías 55:10 cuando reitera el principio del beneficio de la cosecha: “Y el que da semilla al que siembra y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia”. El mismo Dios que provee fielmente todo cuanto necesitan sus criaturas y es bondadoso con todos

los hombres —fundamentalmente con los creyentes— de un modo extra misericordioso recompensará a sus hijos que dan generosamente. El Señor nunca falla en su provisión y promesas confiables y firmes para con nosotros.

Una recompensa eterna de justicia es la máxima expresión de la generosidad de Dios con aquel que lo da todo. Pero las bendiciones temporales también reflejan su generosidad. Tal generosidad se encuentra en el presente porque el Señor ama al dador alegre y lo bendice de manera especial (Pr. 3:9-10; 10:22; 28:27).

Gloria a Dios

En 2 Corintios 9:11-13, el apóstol Pablo nos lleva al centro del asunto con respecto a los beneficios de de la cosecha de Dios:

para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos.

Cuando Pablo, Tito y sus compañeros llevaron la ofrenda especial a la iglesia de Jerusalén, los creyentes de allí agradecían y adoraban a Dios por suplir sus necesidades por medio de las dádivas de otros santos. Siempre que un grupo de creyentes le muestra generosidad real a otro grupo de creyentes, los receptores agradecerán a Dios por motivar los corazones de los dadores. Así que el tercer gran beneficio de sembrar generosamente es que *su dádiva tocará a más per-*

sonas y ellos agradecerán más a Dios y les concederán mucha más gloria.

Pablo veía todo el proceso de la colecta especial como un servicio espiritual y sacerdotal ("la ministración de este servicio") que definitivamente iba a suplir las necesidades de los receptores ("suple" en griego es un intensivo doble de énfasis).

Además de suplir las necesidades físicas básicas, la colecta trajo como resultado dos beneficios espirituales. Primero, abundó en muchas acciones de gracias a Dios, lo que resulta importante en cuanto a la idea de darle gloria a Dios por medio de la dádiva. Segundo, le demostró a la iglesia de Jerusalén que los corintios eran genuinamente salvos ("la experiencia de esta ministración"). Segunda Corintios 9 supone que algunos de los creyentes judíos dudaban de la realidad de la salvación de los gentiles, particularmente en vistas del pecado y el caos que había ocurrido en Corinto. Pero si los judíos buscaban alguna evidencia para verificar la salvación de los corintios, no tenían que mirar más allá de "la liberalidad de vuestra contribución para ellos". Asimismo, cuando usted o yo demos con magnanimidad y amor de corazón, eso evidencia nuestra regeneración cuando toca la vida de otros y glorifica a Dios.

Amigos de Dios

El cuarto beneficio de la cosecha y quizás el más tangible, para cualquier cristiano generoso es *los amigos de Dios*: "asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros" (2 Co. 9:14). Al orar por los corintios, que era todo cuanto podían realmente darse el lujo de hacer, los creyentes judíos pobres revelaron su amistad por aquellos que daban

para suplir sus necesidades. Aquellos que reciben sus dádivas reconocen que Dios está obrando en su vida, anhelan fraternidad con usted y oran por usted. En resumen, cuando dé en obediencia al plan de Dios, uno de los beneficios que él le devuelve es la bendición de nuevos amigos.

Todos debiéramos desear que amigos, viejos y nuevos, estuviesen orando por nosotros. Las oraciones de los amigos a nuestro favor atan nuestro corazón al de ellos. La oración mutua es el quid de la unidad real en la iglesia. (La verdadera unidad se construye primero en pos de la doctrina sensata, pero se manifiesta prácticamente en aquellos hermanos por los que usted ora y aquellos que oran por usted.) Cuando ayudamos con nuestra dádiva y suplimos las necesidades de otros, ocurre algo profundo y precioso, se convierten en amigos que oran por nosotros, porque así es como el amor obra en el cuerpo de Cristo.

Jesús comenzó su conclusión de la parábola del mayordomo infiel con estos planteamientos fascinantes, pero algo enigmáticos: "Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas" (Lc. 16:8-9). El mayordomo (administrador) estaba usando el dinero para hacer las pases con los deudores de su amo descontándoles sus deudas. Él quería que ellos les estuvieran agradecidos para poder quedarse en sus casas, si era necesario, después que el amo lo despidiera.

Jesús, aunque sin condonar la deshonestidad del mayordomo con su amo, señaló que el mayordomo infiel era más inteligente que la mayoría de los creyentes, porque él sabía cómo conseguir el beneficio a largo plazo de las riquezas de

este mundo. Debíamos aprender del ejemplo del mayordomo e invertir el dinero del Señor de maneras que progrese su reino, llevar pecadores a salvación y ayudar a hermanos creyentes con necesidad. Una generosidad tal nos lleva a hacer nuevos amigos en la tierra con quienes confraternizaremos luego en el cielo y todo será parte de los beneficios de la cosecha misericordiosa de Dios para aquellos de nosotros que damos nuestros recursos con la eternidad en la mira.

Semejanza a Dios

El planteamiento más culminante y alentador del apóstol Pablo en su instrucción sobre los beneficios de la cosecha de Dios está en 2 Corintios 9:15: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” Es obvio que el “don inefable” es Jesucristo. Él es el don que inspira todos los otros dones (cp. Ro. 8:32), el don es tan inmenso y glorioso que el lenguaje humano no lo puede describir. ¿Pero cómo la bendición breve de Pablo se relaciona con los beneficios de la dádiva? La respuesta es bien sencilla.

El ejemplo de Dios al darnos su Hijo unigénito puso el fundamento para toda la dádiva cristiana. Cuando damos generosamente, somos semejantes a Dios. La culminación de la alabanza de Pablo sugiere el beneficio final de la dádiva, el aspecto final del verdadero camino a la prosperidad: *Mostramos nuestra semejanza a Dios.*

Cuando esperaba su muerte, Jesús le dijo a los discípulos: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn. 12:24). Dios plantó el grano, encarnado en el don de su Hijo, en la tumba (“la tierra”) y produjo mucho fruto, un pueblo redimido por Él mismo. Si no fuera por esa gran verdad, lograda únicamente por la gracia soberana de Dios,

no podríamos ni siquiera sembrar y segar mediante nuestra dádiva. Y somos muy semejantes a Él cuando damos voluntariamente, expiatoriamente y alegremente para que otros se beneficien.

En otra epístola, Pablo nos exhorta a ser imitadores de Dios en todo (Ef. 5:1), lo que ciertamente incluye la dádiva y también nos cita la muerte expiatoria de Cristo como el ejemplo máximo de autosacrificio (v. 2). En vistas de eso, ¿cómo es posible que usted y yo consideremos de muy difícil sembrar nuestros recursos tan amplia y generosamente como podemos? Después de todo, una dádiva como esa sencillamente trae como resultado que seamos cada vez más semejantes a Dios y cada vez menos semejantes al mundo.

Es mi oración que los varios temas y asuntos que hemos analizado en este libro —todo a través de la perspectiva bíblica— produzca un efecto permanente en su vida. Confío en que los principios que hemos destacado y las conclusiones a las que hemos llegado hagan que su actitud hacia el dinero y su ejercicio de la dádiva se acerquen cada vez más a las normas de Dios.

Como ilustración concluyente, considere 1 Reyes 17:8–16 y esta historia inolvidable de la provisión de Dios durante el ministerio de Elías:

Vino luego a él palabra de Jehová, diciendo: Levántate, vete a Sarepta de Sidón y mora allí; he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente. Entonces él se levantó y se fue a Sarepta. Y cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí una mujer viuda que estaba allí recogiendo leña; y él la llamó y le dijo: Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso, para que beba. Y yendo ella para traérsela, él la volvió a llamar y le dijo: Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano. Y ella respondió: Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja y un

poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos y nos dejemos morir. Elías le dijo: No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mi primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra. Entonces ella fue e hizo como le dijo Elías; y comió él y ella y su casa, muchos días. Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra que Jehová había dicho por Elías.

Si Dios promete en su palabra llenar su vasija, Él llenará su vasija (cp. Is. 48:17). Después la pregunta para usted es: Cuando Dios dice que si da Él llenará su vasija hasta desbordarse con los beneficios de su cosecha, ¿realmente cree eso? Si es generoso de acuerdo con el modelo bíblico y las características de la dádiva, a usted nunca le faltará lo que necesite. Pero tiene que ejercitar la fe y administrar sus recursos con integridad. Entonces cuando dé pródigamente, segará una rica abundancia del propio Dios.

Apéndice: La fantasía seductora del juego

El tema del juego con tanta frecuencia se pasa por alto, no se analiza, o como mínimo, se aborda de un modo insuficiente en la iglesia.¹ Pero en vistas de la enorme popularidad y la gran prominencia de las loterías estatales y otras formas cada vez más populares del juego —y la presión en la cultura actual de utilizar todos los métodos disponibles de hacer dinero y las fórmulas para enriquecernos rápidamente— creo que resulta vital en un libro sobre el dinero, la administración y la dádiva, incluir un breve análisis sobre el juego.

¿Qué es el juego?

En ocasiones la mejor manera de entender un tema, fundamentalmente si es controversial hasta en lo más mínimo, es entender lo que no es. El juego no solamente correr un riesgo en algo. Esa sería una definición demasiado simplista porque *todo* en la vida implica riesgo. La vida misma es

incierto, como nos recuerda el apóstol Santiago: “cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello” (Stg. 4:14–15). Hay muchas labores, actividades, e inversiones legítimas que suponen riesgo en sí mismas, pero no son el juego. Porque el riesgo está relacionado a procesos y recompensas razonables, sabios y manejables.

Por ejemplo, hay riesgo en la agricultura. El agricultor prácticamente invierte todo su dinero en el suelo con la esperanza de que cosechará cinco veces o más su inversión cuando hayan crecido los cultivos. Pero si el clima se vuelve desfavorable durante la temporada de crecimiento, o factores del mercado global redujeron los precios de los cultivos, el agricultor podría sufrir grandes pérdidas financieras.

Asimismo, hay riesgo financiero en un número de empresas. Una nueva compañía podría fracasar porque la investigación de mercado de su producto demasiado optimista. Gastar dinero en educación adicional podría demostrar ser infructuoso porque el mercado de su especialidad puede haberse esfumado cuando se gradúe. Invertir en la bolsa de valores puede ser incierto porque algunas opciones de acciones previamente fuertes pueden experimentar reveses drásticos. Poseer propiedades puede ser impredecible. El mercado de los bienes y raíces puede hacer que se incremente el valor de su casa, o se devalúe grandemente. Poseer seguros también implica riesgos (está preparándose para lo desconocido y por lo general no le hará falta con mucha frecuencia presentar una queja).

En todas esas áreas, el riesgo implica opciones racionales basadas en antecedentes a los que usted les puede aplicar su

sabiduría y experiencia y tener cierto control. Pero eso no sucede con el juego.

El juego de azar es un juego que va más allá del riesgo, habilidad, razonamiento y factores controlables normales. Está basado en la pura casualidad, el azar sin habilidad, o la participación personal de alguien. No es como la competencia normal, en la que se esfuerza por un premio produciendo algo mejor, logrando algo antes, o haciendo algo con más eficacia. Esas son actividades racionales, manejables y controlables.

En comparación, el juego es una actividad en la que una persona, con la esperanza de ganarse algo de gran valor, arriesga algo de valor a fuerzas de la casualidad que están fuera de su control o expectativa racional. E increíblemente, por lo general el juego va acompañado de la noción de que mientras más lo practique, mejores serán sus probabilidades de éxito. Pero la pura casualidad fortuita nunca cambia sus probabilidades, porque no hay elementos que pueda controlar para incrementar su probabilidad de triunfo.

Corrientes y efectos recientes del juego

Norteamérica participa en una parranda de juegos de azar. (Eso sucede también con muchos otros países occidentales y muchos de los siguientes elementos y conclusiones se aplican a esas sociedades también.) Es la adicción invisible que asalta a millones de personas en los Estados Unidos y en el mundo. Resulta difícil calcular cuánto dinero exactamente se apuesta cada año en los Estados Unidos en juegos de azar, pero un estimado razonable colocaría el total en *un billón de dólares*. Quinientos mil millones en juegos legales y otros quinientos mil millones en juegos ilegales. Las mejores estadísticas señalan que cerca de diez millones de norteamerica-

nos son jugadores obsesivos y esa cifra supera el número total de alcohólicos. El juego está ganando popularidad y aceptación rápidamente y está apareciendo en tantos formatos prácticos (máquinas de lotería en cada tienda y gasolinera, tragamonedas de video, clubes de naipes, apuestas fuera del hipódromo de carreras de caballos y perros, Internet y las apuestas en eventos deportivos) que su efecto financiero total sobre la sociedad se está haciendo difícil de calcular.

Entre 1894 y 1964, no había juegos patrocinados por el gobierno en Norteamérica. Luego en 1964, New Hampshire se convirtió en el primer estado por más de un siglo en patrocinar una lotería. Ahora más de dos tercios de los estados más el Distrito de Columbia patrocinan loterías. También hay más de quinientos casinos en el país, muchos manejados por norteamericanos nativos con el beneficio de generosos descuentos por conceptos de impuesto del gobierno.

Según los estudios, en 1974, 61 por ciento de los norteamericanos estaban apostando más de 47 mil millones de dólares anualmente. Quince años más tarde esas cifras ascendieron a 71 por ciento y 246 mil millones de dólares, respectivamente. En 1995, las cifras habían ascendido al 95 por ciento de participación, a un desembolso de 500 mil millones de dólares. Las cifras recientes plantean que en los tragamonedas de Nevada solamente las personas gastan 5 mil millones de dólares cada año. Noventa y dos millones de familias norteamericanas visitan casinos cada año y el 10 por ciento de los sueldos totales de los norteamericanos botan anualmente en juegos. Para mí estas estadísticas me embotan la mente por completo pero, da pena decirlo, no me sorprenden para nada.

Eso es porque durante los últimos treinta años el surgimiento del juego legalizado ha adoptado la corriente general

de la cultura norteamericana hacia la permisividad, la pornografía, el consumo de alcohol y estupefacientes y el materialismo. Los juegos de casinos ya no se confinan a sus enclaves de la costa occidental y oriental de Las Vegas, Nevada y Atlantic City, Nueva Jersey. Con los norteamericanos nativos y los casinos montados en embarcaciones fluviales, son accesibles fuera de las comunidades conservadoras y pueblerinas mesoamericanas. Ahora las personas pueden jugar en casa vía Internet, con un número creciente de sitios de juegos. Los gastos anuales de juego ya sobrepasan la cantidad pagada en películas, libros y entretenimiento combinados; y sobrepasa el total combinado que se gasta en entradas para los grandes eventos deportivos.

El efecto social de esta enorme ola de juego ha sido extremadamente negativo. Primero que todo, ha explotado a los sectores pobres, incultos, e indisciplinados de la población. La empresa del juego provee riquezas para prácticamente un puñado de personas a costa de las masas menos acomodadas. Las personas de ingresos más bajos gastan hasta cuatro veces el dinero de sus salarios en el juego como aquellos de los ingresos más elevados.

A mi criterio resulta inconcebible que los gobiernos, que se supone que protejan a los ciudadanos y mantengan el orden público, deban permitir la explotación de los pobres trabajadores por medio del juego sustentado por el estado. Por un lado, los gobiernos dicen que les deben dar beneficios de asistencia social y descuentos de impuestos a los pobres gravando a las personas más ricas. Y por el otro lado los gobiernos hipócritamente financian y promueven el juego (particularmente, las loterías estatales) que les saca el dinero de las manos a aquellos que menos pueden darse el lujo de perderlo. Todo esto sucede tras excusa cínica y seductora de

que miles de personas se enriquecerán. Por el contrario, los efectos netos del juego sobre los pobres son: Deudas incrementadas, obras devaluadas, daño a la unidad matrimonial y familiar y daño a la salud emocional y física.

La propaganda por norma en apoyo del juego legalizado en una comunidad siempre ha sido que promueve el desarrollo de negocios y de la economía. Pero la realidad cruel es que no hace nada de eso. En vez de aliviar los males económicos y sociales, el juego genera más de estos males. Por ejemplo, desde que Atlantic City legalizó el juego de casino en 1976, su población ha disminuido en un 20 por ciento. La tasa de delito ha aumentado al 380 por ciento y en consecuencia se ha duplicado la fuerza policial. El desempleo ha aumentado significativamente y el 50 por ciento de los dos mil cien negocios de la ciudad han cerrado. Cuatro de los últimos seis alcaldes han sido acusados de corrupción; tres están actualmente cumpliendo prisión. Un escritor resumió la situación acertadamente: "Atlantic City solía ser la barriada cerca del mar. Ahora es una barriada cerca del mar con casinos".

Como sugiere la experiencia de Atlantic City, el juego promueve el delito de toda clase, fundamentalmente el crimen organizado. En un informe de 1989, La Comisión para el Control del Casino de Nueva Jersey informó incrementos enormes en las cifras de asaltos, violaciones, actividad de prostitución y tráfico de estupefacientes. Todas esas actividades están controladas por el crimen organizado o son el resultado directo del incremento del delito callejero. No importa que tipo de delincuente, la presencia de juego de casinos en una ciudad atrae gran número de nuevos infractores a la comunidad.

Nevada, durante mucho tiempo el único estado de

Norteamérica con casinos legalizados, reporta la tasa más alta de encarcelamiento del país. Cuarenta por ciento de los encarcelados son de otro estado, lo que nuevamente señala la atracción de delincuentes por el juego. Nevada también tiene las distinciones dudosas de la tasa más alta de bancarrota y el consumo per cápita más grande de alcohol de cualquier estado de los Estados Unidos. (Los casinos proporcionan bebida gratis a los clientes porque estudios han demostrado que las personas embriagadas juegan más.) En 1994 la Agencia Federal de Investigaciones descubrió que Las Vegas tenía la peor tasa de delitos violentos cometidos por delitos violentos resueltos de cualquier ciudad grande del país, ¡cinco por uno!

La posición de la iglesia sobre el juego

Tras analizar los muchos efectos malignos que el juego ha obrado en la sociedad moderna, uno se pudiera preguntar con toda razón: "¿Qué ha hecho la iglesia en todo esto?" Lamentablemente, cualquier creyente bien informado tendría que responder: "No ha hecho nada". Con respecto a los problemas sociales, la iglesia evangélica en las últimas décadas se ha preocupado más por combatir los abortos, la pornografía, defender los valores profamiliares y los asuntos electorales proconservadores. (Esas actividades son legales, mientras no reemplacen la predicación del evangelio como la prioridad número uno de la iglesia.) Pero la iglesia ha intervenido poco y ha hecho prácticamente nada contra la presencia e influencia predominante del juego. El gobierno, fundamentalmente a nivel de estado, es el abogado del juego y a la iglesia se le hace necesario adoptar una posición, desenmascarar los males del juego y declarar como se opone a los principios bíblicos.

Como la Biblia no cuenta con textos que digan explícitamente: "No jugarás", quizás los cristianos se han retirado, creyendo que sería muy difícil condenar el juego. Además, creo que la iglesia no ha hablado de los malos efectos del juego porque los jugadores individualmente no muestran evidencias físicas obvias de esos síntomas. Por lo general puede ver los efectos malignos externos cuando un individuo está drogado o embriagado. Pero eso no sucede con personas que están enfrascadas en gran manera con el juego. Los jugadores pueden aparecer tan respetables y normales como cualquier persona. Finalmente, ha habido ignorancia de la naturaleza y antecedente de la industria del juego y una ignorancia de los principios bíblicos que demuestran lo que sucede con el juego.

Cualquier creyente que aspire a ser un administrador sabio de sus recursos y un abogado fiel de la verdad necesita manejar este pecado perturbador del juego. La iglesia primitiva lo hizo ciertamente. Un predicador desconocido del Norte de África del siglo II, probablemente en Alejandría o cerca de la misma, pronunció el siguiente sermón, lo que nos ayuda a comprender mejor cómo consideraba la iglesia primitiva el juego.

Cristianos: Grande y abundante es la misericordia del Señor. Numerosas son las tentaciones de Satanás, pero las principales entre ellas son la idolatría, la fornicación, el robo, la extorsión, la avaricia, el fraude, la borrachera, la impaciencia, el adulterio, el asesinato, el celo, el falso testimonio, la mentira, la envidia, la ira, la calumnia, la herejía y miles de otros delitos como esos. Y a este grupo pertenece el juego.

El juego de dados es una trampa evidente del diablo. Él preside el juego en persona, proporcionándole el veneno letal de la serpiente e incluso induciendo la ruina que, cuando parece nada, ocurre una gran decepción entre los jugadores. Yo les pre-

gunto, oh cristianos, ¿por qué ocurre el caso anterior? Esta mano ha sido purificada de sus pecados que fueron cometidos antes de la conversión y la misma mano se ha admitido a la mesa del Señor, habiendo recibido por la misericordia de Dios lo que respecta a la salvación del alma. La misma mano que lanza los dados se levanta en oración al Señor. ¿Qué vamos a decir cuando la misma mano con la que hacemos el signo de la cruz y con la que participamos en la mesa del Señor está metida de nuevo en el lazo corredizo del diablo del que ya había sido librada? Yo hablo de esta mano que siempre se entrega al juego, ocasionando su ruina y condenación. Esta mano está acostumbrada a la pasión desenfrenada del juego porque el juego es como el cazadero del diablo y aquellos que juegan a los dados quedan heridos con una seducción irresistible.

Es en la mesa de juegos, se los digo, es en la mesa de juegos donde el diablo acecha maliciosamente en busca del momento en que sorprenderá a los jugadores y de inmediato se regocijará por el triunfo sobre su víctima. Se los digo, es en la mesa de juegos donde uno pierde sus posesiones y enormes sumas de dinero. La pérdida lo lleva a batallas en los tribunales y pasiones insensatas de robo. Oh, jugadores nocivos, ustedes son perniciosos y están llenos de iniquidad indolente. Oh crueles manos que vuelven sus propios brazos contra ellas mismas, arruinando con celo vergonzoso el patrimonio que sus ancestros han acumulado con el sudor de su frente. Oh manos ensañadas que corren donde los dados, culpables e incansables, se ponen a trabajar día y noche sin cesar. Se han maldecido a sí mismas por medio de su pecado, aun después de haberlo cometido no se detienen.

El tablero del juego es el engaño del diablo y la trampa del enemigo que tienta con la avaricia pero en realidad trae la ruina total. Por medio del juego, los hombres y las mujeres se empobrecen, derrochando sus propios bienes. Deje de ser jugador de dados y empiece a ser cristiano ante Cristo, debajo de la mirada de los ángeles y en la presencia de los mártires. Eche su dinero en el altar del Señor, distribuya su dinero a los pobres antes

de que permita que lo derrochen sus pasiones incontrolables y confie sus apuestas a Cristo que siempre gana. Desvía toda su fortuna y plusvalía a las necesidades de la iglesia. Deposite su oro y plata y sus riquezas en un tesoro celestial. Saque sus manos de los sacrificios del diablo. Rompa con todas estas costumbres rebeldes y trate de ser un cristiano con auto control. Utilice la sabiduría e instrúyase en los consejos del evangelio. Levántele manos puras a Cristo, nunca más vuelva a mirar los dados. Amén.

Ese mensaje implacable muestra cuánto se oponían algunos líderes de la iglesia primitiva al vicio del juego. Siglos después los líderes clave de la Reforma también adoptaron posiciones claras en contra del juego. Juan Calvino proscribió el juego en toda la ciudad de Ginebra, Suiza y Martín Lutero declaró: "El dinero ganado por medio del juego no es ganado sin egoísmo ni pecado". No veo razón para que no debamos estar completamente convencidos de condenar el juego, tal como hicieron nuestros ancestros en la fe.

Por qué el juego es erróneo

Para comprender la inmoralidad y la pecaminosidad del juego completamente, resulta crucial que comprendamos algunos principios bíblicos pertinentes. Pero primero es necesario que estemos claros de algo que aparece en las Escrituras pero que con frecuencia se mal interpreta y se aplica erróneamente con respecto al juego.

No está justificado por echar a suertes

Algunos creyentes quieren justificar el juego como un homólogo moderno de echar a suertes. Ellos analizan que porque las personas echaban a suertes durante las épocas bíblicas la

Biblia debe ratificar el papel del juego. ¿Pero esa es una comprensión exacta de en qué consiste a suertes?

Es cierto que las suertes funcionaban mucho como los dados. Eran hechas de los huesos de los jarretes de las ovejas de varias formas y tamaños y el lanzamiento de aquellos huesos señalaba cierto significado. Las suertes antiguas se usaban en juegos que no eran de azar así como en juegos de azar, sin embargo, las personas han hecho asociaciones a largo plazo entre las suertes y el juego. Por eso, algunos creyentes han comparado el juego con las suertes y han supuesto que porque Dios en ocasiones usó las suertes, el juego no es necesariamente erróneo.

Un breve estudio de referencias a suertes en las Escrituras aclarará su verdadera naturaleza y propósito en épocas de la Biblia. Se usaba echar a suertes para tomar decisiones (cp. Éx. 28:30; Lv. 8:8; Nm. 27:21; 1 S. 28:6), para seleccionar animales para el sacrificio (Lv. 16:7-10), para escoger soldados para la batalla (Jue. 20:18), para identificar a quien guardaba un botín prohibido (Jos. 7:14-18), para determinar que Jonatán había violado el juramento del rey (1 S. 14:41-43), para identificar a Jonás como la causa de una tormenta (Jon. 1:7) y para escoger a Matías para sustituir a Judas como apóstol (Hch. 1:26).

Esos y otros ejemplos sencillamente afirman que las suertes se usaban para determinar ciertos asuntos. Pero en ningún momento de las suertes nadie puso jamás algo de valor en riesgo. Por lo que esos casos de suertes no eran ejemplos de juego. Proverbios 16:33 ubica muy bien esta cuestión en cuanto a perspectiva: "La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella". Las suertes eran sencillamente una manera en la que el soberano Dios revelaba providencialmente su voluntad. Cuando el pueblo

tenía que tomar una decisión importante y tenía dificultades determinando la voluntad de Dios. Él soberanamente intervenía y hacía que la suerte cayera de una manera para decirles a sus seguidores qué hacer. No había destino, casualidad, ni fortuna implicados.

Después de Hechos 1:26, las Escrituras no registran ningún otro uso de suertes para descubrir la voluntad de Dios. Ahora contamos con el Espíritu Santo que mora dentro de nosotros y con la Palabra escrita de Dios para guiarnos a conocer su perfecta voluntad. La práctica de echar a suertes ya no es necesaria.

Claramente, echar a suertes, según se describe en las Escrituras, no era jugar y por ende no puede en lo absoluto tomarse como razón para cualquier práctica contemporánea del juego. El uso antiguo de las suertes se acerca más al paralelo de la práctica moderna de sacar la pajita más corta. Aunque el término *lotería* proviene de *lot* (*suertes*), las loterías contemporáneas son cualitativamente diferentes de la sencillez de echar a suertes. Las loterías trabajan sobre la base de probabilidades fortuitas, mientras que las suertes tenían éxito por el propósito soberano de Dios que obraba por medio del lanzamiento providencial de las suertes.

Niega la realidad de la soberanía de Dios

Quizás el primer principio por el que el juego sea erróneo sea ese, al afirmar la existencia de la suerte y la casualidad, niega la realidad de un Dios soberano. Sin embargo, la Biblia claramente y repetidas veces enseña que Dios es el Soberano del universo (p.ej., Gn. 1:1; Dt. 29:29; Job 37:9-13; Sal. 33:11; 39:5; 104:5-9; Is. 40:13-14; 50:2; Dn. 4:35; Ro. 8:28-29; Ef. 1:9-11; Col. 1:16-17). En ese papel, Él milagrosamente (suspendiendo la ley natural) y providencialmen-

te (obrando a través de la natural) controla cada detalle de cada suceso para cumplir sus propios propósitos.

La casualidad, la mayor premisa de la defensa del juego, es el producto de una imaginación humana que quiere negar la existencia de un Dios soberano. Pero el Salmo 103:19 dice: "Jehová estableció en los cielos su trono y su reino domina sobre todos". Practicar la idolatría del juego es detestable para Dios, porque cualquier cosa que nos suceda y cualquier cosa que recibamos están de acuerdo con su plan y propósito soberano. Confiar en el dios no existente de la suerte o la casualidad para que altere esas realidades es sencillamente una locura pecaminosa.

Edificado a partir de la administración irresponsable

El juego también es erróneo porque no constituye una administración sensata y responsable de lo que Dios nos ha dado. El salmista escribe: "De Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo y los que en él habitan" (Sal. 24:1; cp. 50:10-12). Nada de lo que tenemos realmente nos pertenece a nosotros; le pertenece a Dios y debiéramos usarlo todo para su gloria (cp. Mt. 6:19-21; 1 Co. 10:31).

Jesús ilustra el mandato a la buena administración en su parábola de los talentos en Mateo 25:14-30. En la historia, el dueño de una propiedad puso a prueba la administración de tres siervos durante un período en que se tuvo que ausentar. Antes de irse de viaje, el dueño distribuyó cinco talentos (una medida de plata) a uno, dos a otro y uno a un tercer siervo, todo en un esfuerzo de ver cómo los siervos manejaban lo que recibían.

Los primeros dos siervos invirtieron fielmente sus talentos y duplicaron su dinero. Pero el tercer siervo tomó su único talento y sencillamente lo escondió cavando en la tie-

rra. Cuando el amo regresó de su viaje, recompensó a los siervos fieles. Pero reprendió y castigó al siervo que no era buen administrador:

Siervo malo y negligente, ...debías haber dado mi dinero a los banqueros y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. (vv. 26–30)

El siervo perezoso y tímido debió haber hecho algo con el dinero que se le confió a él (cp. 1 Co. 4:2). Dios no está contento con que nos quedemos solamente con lo que tenemos. Él quiere que lo usemos para su honra y gloria. Si ese siervo fue enviado al infierno sencillamente porque guardó su dinero y no lo invirtió, ¿qué va a sucederles a las personas como los jugadores que malgastan lo que tienen? La peor administración posible de los recursos de Dios es que alguien los destine al altar de un dios llamado casualidad o suerte. Es idolatría de la peor.

Socava la ética bíblica del trabajo

Dios no le asignó el trabajo a la humanidad sencillamente porque era bueno para Él. Él nos lo dio porque era una bendición para un pueblo caído que necesitaba estar preocupado con algo mejor que la constante tentación al pecado. Debemos ganarnos nuestro pan con el sudor de nuestra frente (Gn. 3:19; cp. Éx. 20:9). Proverbios 12:11 expone claramente el contraste entre una ética piadosa del trabajo y una impía; “El que labra su tierra se saciará de pan; mas el que sigue a los vagabundos es falto de entendimiento”. El juego

es un ejemplo primordial de alguien que sigue a los vagabundos. Como tontos, las personas botan su dinero hacia la probabilidad fortuita, con posibilidades enormemente escasas de que algún día realmente gane más dinero a cambio. Al mismo tiempo, el proceso adictivo de las apuestas los hace desdeñar el trabajo duro y honrado.

La irresponsabilidad en el marco del trabajo es una abdicación de una de las definiciones básicas de la personalidad. Y para el cristiano, significa abandono y desobediencia hacia un deber básico asignado por Dios (Ef. 4:28; Col. 3:23; 2 Ts. 3:10–12; 1 Ti. 5:8). El mundo de Dios es un lugar de orden y propósito, no un lugar de caos que funciona según los caprichos de la casualidad. Él quiere que usemos nuestra capacidad de razonamiento, realicemos la obra que lo honre y disfrutemos de las bendiciones que aparezcan como resultado.

Movido por el pecado de la codicia

El juego viola el décimo mandamiento, que dice: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo” (Éx. 20:17). El juego y la avaricia que los acompaña, alienta el pecado de la codicia. Pero Jesús advirtió: “Mirad y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lc. 12:15). La avaricia y la codicia pronto conllevan al pecado del descontento, que directamente viola el planteamiento del apóstol Pablo en Filipenses 4:11–12: “he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente y sé tener abundancia”.

La atracción constante del juego a la codicia se opone fundamentalmente al desinterés que se enseña en las

Escrituras. Constantemente supone que Dios no nos ha dado lo que debemos tener y que de alguna manera hay más riquezas que finalmente nos harán felices. Pero Proverbios 30:7-8 revela la falacia de tal pensamiento "Dos cosas te he demandado; no me las niegues antes que muera: Vanidad y palabra mentirosa aparta de mí; No me des pobreza ni riquezas; Mantenme del pan necesario". Dios lo conoce a usted y a mí y sabe lo que es mejor para nosotros y cuáles pruebas necesitamos para moldear nuestros caracteres. El ídolo del juego solo se aparta de esa ilustración y lleva a las personas por el camino de la incredulidad y la desobediencia (v. 9).

Edificado sobre la explotación de otros

Finalmente, el juego es erróneo porque explota a las personas que menos se pueden dar el lujo de ser víctimas. Realmente de una manera no tan sutil viola el octavo mandamiento: "No hurtarás" (Éx. 20:15). Por cada persona que gana algo en el juego, hay millones de perdedores. Las personas que han sido embaucadas por la atracción mercantil seductora del juego y que han sido instadas a botar grandes sumas de dinero. Muy a menudo tales víctimas son la clase trabajadora menos educada, los ancianos, o las personas jóvenes indisciplinadas.

El juego no solo drenan la provisión económica básica de las personas (esposas e hijos no tienen necesidades), sino que también socava la dádiva filantrópica. En vez de usar el dinero discrecional para ayudar a los pobres y los necesitados, aquellos que juegan malgastan su dinero discrecional en intentos egoístas, muy fútiles por volverse rico. En esencia esa conducta fomenta el pecado de no amar a su prójimo como a sí mismo. Si las personas están muy metidas en el juego, no les darán generosamente a otros, ni estarán atentos

a ayudar a aliviar las penurias financieras del prójimo necesitado. En resumen, el juego explota y convierte en víctima al más vulnerable.

Creo que no hay forma de eludir el hecho de que el juego es erróneo, no bíblico, va en contra de Dios y que seduce a millones de personas en nuestra sociedad. Los atrae a hábitos de derrochar su dinero con la falsa esperanza de que sus probabilidades van a mejorar y que el "día de cobro" está a la vuelta de la esquina.

El juego legalizado se deriva del pesimismo, la desesperanza y el relativismo moral posmodernos. Plantea que el éxito en la vida proviene de la probabilidad fortuita y "la suerte" y la capacidad de hacer una apuesta inteligente.

Aunque alguna forma de juego es legal casi en todas partes, no tiene cabida en la vida de un creyente. Si no es azotado por este pecado, siga conteniéndose de él. Si participa en alguna forma de juego, arrepíentase de ella y reciba el perdón de Dios. Cuando se trata de la legitimidad del juego, debe obrar con el espíritu de 1 Corintios 6:12: "Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna".

Guía de estudio

Capítulo 1: La moralidad del dinero

Para resumir el capítulo

Porque cualesquiera que sean las riquezas que tengamos provienen de un Dios soberano, podemos confiar en que Él suplirá nuestras necesidades básicas y nos hará vencer el materialismo.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Por qué cree que el materialismo es una tentación tan grande para las personas en la cultura occidental contemporánea? Analice dos o tres causas fundamentales. ¿A la persona promedio le preocupa esto?
2. ¿Cómo lucha principalmente en su actitud hacia el dinero? ¿Por qué cree que eso es cierto?

Preguntas para responder

1. ¿Qué por ciento de las parábolas de Jesús enseñan algo sobre la administración de nuestros recursos?
2. ¿A cuáles tres temas la Biblia hace menos referencias que a las riquezas?

3. Desde la perspectiva moral, ¿cuál es la naturaleza del dinero?
4. ¿Cómo algunos cristianos bienintencionados ven el dinero? ¿Cuál es en ocasiones su remedio para ese “problema?” ¿Las Escrituras apoyan esa solución?
5. ¿En qué condiciones Dios nos ha concedido la administración del dinero y las posesiones (vea Dt. 8:18; Hag. 2:8)?
6. ¿Qué actitud pecaminosa hacia el dinero ha cautivado el pensamiento de muchos en la iglesia durante las últimas generaciones?
7. ¿Qué pensamientos y acciones prácticos pueden ayudarlo a superar la tentación del materialismo?
8. ¿Cuáles tres verdades bíblicas con respecto a las riquezas y las posesiones nos pueden ayudar a lograr el verdadero contentamiento?

Para orar

- Pase algún tiempo en oración hoy dándole gracias a Dios por cualesquiera que sean las riquezas y las posesiones que Él le haya dado misericordiosamente.
- ¿Hay alguna parte de sus recursos que no ha puesto bajo el control de Dios? De ser así, arrepíentase de esa actitud y déle a Él el control total de todo cuanto usted tiene.

Para poner en práctica

Memorice Deuteronomio 8:18.

Capítulo 2: Pautas y amonestaciones sobre el dinero

Para resumir el capítulo

Si le presta atención a las directrices claras de la Biblia sobre el dinero y evita los síntomas pecaminosos del amor al dinero,

demostrará una salvación genuina y una relación saludable con Dios.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Alguna vez le ha molestado estar sujeto a un código de vestuario en la escuela o en el trabajo? ¿Se siente restringido por directrices sobre su conducta? ¿Algunas de esas reglas eran realmente beneficiosas a la larga? ¿Cómo?
2. ¿La avaricia por el dinero ha afectado la manera en que las personas realizan sus trabajos en la actualidad? Recuerde un caso en que esa actitud le restó calidad al servicio profesional que recibió.

Preguntas para responder

1. ¿Qué motivación en el trabajo debiera superar la del salario?
2. ¿Qué verdad es inherente a las amonestaciones de Jesús sobre el dinero y las posesiones en Mateo 6:33 y Lucas 16:13?
3. ¿Cuál fue la primera área de la vida de Zaqueo que fue transformada por el milagro de su conversión? ¿Por qué fue eso tan sorprendente en su caso?
4. ¿Qué impidió que el joven rico de Marcos 10 recibiera vida eterna?
5. ¿Qué actitud hacia las riquezas reveló el rico insensato de Lucas 12:15–21? ¿De qué maneras específicas él lo demostró?
6. ¿Qué señala Marcos 12:41 sobre la forma en que Jesús observa lo que hacemos en nuestras dádivas?
7. ¿Cuál es el problema real sobre el que Pablo hace una advertencia en 1 Timoteo 6:10? ¿Cómo las personas han interpretado erróneamente ese versículo?
8. ¿Cuáles son las cinco señas que nos ayudan a reconocer a una persona que ama el dinero?

9. Escriba cuatro de los seis efectos negativos del amor al dinero. Incluya al menos una referencia bíblica con cada una.
10. Finalmente, ¿a qué tipo de conducta lo lleva el amor extremo al dinero?
11. ¿Qué fue tan ejemplar acerca de la conducta de C. T. Studd con respecto a sus riquezas personales?

Para orar

- Ore que el Señor lo vuelva tan fiel en sus finanzas que nadie pueda dudar de su salvación y salud espiritual.
- ¿Conoce a alguien cuya vida parezca estar controlada por el amor al dinero? De ser así, ore por ese individuo y pídale a Dios una oportunidad de conversar con esa persona lo que la Palabra dice sobre el materialismo.

Para poner en práctica

Revise su chequera y otros registros financieros durante los últimos seis meses. ¿Hay evidencias de que sus prioridades y patrones de gasto reflejen un amor al dinero y a las posesiones? Quizás haya gastado demasiado en artículos y actividades frívolas o inapropiadas. Quizá no haya invertido lo suficiente en otras áreas (la dádiva en la iglesia, ciertos ministerios merecedores). En oración determine adoptar un nuevo presupuesto que refleje mejor las prioridades de Dios, aunque implique cambiar sus hábitos en solo una categoría de gasto.

Capítulo 3: Elementos fundamentales de la administración bíblica

Para resumir el capítulo

Dios le ha dado soberanamente a la humanidad la administración de su creación. Eso quiere decir que puede disfrutar de la belleza

y recursos naturales del mundo y ejercer el privilegio de adquirir dinero de maneras que honren a Dios. Cualquiera sea la cantidad de riquezas que Dios le confíe, Él quiere que usted la use para su honra y gloria.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Hasta dónde deben llegar los creyentes al apoyar causas ambientales? Analice las diferencias entre la conservación prudente de recursos y el "medioambientalismo" contemporáneo.
2. ¿Qué es lo que más disfruta del tipo de trabajo que hace? ¿Por qué? ¿Cómo la lectura de este capítulo le cambió su perspectiva del trabajo?

Preguntas para responder

1. Brevemente, ¿cuál es el argumento de aquellos que defienden "la pobreza cristiana"? ¿Cómo un entendimiento de la situación económica real de Jesús invalida ese criterio?
2. ¿Qué distinción hizo Dios entre el hombre y el resto de la creación?
3. ¿Qué le sucederá al mundo actual y cómo eso debe influir su disfrute y utilización de sus recursos?
4. ¿Cómo el pecado ha afectado el manejo por parte de la humanidad de los recursos de la tierra?
5. Enumere al menos cuatro cualidades positivas del trabajo industrial.
6. ¿Qué insecto dice el libro de Proverbios que es más inteligente que algunos humanos?
7. ¿Cuál debiera ser nuestra motivación principal en cualquier tipo de trabajo que hagamos?
8. ¿Cuál es quizás el aspecto más importante a tener en cuenta con respecto a los ahorros?
9. Describa algunas formas en que la publicidad moderna

dificulta el autocontrol financiero. ¿Cuál constituye un buen ejemplo de énfasis excesivo en la publicidad de una imagen?

10. ¿Qué tipos de problemas ha creado el uso abierto de tarjetas de crédito? ¿Cuál es el balance promedio que la familia norteamericana típica debe en deudas por concepto de tarjetas de crédito?
11. ¿Cuál es la sabiduría de prestarle dinero a otros? ¿Debiéramos hacerlo? ¿Y la sabiduría de refrendar a alguien para que pida dinero prestado? ¿Qué dicen las Escrituras?

Para orar

- Déle gracias a Dios por su generosidad al proveer un mundo bello y cargado de recursos para que los use y disfrute. Déle gracias específicamente por las vías con las que Él ha permitido que gane dinero y provea para usted mismo y para otros.
- Considere una de las áreas de la administración en la que se podría sentir débil. Ore a Dios para que lo ayude a ser más disciplinado y más espiritual en su manipulación de sus recursos.

Para poner en práctica

Lea de nuevo las muchas referencias de Proverbios que hay en este capítulo. Elija una para un mayor estudio y meditación. Memorice uno de los versículos clave del pasaje.

Capítulo 4: Nuestras verdaderas riquezas están en el cielo

Para resumir el capítulo

Cristo en su Sermón del Monte nos llama a poner nuestro afecto

e invertir nuestros recursos en las cosas eternas, no a servir al amo de las riquezas temporales y al materialismo.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Está de acuerdo con el planteamiento de que todas las personas muy exitosas son personas extremadamente determinadas? Argumente por qué sí o por qué no.
2. ¿Alguna vez ha trabajado en dos trabajos al mismo tiempo (por ejemplo, de día y de noche)? ¿Cuán difícil fue concederle la energía y atención adecuadas a ambos?

Preguntas para responder

1. ¿Qué doctrina errónea Jesús trató de corregir en su enseñanza sobre los tesoros celestiales (Mt. 6:19–24)?
2. ¿Qué quiere hacer por lo general una persona que acapara y acopia?
3. ¿A qué están vinculados de un modo inseparable sus motivos y deseos más fuertes? ¿Qué demuestra ese vínculo sobre su fe en Cristo?
4. ¿Qué relación tiene el renacimiento de Nehemías 8–10 con nuestras actitudes sobre el dinero?
5. ¿Qué representa el ojo de Mateo 6:22? ¿Por qué es tan importante mantenerlo bueno?
6. ¿Qué otro concepto comprende el término griego traducido “señores” en Mateo 6:24 a pesar de la relación entre empleador y empleado?

Para orar

- Déle gracias a Dios porque “la seguridad celestial proporciona la única garantía absoluta de nuestros tesoros”. Pase algún tiempo extra meditando sobre las ramificaciones de esa verdad.
- Pídale en oración al Señor para que le dé un objetivo claro

y sencillo en todas las cuestiones con respecto al dinero y las posesiones.

Para poner en práctica

Lea y estudie Nehemías 8–9. Registre sus observaciones sobre cómo las personas respondieron a la lectura de Esdras de la ley de Dios. Haga lista de todos los recuerdos buenos y malos que las personas recordaron el capítulo 9 cuando confesaron su pecado. ¿Hay algún pecado que necesite confesar, alguna actitud que necesite abandonar o adoptar, o alguna práctica que necesite reinstaurar con respecto a como maneja sus riquezas? Permita que Nehemías 8–9 sea una guía para usted.

Capítulo 5: El modelo bíblico de la dádiva

Para resumir el capítulo

Teniendo en mente los planteamientos de Jesús en Lucas 6:38 y Hechos 20:35, así como el ejemplo de la iglesia de Jerusalén y el modelo de Pablo en 1 Corintios 16:1–4, debemos dar generosamente, sistemáticamente y expiatoriamente en nuestra ofrenda sistemática a la iglesia y en toda otra oportunidad.

Para comenzar (Elija una)

1. Cuando usted estaba creciendo, ¿tuvo un modelo en el área de la dádiva? De ser así, ¿cómo eso lo ha ayudado desde entonces? De no ser así, ¿de cuáles directrices usted adoleció más?
2. ¿Qué anhela o aprecia más de la adoración matutina del domingo en su iglesia? ¿Por qué?

Preguntas para responder

1. ¿De dónde se saca el simbolismo de Jesús en Lucas 6:38?
2. ¿Cuál es el principio básico del Nuevo Testamento con respecto a la dádiva y a las bendiciones de Dios?

3. ¿Qué hay de inusual en las palabras de Jesús en Hechos 20:35?
4. ¿Cuáles dos cuestiones confrontan a los creyentes como resultado de las dos promesas de Cristo sobre la dádiva?
5. ¿En qué dos áreas básicas de la dádiva la iglesia de Jerusalén era líder?
6. ¿Por qué los conversos peregrinos de la iglesia de Jerusalén estaban tan renuentes a irse después de Pentecostés en Hechos 2?
7. ¿Cuál fue la razón principal por la que muchos peregrinos se empobrecieron? ¿Cuán fácil era para los creyentes judíos apoyarlos?
8. ¿Cómo la persecución de los creyentes judíos en Jerusalén hizo que se cumplieran las palabras de Jesús a los doce? Argumente su respuesta con las Escrituras.
9. ¿Qué otros dos factores económicos contribuyeron a la pobreza de la iglesia de Jerusalén?
10. Hechos 2:32–35 y 2:44–45 con frecuencia se mal interpretan. Explique la verdadera importancia de lo que estaba pasando en esos pasajes.
11. ¿Por qué Pablo convirtió a la iglesia de Jerusalén en el objeto de un proyecto especial de ofrenda? ¿Cuándo en las Escrituras se hace alusión por primera vez al proyecto?
12. ¿Cuán sistemática y reglamentada debe ser la frecuencia de nuestra dádiva en la iglesia? ¿Hay cabida para la flexibilidad?
13. ¿Para qué se usaban los tesoros del templo en épocas del Nuevo Testamento?
14. ¿Cuál debería ser el paralelismo directo entre nuestra dádiva y la de los israelitas del Antiguo Testamento?

Para orar

- Pídale al Señor que ayude a su iglesia a permanecer con

sus prácticas financieras sensatas siguiendo el patrón de la iglesia de Jerusalén.

- Si sabe de una iglesia, un ministerio o de un trabajador cristiano (pastor, misionero) que tiene dificultades financieras, ore por ellos y considere hacer una dádiva especial para esa necesidad.

Para poner en práctica

Lea nuevamente Lucas 6:38; Hechos 20:35 y 1 Corintios 16:2. Memorice uno de ellos durante la próxima semana.

Capítulo 6: Las características de la dádiva bíblica

Para resumir el capítulo

Las ocho características de la dádiva bíblica que el apóstol Pablo enumera en 2 Corintios 8:1-8 son directrices eternas sobre la manera en que los cristianos deben dar.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Cree que la prosperidad hace que las personas estén más dispuestos o más inclinados a la autocompasión? Analícelo.
2. ¿Cuándo agradece más tener un grupo de directrices sobre cómo hacer algo? ¿Constituyen más un obstáculo que una ayuda? ¿Cuándo y por qué?

Preguntas para responder

1. ¿Las iglesias de qué provincia de siglo I mostraron ejemplos excelentes de dádiva bíblica? ¿En qué tres ciudades estaban ubicadas?
2. ¿Qué permite que las personas no regeneradas hagan actos de bien humano? ¿Cómo esas buenas obras se comparan

con las que son motivadas por la gracia de Dios? ¿Dónde se pueden ver ejemplos frecuentes del contraste?

3. ¿Qué circunstancias difíciles pudieron haber llevado a los macedonios a exonerarse de cualquier dádiva?
4. ¿Cuál fue la descripción del comentarista R. C. H. Lenski de la actitud de la dádiva de los macedonios?
5. ¿Cuáles dos aspectos de la generosidad ejemplificó la dádiva de los macedonios?
6. ¿Cuáles dos características señala la frase "más allá de sus fuerzas" (2 Co. 8:3) acerca de la cantidad de la dádiva de los macedonios?
7. Argumente cómo el vocabulario original de 2 Corintios 8:4 demuestra la convicción de los macedonios de que la dádiva era un privilegio.
8. ¿Cuál es la manifestación máxima de la dádiva por parte de los cristianos (vea Ro. 12:1-2)?
9. Si la dádiva bíblica revela la verdadera sumisión a Dios, ¿qué acto adicional de sumisión incluirá?
10. Si manifiesta todas las características de la dádiva bíblica, ¿qué revela eso sobre su carácter cristiano y su verdadera motivación?

Para orar

- Déle gracias a Dios por su gracia inigualable que permite que invierta en su reino.
- ¿Ser fiel en la dádiva en ocasiones se convierte en una carga para usted? Pídale ayuda al Señor para ser más alegre en la medida que usted dé.

Para poner en práctica

Memorice Filipenses 2:12-13 o 4:19. Escriba el versículo o versículos con sus propias palabras y úselos como incentivos para mejorar una o más de las características de la dádiva en que se siente débil.

Capítulo 7: ¿Diezmo o dádiva voluntaria?

Para resumir el capítulo

Los patrones del Antiguo Pacto y el Nuevo Pacto para la dádiva incluyen dos variedades, necesaria y voluntaria. Pero a pesar de la comprensión de muchos creyentes de todo lo contrario, nuestra dádiva debe surgir voluntariamente del corazón, no de una cantidad fijada, ni de un por ciento obligatorio.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Alguna vez ha cambiado su criterio sobre alguna cuestión importante aunque no sea esencial, ya sea bíblica, doctrinal o secular? Recuerde rápidamente el proceso. ¿Cuál fue la información clave que lo convenció de su nuevo criterio?
2. ¿Qué es más fácil de cumplir: Una directriz obligatoria o una opcional pero muy recomendada? Explique su respuesta.

Preguntas para responder

1. ¿De dónde se deriva la palabra del Inglés Antiguo diezmo? ¿Cuál es el significado relacionado de los equivalentes hebreo y griego?
2. Resuma en una o dos oraciones el argumento típico en favor del diezmo.
3. Explique brevemente las tres razones generales por las que el argumento del diezmo se considera imperfecto.
4. ¿El diezmo es un concepto distintivamente bíblico? ¿A qué época se remonta la práctica y qué simbolizaba originalmente?
5. ¿Cuán temprano se registraron en las Escrituras los dos primeros casos en que la humanidad hizo ofrendas a Dios? ¿Quiénes hicieron esas ofrendas?

6. ¿Qué motivó a Abraham a hacerle una ofrenda a Dios en Génesis 12:7? ¿Cuál era la importancia de este diezmo en Génesis 14?
7. ¿Qué fenómeno moderno constituye un paralelismo de la dádiva necesaria de Génesis 41 y 47?
8. ¿Cuáles fueron cada uno de los tres diezmos mosaicos y qué sustentaban cada uno? ¿Cuál era el diezmo e impuesto total que los israelitas tenían que pagar?
9. ¿Qué características de la dádiva voluntaria del Antiguo Testamento coincidían con las de la época del Nuevo Testamento? ¿Qué dos casos de dádivas durante la ley ilustran esos principios?
10. ¿Qué elementos de la teocracia de los judíos aún estaban operantes durante la época de Cristo?
11. ¿Qué enseñó Jesús con respecto al pago de los impuestos? ¿Cómo lo ilustra con Pedro?
12. ¿A qué se refieren los dos únicos usos de la palabra diezmo en los Evangelios?
13. ¿A qué conclusión obvia debemos llegar en cuanto a la enseñanza de la Biblia sobre el diezmo y la aplicabilidad de la práctica a nosotros?

Para orar

- Déle gracias a Dios para que el verdadero fundamento de su dádiva a Él repose en la libertad del deseo de su corazón de hacer su voluntad.
- Ore que otros en su iglesia o grupo de fraternidad entiendan el verdadero papel del diezmo en las Escrituras y se liberen de cualquier tipo de ataduras artificiales a dar cierto por ciento.

Para poner en práctica

Memorice 2 Corintios 9:6-7. Pídale a Dios una oportunidad de

conversar sobre estos versículos con alguien que puede estar luchando con el problema del “diezmo”.

Capítulo 8: Administración con integridad

Para resumir el capítulo

Porque muchas personas son sensibles a las dádivas y están preocupadas por que no ocurran malas manipulaciones con la recaudación de fondos, la iglesia debe llevar cualquier programa de administración con la mayor integridad. Los principios que aparecen en 2 Corintios 8:10–9:5 constituyen guías excelentes para garantizar que su iglesia maneje su administración con tal integridad.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Qué es en lo primero que usted se fija para saber si una tienda o compañía tiene reputación antes de hacer negocios con ella? ¿Recientemente ha habido algún momento en que debió haber sido más cuidadoso antes de hacer una transacción? De ser así, describa lo que sucedió.
2. ¿Cree que la dependencia en el bienestar disminuiría si la dádiva en la iglesia balanceara verdaderamente los recursos en el cuerpo de Cristo? De ser así, ¿por qué una dádiva como esa no ocurre en mayor grado?

Preguntas para responder

1. ¿Cuáles son dos definiciones de mayordomía (relacionadas con el diccionario y la iglesia)?
2. ¿Qué dos episodios abusivos de la historia reciente ilustra la necesidad del voluntarismo dentro de cualquier programa de administración?
3. ¿Qué debilitó la determinación de los creyentes corintios de terminar su compromiso inicial con el proyecto especial de dádiva de Pablo?

4. Según los críticos de Pablo, ¿cuál era su verdadera motivación para recaudar dinero para la iglesia de Jerusalén?
5. ¿Qué es la isostasia y cómo se relaciona con la dádiva en la iglesia?
6. ¿A qué no se refiere la referencia de Pablo a la igualdad en la iglesia? ¿Qué abuso común del bienestar trata de evitar (vea 2 Ts. 3:10)?
7. ¿Cuáles son los problemas reales por los que nos debiéramos preocupar con respecto a aquellas personas que dirigen cualquier campaña de mayordomía?
8. ¿Qué calificaciones muchas iglesias buscan en la actualidad en una persona que administre la ofrenda y otras finanzas? ¿Ese criterio es necesariamente o siempre erróneo?
9. ¿Por qué importa lo que los incrédulos piensen respecto a nuestra conducta de un programa de administración?
10. ¿Qué meta máxima debiera perseguir una iglesia al tratar de servir de ejemplo para otros?
11. ¿De qué otros pecados es sinónimo la codicia?

Para orar

- Ore que los líderes de su iglesia siempre muestren las normas bíblicas más altas de integridad al supervisar su administración.
- Pídale al Señor que guarde su corazón de la codicia de modo que un pecado como ese nunca obstaculice su dádiva generosa.

Para poner en práctica

Revise la lista de preguntas que debe hacer al evaluar a un recaudador de fondos cristiano (al final del capítulo). Por cada uno, escriba un ejemplo hipotético de aquello que la pregunta trata de prevenir. Para algunos, anote comentarios adicionales que esclarezcan las cuestiones. Mantenga la lista archivada conveniente-

mente para que se pueda remitir a ella la próxima vez que se le presente una solicitud de una organización desconocida que profese los valores cristianos.

Capítulo 9: El verdadero camino a la prosperidad

Para resumir el capítulo

El principio bíblico de la siembra y la siega determina nuestra prosperidad: Si damos tanto como podemos, segaremos los beneficios de la cosecha de Dios y ante sus ojos seremos considerados ricos.

Para comenzar (Elija una)

1. ¿Cuál es el peor plan o el más tonto para enriquecerse rápidamente que haya escuchado o en el que haya participado? Si hubiera participado realmente, diga lo que aprendió de esa experiencia.
2. ¿Cuando la sociedad disfruta de un período de prosperidad económica, qué cree que las personas aprecian más de la misma? ¿Por qué cosa lo hace preocuparse más la mera posibilidad de una recesión? ¿Por qué?

Preguntas para responder

1. Proporcione una definición de una oración del “evangelio de la prosperidad”.
2. ¿Qué es lo que el cristiano generoso nunca necesita temer?
3. ¿Qué otro significado es inherente al término “generosamente” de 2 Corintios 9:6?
4. ¿A qué grupo de creyentes Dios le reserva un afecto especial?
5. ¿Cuáles son al menos cuatro adjetivos que las Escrituras

usan para describir el poder sobrenatural de Dios (incluir referencias)?

6. ¿Qué desea Dios que su generosidad nos motive a hacer?
7. ¿A qué se refiere el apóstol Pablo al demostrar que su enseñanza sobre la generosidad de Dios no era nueva para él?
8. Además de suplir las necesidades físicas, ¿cuáles otros dos beneficios especiales se producen como resultado de la colecta especial?
9. ¿Cuáles son los dos fundamentos (filosóficos y prácticos) para la unidad real de la iglesia?
10. ¿Qué lección debemos aplicar de la parábola del mayordomo infiel a nuestras prácticas de la dádiva?
11. ¿Qué ejemplo tan insondable de la dádiva divina puso el fundamento para toda dádiva posterior de los creyentes?

Para orar

- Déle gracias a Dios porque su camino a la prosperidad espiritual y material sea tan superior a todos los otros.
- Ore nombrando a aquellos amigos cristianos que ha hecho como resultado de la fidelidad de la dádiva. Pídale que siga supliendo sus necesidades y facultándolos para el ministerio.

Para poner en práctica

Realice un pequeño estudio sobre las promesas de Dios de las recompensas a los creyentes. Busque todas las referencias bíblicas que enumeramos al principio de este capítulo e identifique para cada una la recompensa prometida. Compile una lista escrita y úsela como recordatorio en la medida en que se esfuerce por ser fiel al principio prometido de Dios de la siembra y la siega. Memorice uno o dos de los versículos, según pueda.

Notas

Capítulo uno

1. John White, *The Golden Cow* [La vaca de oro] (Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1979), 67–68 (cursivas en el original).
2. *Ibid.*, 89–90 (cursivas en el original).

Capítulo dos

1. Norman P. Grubb, *C. T. Studd: Cricketer and Pioneer* [C. T. Studd: Jugador de cricket y precursor] (Londres: Lutterworth Press, 1953), 65–66.

Capítulo tres

1. Bill Bryson: “Secrets of the Fall” [Secretos del otoño], tomado de su *I’m a Stranger Here Myself* [Yo mismo aquí soy un extraño] (Nueva York: Random House; Broadway Books, 1999), en *Reader’s Digest*, octubre 1999, 97–98.
2. University of Michigan, Documents Center, *Statistical Resources on the Web*, [Recursos estadísticos en la red informática] “Federal/State Government Finances”, (Finanzas gubernamentales estatales / federales) en la red.

Capítulo cuatro

1. Frederick Lewis Alien, *Only Yesterday* [Solo ayer] (reimpresión, Nueva York: Bantam Books, 1959), 220 (cursivas en el original).
2. G. Campbell Morgan, *The Gospel According to Matthew* [El Evangelio según Mateo] (Nueva York: Revell, 1929), 64–65.

Capítulo siete

1. Henry Brinton: “Do You Tithe? What We Owe Our Churches” “¿Diezma usted? Lo que le damos a nuestras iglesias”, *Los Angeles Times*, 19 de octubre de 1999, sec. E, p. 5.

Capítulo nueve

1. Para un análisis más completo, vea mi libro *Charismatic Chaos* [Caos carismático] (Este libro se encuentra publicado en castellano por Casa Bautista de Publicaciones) (Grand Rapids: Zondervan, 1992), cap. 12.

Apéndice

1. Por mucho del material de este apéndice le estoy grandemente agradecido a Rex M. Rogers, *Seducing America: Is Gambling a Good Bet?* [Cómo seducir a Norteamérica: ¿El juego constituye una buena apuesta?] (Grand Rapids: Baker, 1997), esp. caps. 1–4.